

Anna S. Segura

Serie erótica: Amigas forever vol. 5

Juegos de Pasión de



AS

Juegos de Pasión

Serie erótica: Amigas forever vol. 5

Anna S. Segura

Titulo original: Juegos de pasión

Titulo de la serie: Amigas forever vol. 5

Primera edición: Febrero de 2018

©2017 Anna Soler Segura

Impreso en Usa.

© Diseño portada y maquetado Anna Soler Segura

Queda prohibida cualquier reproducción, plagio, o uso con intereses comerciales sin el consentimiento del autor.

A los amantes

Índice de contenido

Título

Autora

Datos de registro

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[Prximamente](#)

[Otros ttulos de la autora](#)

Prólogo:

España, 1698

—¡Por qué!— clamó al cielo en un grito desgarrado que traspasó el desierto valle a sus pies.—¡Por qué a mi hermano!

Los primeros rayos de sol despuntaron el alba tiñéndolo de un rojo púrpura.

La figura del joven estaba destrozada. Su rostro estaba desencajado, ofuscado.

Cargó sobre sus frágiles hombros el cadáver, y derramó una lágrima que cayó en la tierra en la que lo depositó inerte.

Román Sigüenza apenas era un chaval de quince años, un chaval que había visto morir a su único hermano mayor.

Mauro Sigüenza tan solo había tenido veintiún años y ahora estaba muerto.

<<¡Muerto!>>, musitó lleno de ira buscando el consuelo en la mirada de su mejor amigo, Cristian Moriel, barón de Espinosa.

Este apoyó su mano en su hombro uniéndose a su dolor en silencio.

Estimaba a los hermanos Sigüenza como si fueran de su propia familia.

Román alzó sus ojos al cielo buscando justicia. Su mirada resurgió de odio oscureciendo el claro mirar de su iris al pensar en el asesino de su pobre hermano.

No conocía la cara de ese perro. Mauro había elegido a Cristian como padrino de aquel duelo al amanecer.

<<Si al menos hubiera tenido conocimiento de aquella absurda disputa >>.

Pero no. Román no supo nada hasta que fue demasiado tarde para impedirlo.

Y todo por el honor de una dama.

<<¡Mujeres!>>, pensó asqueado, <<¡las odio a todas, a todas!>>, se repitió Román cegado de dolor.

Cavó sin mediar palabra con la ayuda de Cristian.

Una vez enterrado el cuerpo colocó una cruz de madera que identificaría el lugar donde siempre reposaría los restos de su hermano.

Cuando acabaron con el doloroso proceso el sol ya lucía completamente sobre la región.

Hundido Román se desmoronó. Sentía que la sangre le hervía de furia.

Su sed de venganza le clamaba por dentro. Con el rostro empapado de lágrimas arrancó el machete de su bota izquierda, y rasgándose la palma de su mano dejó brotar la sangre sobre la tumba de su hermano.

Consternado Cristian lo observó exclamar.

—¡Maldito inglés! Juro hermano que no descansaré hasta que no vea tu muerte vengada, cueste lo que cueste, te lo juro —y fue una clara promesa que afirmaron sus ojos cuando se fundieron con la tierra y el cielo.

Horas después.

Valle de MiraFlor.

—¡Pero Román! ¿Qué vas hacer?

Cristian alzó la voz para que su amigo lo oyera al otro lado del cobertizo, donde ya preparaba su equipaje para salir.

—Ese canalla inglés no se quedará tan tranquilo después de matar a Mauro a traición, yo me encargaré de ello —aseguró el chaval ensillando su caballo.

—Escúchame —le pidió Cristian en un intento de convencerlo_ no puedes irte así, aun no tienes la mayoría de edad.

Me da igual contestó pasivo.

_Tampoco tienes dinero, ¿qué harás?

_Pedírselo a Padre.

_Sabes que no te lo hará hasta que obtengas el título de ducado a los veintitrés años.

Cristian empezaba a desesperarse ante la cabezonería del chaval.

Lo conocía demasiado bien, tan bien que no dudaba que cumpliría su palabra.

Pero Cristian pensó que no era más que un crío de quince años, ¿qué podía hacer?

Por respeto a la amistad que había mantenido con Mauro, su deber era protegerlo, pero, ¿cómo?

Tenía diecisiete años, dos más que Román, y aun no había obtenido la mayoría de edad.

Se encontraba atado de pies y manos ante un laberinto que no pintaba nada bien.

Eso me da igual la firme voz de Román lo devolvió a la cruda realidad

cuando lo oyó replicar fríamente_ trabajaré duro si hace falta.

¿Y Nathan? le recordó Cristian.

¿Qué pasa con él? dijo en un contraataque_ es un bebé.

Mientras hablaba colocó los estribos a cada lado del caballo sujetando la cincha al lado.

Sus ojos apagados, sin vida, miraron un solo segundo hacía el lugar donde Cristian se paseaba inquieto.

Por eso que es un bebé, no lo puedes abandonar ahora pareció recriminarle en un nuevo intento de desvanecer su loca idea de marcharse.

Román cesó en su empeño de colocar las alforjas y pensó en Nathan, en el bebé que horas antes había tenido un padre y ahora era huérfano.

Su hermano Mauro había amado y cuidado a Nathan desde que naciera tan solo seis meses atrás.

La joven que había logrado seducirlo y engatusarlo hasta el matrimonio a sabiendas de su posición social y título, no había sido más que una mera campesina descarada y golfa conocida entre los jóvenes de la región como una chica fácil.

Cuando le dijo a Mauro que estaba embarazada, a este no le quedó otro remedio que casarse con ella sin tan siquiera amarla.

Su hermano siempre había sido un hombre de honor, pero, ¿dónde le había llevado eso sino a la muerte?

Con frustración maldijo entre dientes aguantando su dolor.

<<Si aquella maldita mujerzuela no se hubiese cruzado en su camino para luego acabar liándose con un rico lord inglés, nada de lo sucedido hubiera tenido lugar>>.

Román sacudió la cabeza de golpe. Ya no había vuelta de hoja.

Su hermano estaba muerto, Corinne también, y solo quedaban Nathan y él.

Con el viejo marqués de Sigüenza no podía contar.

Su padre jamás demostró cariño alguno por sus hijos.

Era un hombre frío y despojado de sentimientos. Román estaba casi convencido de que nunca lo ayudaría a vengar la muerte de su propio hijo.

Fijó sus fríos ojos como el acero sobre el caballo ahora ensillado.

Quizás Cristian llevase razón. Quizás debiera esperar un tiempo y madurar.

La venganza era un plato que se servía frío.

1

*Costa de California.
San Francisco.*

Miré impaciente la hora.

Era tarde.

Me retorcí las manos con nerviosismo. Estaba sudando.

Si aquella oportunidad no me salía bien... no sé que haría.

Debía concentrarme. Nadie conoce mi verdad, mi secreto.

Es una parte de mi vida que trato de ocultar. Me da vergüenza admitirlo. Pero no me siento orgullosa de mi pasado.

Si pudiese borrarlo todo... lo haría. Un día creí ingenuamente que era feliz, que lo tenía todo al alcance de mi mano.

Una vida casi perfecta, un marido ejemplar, una hija maravillosa.

Una bonita casa, un buen trabajo. Pero de la noche a la mañana todo cambió de repente, y mi mundo se desvaneció por completo.

Yo misma me culpo de todo, y me repudió por ello, aunque tan solo he sido una víctima más de su juego.

Ahora vivo con miedo, esa es la verdad. Un día me levanté cansada de luchar, y decidí darme una nueva oportunidad.

Empezar de cero lejos de aquel infierno en el que se había convertido mi vida.

Abandoné Brooklyn, mi hogar, y huí, sí, como una cobarde por la puerta de atrás.

No pensé nada. Cogí lo poco que tenía y puse rumbo a lo desconocido.

No miré hacia atrás. No me arrepiento de mi decisión.

En parte es lo más sensato que podía haber hecho en mi situación.

El tiempo me ayudó a calmar mis temores, pero no mis heridas.

Anduve unos meses de un lugar a otro, sin paradero ni dirección, trabajando en tugurios de mala muerte para poder sacar adelante a mi hija.

Maddie apenas tiene cinco años de edad. Es una niña que no se da cuenta aun de la realidad. Yo soy la que sufre en silencio y calla.

No quiero que nada malo le suceda. Maddie es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Por ella estaría dispuesta a hacer cualquier cosa. Jamás dejaré que nadie la toque ni que le haga daño.

<<Es mi niña>>, sollocé impotente. El destino o la casualidad me había traído hasta aquí, San Francisco, donde vive mi único hermano, Iván.

Iván es seis años mayor que yo, y siempre ha cuidado de mi como un padre. Él es el único hombre en el que puedo confiar ahora.

Tampoco sabe la verdad, le he mentado. No puedo evitar sentirme mal.

Pero, ¿qué otras opciones me quedan? Adoro a mi hermano, y sé que él me adora a mi.

Tenemos una relación muy estrecha.

Iván es muy especial, el mejor tío que me he echado a la cara.

Lo pasó mal, no tuvo una infancia fácil. Mi padre era un borracho que nos hacía la vida imposible.

Pero Iván logró mantenernos siempre unidos, nos sacó adelante a mi madre y a mi, nunca se rindió.

Lo admiro. Es un hombre ejemplar. Ahora es feliz. Parece ser que ha encontrado la estabilidad y la dicha junto a Taylor.

Ella es la mujer de su vida. Taylor me cae muy bien. Es una chica simpática, cariñosa, y se la ve muy enamorada de mi hermano.

Estoy segura que ambos serán muy afortunados en su matrimonio.

Sí, Taylor e Iván se casan. Hace poco que Iván le pidió que fuese su esposa, y Taylor aceptó encantada.

Hacen una pareja perfecta. Son tal para cual, están predestinados a estar juntos.

Me alegro por ellos. Yo seré una de sus damas de honor.

No es que no me gustase la idea, pero no me veo en ese papel tan importante.

Serán muy felices lo sé. Mi hermano Iván me ha salvado la vida, una vez más.

De no ser por él no estaría ahora sentada en este despacho de la quinta planta de neurocirugía, esperando ser entrevistada por el doctor Macconner, para el puesto de enfermera.

No se nada en realidad del doctor Macconner, aunque he oído hablar maravillas de su exitosa carrera.

Iván me ha contado solamente que son amigos. Con eso me basta y sobra.

Tan poco estaba interesada en conocer más a fondo su vida.

Ahora solo quería centrarme en Maddie. Aquel puesto de trabajo era muy importante para mi.

Si lograba pasar la prueba de fuego supondría una estabilidad y una libertad que ansiaba con ganas.

Siempre fui demasiado independiente, y ahora lo quería seguir siendo. Era mi meta.

Mis ojos se pasearon impacientes por la austera habitación.

<<Demasiado fría>>, pensé. De repente un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Estaba sumamente nerviosa. No se que pasaba por mi mente, miedo, incertidumbre, desazón...

Era una extraña mezcla que no sabría definir con exactitud.

Me giré hacia la parte izquierda de la pared para curiosear los innumerables diplomas que allí colgaban.

Me quedé extasiada. Mi largo y ondulante pelo rojizo se movió con brío ante mi movimiento.

Odio ser tan pelirroja. De nunca me ha gustado mi cabello.

Hubiese preferido ser morena o rubia, pero la genética es así de caprichosa, y yo tuve que heredar ser pelirroja como mi madre.

Ella era una mujer bellísima, dulce, atenta, encantadora... En cambio yo nunca me he considerado guapa.

Tengo un cuerpo atlético, sí, pero quizás demasiado delgado y alto.

Mido metro setenta y cinco. Mis pómulos son finos, de rasgos bien definidos, y mis ojos son de un color verde esmeralda.

Es verdad que nunca me han faltado pretendientes. Fui una chica muy popular en el instituto.

Muchas de mis amigas me tenían en realidad envidia. Podía haber elegido al chico que me hubiese dado la gana.

Entonces se tuvo que cruzar en mi camino Arthur, el capitán de Rugby.

Quedé prendada de inmediato. Arthur tenía mucho carisma y potencial.

Fue amor a primera vista, aunque claro yo era demasiado joven e ingenua.

Me dejé engatusar por su sonrisa y caí rendida a sus pies.

Para mi no ha existido otro hombre en mi vida. Pero eso pertenece a mi pasado. Un pasado al que trato de no aferrarme para sobrevivir.

Tirité temblorosa. Era la primera entrevista a la que acudía en años.

Estaba hecha un flan. Quería que las cosas saliesen bien.

Tenía muchas letras y gastos extras que pagar, como la matricula nueva de Maddie y el nuevo alquiler del piso.

Todo pendía de un hilo. Intenté relajarme. Fijé mis ojos en el techo durante algunos segundos.

Oí pasos en el pasillo. Mi pulso se aceleró descontrolado.

Tragué saliva con cierta dificultad. Tras aquella puerta seguramente

aparecería el doctor Macconner.

Tenía que aparentar estar serena. Observé con atención como el pomo de la puerta se giraba lentamente.

Di un respingo en la silla. Entonces vi como su alta e imponente figura se adentraba en la consulta.

Me quedé hipnótica, como una boba. Mi boca se secó por completo.

2

Contuve la respiración.

Nada más verlo saltaron chispas entre ambos. Una corriente eléctrica me recorrió hasta la médula.

La tensión sexual fue inmediata. Me llamó la atención. Era tremendamente atractivo, con un evocador magnetismo.

Me gustó su aspecto. Era alto, delgado, musculoso. Tenía un bonito y abundante pelo rubio miel, y sus ojos...

¡Dios!, casi me desmayé al verlos.

Quedé prendada de su penetradora y sensual mirada azul.

Realmente era muy guapo. Avergonzada miré hacia el suelo.

No supe donde esconderme. Sentí sus ojos clavados sobre los míos, con deliberación.

El doctor Macconner me sonrió algo taciturno y tomó asiento tras su escritorio.

_Buenos días. _Me saludó amable.

_Buenos días. _Respondí.

_¿Michelle Davis? _Inquirió reacio.

_Sí. _Mi voz apenas fue audible.

Me sentí intimidada por el calor que emanaba de su cuerpo.

Un nudo me sofocó la garganta.

El aire se volvió pesado. Vi por el rabillo del ojo como él me miraba con detenimiento.

Guardé un suspiro entrecortado. Entonces lo oí decir con voz aterciopelada.

_Perdona por mi tardanza, pero tuve una urgencia que atender.

_No pasa nada. _Dije abochornada.

Me atreví a levantar los ojos del suelo y mirarlo más directo.

Observé como el doctor Macconner cogía mi currículum y le echaba un rápido vistazo.

_Bien, empecemos con la entrevista. _Objetó con pausa.

Me pareció bien y no dije nada. Él mandaba. Inevitablemente me estremecí de pies a cabeza.

Hacía mucho tiempo que ningún hombre causaba aquella reacción en mi.

Me retorcí los dedos de la mano bajo mi falda, con nerviosismo.

Podía sentir el fuego de sus ojos clavados en mi escote.

Eso me produjo morbo, pero también miedo.

Mis pensamientos se agolparon en mi cabeza confusa.

Un fuego interior iba subiendo por mi entrepierna.

Con ardor me removí inquieta. Me sonrojé por completo.

_ Veo que posees una amplia experiencia laboral. _ Dijo ojeando mi ficha.

_ Ajá. _ Respondí totalmente abrumada.

_ Has trabajado en varios centros hospitalarios de la capital de Nueva York, ¿cierto?

El doctor Macconner elevó una ceja con atrevimiento.

_ Sí. _ Contesté metódicamente.

_ También veo que posees una excelente carta de recomendación de la doctora Ferguson. _ Y añadió cauto. _ ¿Siempre has trabajado en el área de neurocirugía?

_ No, también he ejercido en el puesto de enfermera jefa en la planta de cardiología junto al doctor Cooper. _ Hice referencia a mi último año en Brooklyn.

_ Ya veo, ya. _ Soltó con un eje de recelo que me molestó.

_ Debo reconocer que tienes un currículum impecable, uno de los mejores que he visto nunca. _ Repuso satisfecho.

_ Gracias. _ Mis mejillas se arrebolaron con su cumplido.

_ ¿Qué edad tienes ahora? _ Preguntó tomando nota en un bloc que sacó del primer cajón de su escritorio.

Abrí la boca con mesura.

_ 26 haré en marzo. _ Dije.

_ ¿Casada, soltera? _ Inquirió raudo.

Carraspeé un tanto incómoda.

_ ¿Perdón? _ Repliqué incrédula ante su descaro.

_ Ese dato no figura en tu expediente. _ Sonrió de forma socarrón.

Mis nervios se apoderaron de la boca de mi estómago.

De repente me faltaba el aire para respirar.

Esquivé su mirada inquisitiva, con dolor.

_ Soltera. _ Mentí.

En ese momento sus ojos me devoraron sin ningún tipo de piedad.

Tuve que agarrarme fuerte a la silla para no caerme al suelo.

Ahugué un gemido entre mis labios.

_ ¿Y por qué dejaste tu último trabajo en el H.C Word de Nueva York? _ Preguntó curioso, sin quitarme el ojo de encima.

Tragué saliva con un nudo que me asfixiaba.

_Por temas personales. _Dije con frialdad.

_¿Graves? _Añadió cauto.

_No. _Respondí reticente.

Una sonrisa traviesa le asomó de oreja a oreja.

_Me alegro. _Agregó conciso. _No tengo nada más que añadir. _Repuso mordaz.

Agrandé los ojos como platos, insegura.

_¿Y eso es bueno? _Me atreví a preguntarle.

_¡Por supuesto! _Exclamó. _No creo que encuentre mejor candidata que tú para el puesto.

Contuve un grito de emoción.

_¿Eso quiere decir qué estoy contratada?

_Sí.

Boté de mi asiento eufórica. Un regocijo interior me hizo sonreír.

_¡Oh dios mío! _Dije agradecida. _¿Y cuándo empiezo? _Pregunte impaciente.

_¿Por qué tanta prisa? _Me insinuó ávido.

El doctor Macconner se levantó de su silla con pausa, dejó caer mi currículum sobre el escritorio, y se dirigió provocativo hacia mí.

Mi pulso se aceleró cuando su aliento rozó mi cara. Mi respiración se volvió dificultosa.

Me sentí tremendamente acalorada.

_Y-o-o-o. _Empecé tartamudeando como una estúpida.

_Pensé que primero nos tomaríamos una copa. _Me propuso con un descaro abrumador.

¿Estaba jugando conmigo? Sí, coqueteaba sin tapujos, y eso era algo que me ponía muy cachonda.

Intenté controlar un gemido que escapó de mis labios entreabiertos.

Me obligué a mí misma a decir aquello.

_No creo que sea buena idea que acepte esa copa. _Arrastré con sensualidad mis palabras.

El me miró con deseo. Una corriente eléctrica me erizó la piel.

_¿Por qué? _Insistió de manera persuasiva.

Me mordí el labio inferior, ansiosa.

_Algo me dice que puede ser peligroso. _Respondí con un hondo jadeo.

El doctor Macconner soltó una pequeña carcajada. Sus labios estuvieron a punto de besarme.

Hubiese deseado que eso ocurriese, que su boca se posase sobre la mía y su

lengua penetrase en mi interior.

¡Dios! Era una locura, pero fue un momento erótico que me hizo estremecer de placer.

De solo pensarlo el calor empapó mis bragas. Me sentí abochornada y un tanto avergonzada por mi actitud.

Yo no era así de descarada, ¿qué me pasaba? Tenía que controlar mi instinto.

__Puede que sea peligroso __Repuso locuaz. __pero no le tengo miedo a nada.

Entreabrí mis labios con sorpresa. Un libido abrasador me quemó las entrañas.

Me temblaron hasta las piernas cuando lo oí añadir con convicción.

__Nunca me rindo.

Su arrogancia me apabulló por completo. Con atrevimiento respondí con la misma provocación de él.

__¿Y qué te hace pensar que aceptaré más adelante esa copa?

Su mirada lasciva me devoró.

__Intuición. __Manifestó con firmeza.

Me derritieron sus ojos azules. El ambiente era cada vez más tenso y caliente.

No se que hubiese pasado de no ser interrumpidos por la inoportuna entrada de una joven enfermera.

En parte di gracias al cielo. Aquello no era lo más correcto para empezar en mi nuevo puesto de trabajo.

La muchacha me miró mal, con recelo en el fondo de sus ojos color chocolate.

Me hizo sentir como una vulgar ramera de carretera.

__¿Doctor? __.Lo llamó captando rápidamente su atención.

Era muy guapa la verdad, alta, de bonito pelo azabache, aunque su pose creída no me gustó para nada.

Intenté esconder el rubor de mis mejillas. No supe donde meterme.

Estaba bastante incómoda con la situación.

__Dime Jenn. __Respondió pasivo.

__Fuera hay un paciente que dice tener cita hoy con usted, pero a mi no me consta en el ordenador. __Añadió la joven repasando un listado numérico.

__¿Cuál es su nombre?

__Se llama Ted Morrison. __Dijo.

El doctor Macconner hizo memoria.

__¡Ah si! El señor Morrison. __Y agregó. __Lo he citado yo por teléfono. La semana pasada le realicé unas pruebas.

__¿Le hago pasar entonces? __.Me miró de reojo y con desapruebo.

_Sí, la señorita Davis ya se iba, ¿verdad? Mañana se incorporará a la plantilla. _Y continuó diciendo. _Jenn, tú te encargarás de enseñarle su nuevo puesto.

_¿Yo doctor? _La oí reponer con apuro.

_¿Algún problema? _Objetó el doctor Macconner bajo mi atenta mirada. La muchacha negó con la cabeza.

_Ninguno doctor, lo haré con gusto. _Me sonrió, pero de una manera borde y cínica.

Estaba claro que no le había caído muy bien. Me giré hacia el doctor Macconner para estrechar su mano.

Al sentir su calor me estremecí al instante. Me ruboricé de pies a cabeza.

_Hasta mañana. _Logré articular palabra.

_Hasta mañana señorita Davis. _Respondió él.

Me detuve justo en el umbral de la puerta y añadí consciente de la repercusión de mis palabras.

_Y gracias.

La joven enfermera pareció degollarme en silencio. No le di importancia.

_Nos veremos. _Matizó el doctor Macconner, y yo no dudé de sus palabras. Sonreí con satisfacción. En el fondo no había ido tan mal la entrevista.

3

No se me borró la sonrisa en un buen rato.

Estaba pletórica, feliz.

Tenía un nuevo trabajo. Aquello era el comienzo de una nueva vida.

Cuando salí del hospital era bastante tarde. El sol del atardecer caía sobre el horizonte de la noche.

De camino a casa me paré en un supermercado para hacer la compra.

Hacía días que tenía la nevera vacía y ya era hora de reponerla.

De repente me apeteció hacer un pastel, un brownie con mucho chocolate, y nueces.

A Maddie le encanta el brownie, es su dulce preferido.

Lo cierto es que no se me daba mal la repostería.

Recordé que no me quedaba ni harina ni huevos, tampoco chocolate, así que lo incluiría en el carro de la compra.

Sería divertido cocinar de nuevo. Aquella receta de brownie me la había enseñado mi madre.

Decidida y animada aparqué mi coche en el parking subterráneo de aquellos grandes almacenes.

Todo parecía demasiado tranquilo. Había poco bullicio de gente.

Cogí mi bolso y bajé del vehículo cerrando la puerta con suavidad.

Una sensación de angustia se apoderó de mi. Empecé a caminar despacio.

El repiquetear de mis tacones alto hizo un eco sordo que se coló insistentemente a través de mis oídos.

Tenía el palpito de que alguien me vigilaba de cerca. El miedo me paralizó por completo.

No podía ni moverme. Estaba acobardada. Miré en todas las direcciones como una loca desquiciada.

Mis ojos parecían platos en orbita.

No encontré indicio de que nadie me estuviese siguiendo.

Respiré mucho más aliviada, pero el temor aun barría con prudencia mi mirada.

<<¡Qué tontería>>!, me dije para tranquilizarme, <<eso no puede ser>>.

Aquella extraña sensación no desapareció de mi cabeza.

Durante un buen rato anduve por el súper, abstraída en mis propios pensamientos.

Vagué por los pasillos buscando los alimentos. Al final la compra se me hizo interminable.

Y para colmo tuve que hacer cola en la caja. Me desesperé.

Una anciana bastante cabezota discutía con la cajera porque se empeñaba en una oferta de 3x2 que ya había caducado.

Aguanté la respiración. Repasé el carrito por si me olvidaba de algo.

Entonces sentí una férrea mano sobre mi hombro y grité despavorida.

Salté hacia atrás, y observé la sonrojada cara de una señora, que me miró con suplica.

_Perdona. _Me dijo con excusa. _¿Serías tan amable de dejarme pasar? _Y acto seguido señaló hacia su carro semi vacío. _Tan solo llevo un par de cosas y tengo prisa.

Me quedé a cuadros, ¿perdona? Yo también tengo prisa.

Pero fui amable y la dejé pasar en la cola.

_Gracias. _Repuso agradecida.

Sonreí forzada.

_De nada. _Contesté.

Una muchacha más o menos de mi misma edad se puso tras de mi en la cola.

Apenas le presté atención hasta que la oí hablarme.

_Hola. _Me saludó risueña.

_Hola. _Respondí. Y seguí con mis cosas.

_¿Eres nueva por aquí? _Me preguntó con curiosidad.

_Sí, llevo poco tiempo viviendo en el barrio. _Dije.

_Ah, ya decía yo. _Soltó con descuido.

Me pareció muy simpática. Al menos no era la típica fachas con pintas de creída.

La cola avanzó unos metros. El calor allí adentro empezaba a ser sofocante.

_Me llamo Hanna, ¿y tú?

_Michelle.

_Que bonito. _Repuso.

_Gracias.

_¿Y de dónde eres?

_De Brooklyn. _Contesté esquivando un carrito.

Hanna siguió situada a mi lado.

_¡Ala! Yo nunca he estado en Nueva York, pero dicen que es preciosa.

_Añadió con aire soñador.

Solté una pequeña carcajada.

_Lo es, aunque demasiado jaleosa. _Expresé taciturna.

_Espero que algún día pueda viajar para conocerla. _Dijo.

Me cayó bien aquella chica.

_Seguro que sí.

_¿En qué trabajas? _Y agregó antes de que yo tuviese lugar a contestar. _¡Oh perdona! Debes pensar que soy una metomentodo.

Sus mejillas se pusieron coloradas como un tomate. Vi que estaba realmente apurada.

_No te preocupes. _Dije restando importancia. _Soy enfermera, mañana justamente empiezo mi nuevo trabajo en el “Madisson center”.

Ella pareció gratamente sorprendida.

_¿En serio?

_Totalmente. _Afirmé con agrado.

_¡Enhorabuena! _Me felicitó.

_Muchas gracias.

_He oído hablar maravillas de ese hospital, dicen que ahí trabajan los mejores especialistas de la ciudad de San Francisco. _Y añadió. _Yo soy camarera, trabajo en el pub “Mon”

_Que bien. _Dije. _¿Hace mucho?

_No, unos seis meses. _Me contestó Hanna.

_¿Siempre has sido camarera? _Inquirí curiosa.

_También he trabajado de dependienta. _Repuso con una sonrisa.

Mientras charlábamos el tiempo se me pasó volando. Hanna resultó ser muy amigable.

Al lado abrieron una nueva caja y la cola se dividió en dos.

_¿En qué área trabajarás? _Me preguntó depositando su compra sobre la cinta transportadora.

_En Neurocirugía.

_¡Qué guay tía!

Una señora que estaba al lado nos miró por encima del hombro.

Ambas nos reímos al unísono.

Terminamos de pagar la compra y nos dirigimos hacia el parking.

Hanna no paraba de hablar, era muy divertida.

_Bueno, ha sido un placer conocerte Michelle. _Se despidió de mi a la entrada del parking.

_¿No coges el coche? _Pregunté extrañada.

_¡Oh no! Vivo a tan solo dos manzanas de aquí. _Contestó.

_Pero vas muy cargada, te llevo a casa. _Le ofrecí rápida.

Hanna negó con la cabeza.

_No te molestes, de verdad.

_No es molestia, me pilla de paso. _Insistí. _¿Dónde vives?

_En la calle Chamber número 55.

_¡No jodas! _Exclamé sin poder contener mi asombro. _Yo vivo también allí.

_¡Qué coincidencia! _Replicó Hanna feliz.

Cogí sus bolsas y las metí junto a las mías en el maletero.

A estas alturas no creí encontrar a una persona tan afín a mi.

Resultó que Hanna y yo éramos vecinas del mismo edificio.

Ella vivía en el 1A y dos pisos más arriba, en el 3A estaba mi vivienda.

Era el destino quien la ponía en mi camino. Con el tiempo nos haríamos grandes amigas.

En Hanna iba a encontrar a una confidente. Ella se convertiría en un pilar fundamental de mi vida.

Tras dejar a Hanna en su casa subí a mi piso.

No me di cuenta de lo tarde que ya era.

Me encontraba súper cansada. Cogí las bolsas y las metí en el ascensor.

Luego caminé por el pasillo hasta la puerta 3A.

El silencio del rellano penetró en mis oídos. Me quedé unos segundos parada, respirando aquella paz armoniosa.

Mi vida no siempre fue tan tranquila. Un escalofrío me erizó la piel ante los recuerdos.

Azorada me retraí angustiada.

Introduje algo temblorosa la llave en la cerradura y entré en la casa.

Recordé que Eloise, la canguro que había contratado para cuidar de Maddie, aun no se habría marchado.

<<¡Qué apuro!>>, bostecé incontinentemente, <<menudo dineral me cobraría ese mes>>.

Pero no podía dejar a mi hija de tan solo cinco años sola mientras yo trabajaba.

Además Eloise era una chica muy responsable que adoraba a los niños.

Era muy estudiosa y educada. Con el dinero que ganaba de canguro se iba pagando sus estudios. Quería ser en un futuro pediatra.

Ella tenía cinco hermanos más pequeños. Por ello confiaba plenamente en su capacidad de cuidar de Maddie.

Taylor me la había recomendado, y lo cierto es que estaba muy contenta con su trabajo.

Mis pies acusaron el cansancio de un largo día. Solté un hondo suspiro.

_¡Hola! _Grité para hacerme oír. _Ya estoy en casa.

Como un torbellino de alegría y color Maddie inundó la estancia con su risa angelical.

Vi como mi hija corría hacia mi brazos con ímpetu desmesurado.

_¡Mami!

Maddie era como un huracán, impetuosa, extrovertida, con mucho carácter, pero dulce, atenta, espabilada, y sobre todo muy feliz.

Era una niña que no tenía ningún tipo de problema. Era muy sociable y

abierta.

Y eso me hacía sentir la madre más orgullosa del mundo.

Con Maddie había tenido una suerte tremenda, era súper especial.

_Hola tesoro. _La abracé fuerte mientras besaba su frente.

La observé con deleite. Entonces aparté un rebelde mechón de su mejilla.

Maddie era preciosa, morena, con unos impresionantes ojos color azul cielo.

Su sonrisa era capaz de iluminar el universo. Cuando ella reía el mundo era menos malo.

Sí, amaba a mi hija por encima de todas las cosas. Maddie se regocijó en mi regazo.

_¿Dónde has estado? _Me preguntó impaciente.

_Ya te lo dije, en una entrevista de trabajo. _Sonreí divertida ante su interrogatorio.

_¿Y te han cogido? _Me miró expectante.

Arqueeé una ceja para darle más emoción al momento.

_¡Siiii! _Chillé entusiasta.

_¡Bien! _Saltó Maddie de alegría. _Mami eres la mejor.

Me emocionaron sus palabras. Un nudo de congoja me ahogó la garganta.

Mis ojos se empañaron de lágrimas.

_Te quiero, mi amor. _La apretujé con ímpetu.

Ella se acomodó entre mis brazos, feliz.

_Y yo a ti, mami. _Balbuceó con inocencia.

_¿Sabes? Me siento muy orgullosa de ti. _Le dije acariciando su cabecita.

Maddie asintió sin entender muy bien mis palabras.

_Eloise me ha ayudado a hacer los deberes. _Repuso Maddie.

_¿Ah si?

_Ajá. _Soltó levantándose de golpe y corriendo hacia su habitación.

Me percaté de que la joven canguro me miraba desde el umbral de la puerta.

Me incorporé enseguida.

_Buenas noches, señora Davis. _Me saludó algo tímida.

_¡Oh Eloise! No me llames señora, por favor. _Y añadí reticente. _Me hace sentir mayor.

Eloise se ruborizó ante mi comentario.

_Perdone. _Se excusó con rapidez. _¿Y cómo la llamo?

_Simplemente Michelle. _Me acerqué hasta ella con simpatía.

_No he podido evitar escuchar lo de su nuevo trabajo. _Miró hacia el suelo.

_Enhorabuena.

_Muchas gracias. _Sonreí.

Ví que miraba con apuro su reloj de pulsera. Era tarde.

Cogí la billetera de mi bolso y le extendí 25 dólares.

Ella se quedó sumamente extrañada.

_Pero son 20. _Repuso reacia.

_5 son de propina. _Respondí generosa.

Eloise negó rotunda.

_¡Oh! No puedo aceptarlo.

_¿Por qué? Anda no seas tonta. _Le insistí. _Eres joven, seguro que te vendrá bien ese extra.

_Bueno. _Titubeó.

_Cógelo. _Me puse seria.

_Está bien, Michelle, nos vemos mañana. _Se despidió la joven con prisa.

_Hasta mañana, Eloise.

Cerré la puerta y regresé al salón. Maddie me esperaba con un dibujo entre sus manos.

_¿Y eso? _Inquirí curiosa.

_Lo he hecho hoy en el cole. _Dijo, y me lo entregó bajo mi atónita mirada.

Me quedé helada al ver su dibujo.

_Sois papá y tú. _Repuso con desparpajo. Y agregó señalando con su dedito.

_Y esta soy yo, y nuestra casa, ¿te gusta?

Apenas podía tragar saliva. Estaba entumecida.

_Mucho.

_¿Y cuándo vendrá papá? _Me sorprendió con su pregunta.

Me quedé completamente bloqueada.

_Escucha mi amor. _Me arrodillé a su altura. _Papá no va a venir.

_Si vendrá, me lo prometió. _Se empecinó la niña. _¿Tú no quieres que venga?

Mi corazón dio un vuelco. Me removí notablemente inquieta.

No respondí. Eludí su pregunta cambiando rápidamente de tema.

_¿Qué te parece si hacemos un brownie?

El dulce era su perdición, y yo lo sabía. Maddie me miró con rostro de enojo.

_¿Con mucho chocolate?

_Todo el chocolate que quieras, mi amor. _Logré captar su atención.

_¡Bien! _Gritó. _Y también quiero nueces, y avellanas.

La observé con amor.

_Lo que quieras. _Dije.

Maddie olvidó su dibujo y saltó de alegría mientras me cogía de la mano para llevarme hasta la cocina.

Con fuerza tironeó de mi brazo, con impaciencia.

_Vamos mami, vamos. _Insistió entusiasma.

La seguí con un nudo en la garganta. La angustia se apoderó de mi cuerpo.
Hice de tripas corazón para que Maddie no notase nada.
Pero ¿qué le diría la próxima vez que preguntase? ¿La verdad?

Desperté con un grito despavorido.

Era media noche.

Mi cuerpo estaba empapado en un sudor frío.

Abrí los ojos en la oscuridad y observé la habitación. Un nudo de sofocación y miedo me oprimía la boca del estómago.

Me incorporé levemente, con agitada desesperación, desorientada.

Otra vez me acechaba aquella terrible pesadilla. Mi pulso acelerado latía en mi sien.

Estaba temblorosa, con el corazón en un puño. No podía controlar mi angustia.

Maddie dormía apaciblemente a mi lado. Oí su acompasada respiración y eso logró tranquilizarme.

La arropé con suma ternura y besé su frente. <<Ya pasó>>, me repetí mentalmente, <<ya pasó>>.

Me eché sobre la almohada intentando controlar mis nervios.

Clavé mi mirada en algún punto de la pared.

Sentí el miedo recorrer mis venas. Me acurruqué encogiéndome mis rodillas sobre el pecho, y me quedé así un largo rato.

No me atreví ni a moverme. Pasaron los minutos hasta que logré sentirme más relajada.

Mi pulso volvió a latir con un ritmo normal. El viento silbaba en la ventana.

No podía volver a dormirme. Cerrar los ojos me atemorizaba.

Miré la hora. ¡Dios!, las cuatro de la madrugada. Dentro de dos horas tenía que levantarme para ir a trabajar.

Tenía los nervios a flor de piel. Demasiadas emociones juntas.

Nuevo puesto, nueva responsabilidad, nuevos compañeros... Y él, Ethan Macconner.

Aquel hombre me inquieta y me provocaba de una manera sobrenatural.

Me producía una extraña sensación de placer.

Su sonrisa era encantadora. Me estremecí al recordar su pícaro descaro.

Sus ojos azules habían penetrado en mi alma. Un calor extremo empezó a inundar mi parte más íntima. El deseo se instaló en mis pupilas.

No podía dejar de pensar en él. Me atraía irrefrenablemente. Un tímido gemido escapó de mis labios.

Era una locura. Una tremenda estupidez de mi parte. El doctor Macconner era tan solo mi jefe, y nada más.

Nunca ocurría nada entre nosotros, pero ¿y si, si? La duda vagó por mi cabeza, inconscientemente.

Tenía que mantenerme alejada de la tentación y el peligro.

Era lo mejor. Mi vida ya era bastante complicada como para meterme en más follones.

Poco a poco el silencio me adormeció. Caí en un profundo y placentero sueño del que perdí completamente el control, y del que fue protagonista el doctor Macconner.

Primer día de trabajo en el “Madison center”.

Estaba atacaita de los nervios.

Quería causar buena impresión a mis nuevos compañeros.

Caí bien. Todos fueron muy amables y simpáticos conmigo, a excepción de Jenn, a la que había conocido la tarde anterior.

Esa chica me tenía manía. Se mostró reacia y antipática, incluso algo borde, cosa que me sorprendió, siempre mirándome por encima del hombro con aquella superioridad.

Era un tanto odiosa, aunque intenté en vano agradarle.

Por suerte en mi primer turno me tocó trabajar codo a codo con Sarah, en la planta de pediatría.

Estuve encantada, adoraba a los niños. Siempre se me había dado bien tratar con ellos.

Era muy triste que un niño tuviese que pasar por una enfermedad tan penosa como era el cáncer.

Se me partía el corazón en dos cuando veía las lágrimas en sus caritas inocentes.

No era justo. Por eso en la planta de pediatría hacíamos todo lo posible porque fuese menos traumática su estancia en el hospital.

Al fin y al cabo eran niños con ganas de reírse y de comerse el mundo.

A pesar de su enfermedad eran pequeños VALIENTES con letras mayúsculas.

Trabajar con Sarah fue muy gratificante. Se notaba que era una mujer muy concienciada con el mundo.

La mañana se me pasó volando. Sarah me invitó a tomar un café en la salita reservada para el personal hospitalario.

Allí charlamos de nuestras cosas.

—¿Cómo te sientes en tu primer día de trabajo? —Me preguntó con sumo interés.

—Bien, la verdad, todos sois muy amables conmigo. —Repuse para luego añadir reticente. —Aunque Jenn parece odiarme.

Sarah soltó una carcajada.

—Jenn es así con todo el mundo, no debes preocuparte por eso. —Dijo.

—Ya. —Bufé. —Pero a mi parece no tragarme. —Repliqué sin cortarme un pelo.

—¡No mujer! Jenn parece un poco borde, tiene sus cosas, pero en el fondo no es mala chica. —La defendió Sarah. —Ya la irás conociendo. —Sonrió.

—Eso espero. —Suspiré absorbiendo un buchito de café.

—¿Tú no eres de San Francisco, verdad?

—No, soy de Nueva York. —Contesté cabizbaja.

Sarah vertió un terrón de azúcar en su vaso.

—Yo trabajé en Nueva York hace años. —Y repuso pensativa. —Uff ya ni me acuerdo, era muy jovencita, no como ahora. —Rió con soltura.

La mire extrañada.

—¿Qué edad tienes?

—Hoy es mi cumpleaños, así que técnicamente 49, 3 hijos, 2 perros, un periquito y una iguana. Por no hablar de la hipoteca de mi casa. —Añadió.

Reí ante su comentario.

—Felicidades. —Dije.

—Gracias.

—No eres tan mayor. —Objeté.

—¿Tú crees? —Ironizó con humor. —Yo me veo ya como una viejecita.

—¡Ala! —Solté ante su burrada. —¿Pero qué dices? Aun te queda mucho para eso.

Ella me miró con confianza.

—Que no te oiga mi marido, pero dice que aun lo pongo todo palote. —Bromeó con aquel toque sarcástico.

—¿Y cuánto llevas trabajando aquí? —Inquirí curiosa.

—En el “Madisson Center”, unos quince años. Aquí me siento como en casa.

_Agregó mientras se terminaba el último sorbo de café.

Fijé mis ojos en el vaso. Entonces la oí preguntar.

_¿Tú tienes hijos?

_Sí, una niña de cinco años, Maddie. _Respondí orgullosa.

_Que bien. Los hijos son la mayor bendición del cielo, aunque la pequeña de mis tres hijos me trae de cabeza. _Refunfuñó. _está en una edad complicada.

_¿La adolescencia? _Dije.

_¡Oh sí! Ya lo creo. Esa edad rebelde en que quieres salir a toda costa con tus amigos. _Añadió caótica.

_Yo aun no he llegado a eso. _Repliqué muerta de la risa.

_Pues espérate y verás. Menos mal que Jack tiene más mano dura que yo, y la sabe manejar con calma. _Soltó el aire de sus pulmones.

_¿Tu marido?

_Sí, lo cierto es que es un encanto, no se que haría sin él. _Expresó con amor.

_¿También trabaja aquí? _Quise saber.

_¡No! Él es pediatra en el “Squar Fox”.

_¡Ah pediatra! Que bonito.

_Sí, adora a los niños, le dedica mucho tiempo a su trabajo. _Repuso orgullosa. _¿Y tu marido a qué se dedica? _Me pregunto de repente Sarah.

Esquivé su mirada, incómoda.

_No tengo marido. _Respondí.

A Sarah pareció no sorprenderle en absoluto. Se mostró risueña.

_Ah, soltera, pues mejor. _Hizo un mohín coqueto. _Aquí en el Madisson tenemos una regla para solteras. _Me guiñó pícaro un ojo.

_¿Qué regla? _Me picó la curiosidad.

_Prohibido enamorarse del doctor Macconner. _Rió con soltura.

Me sonrojé de pies a cabeza.

_¡No me voy a enamorar de él! _Dije exaltada.

_Sí, sí, eso dicen todas, pero hay que reconocer que está como un cañón de bueno. _Y replicó tajante. _si yo estuviese soltera... otro gallo cantaría.

Ambas reímos al unísono. De repente oí un profundo carraspeo a mis espaldas.

Me giré levemente avergonzada, y observé la atrevida silueta del doctor Macconner apostada junto a la puerta.

6

Mis mejillas se tiñeron de un rojo carmesí.

¿Cuánto rato llevaría allí? ¿Lo habría escuchado todo?

Me ruboricé. En sus labios había una traviesa sonrisa que me aceleró el corazón.

Me puse nerviosa y me retorcí las manos bajo la mesa.

Sarah notó mi cambio radical y miró alertada hacia la puerta.

_Doctor Macconner. _Lo saludó con naturalidad.

_Buenos días señoritas, ¿interrumpo? _Insinuó ávido.

_¡Oh no, para nada! Yo ya me iba, luego nos vemos Michelle. _Se levantó apresurada.

La miré con suplica en mis ojos. No quería quedarme a solas con él.

Me daba miedo lo que pudiese ocurrir. Temblé cuando el doctor se adentró en la sala, y se acercó hasta la maquina de café, con una soltura aplastante.

Se sirvió una taza bastante humeante, y luego se sentó con total descaro a mi lado.

Me miró hipnótico.

_¿Qué tal todo señorita Davis?

Intenté que mi voz no sonase quebrada.

_Muy bien, doctor Macconner. _Contesté.

_Preferiría que me llamasen Ethan. _Arrastró dulcemente sus palabras.

Aparté mis ojos con temor. Ethan me levantó el mentón, y con el pulgar acarició mi mejilla.

_¿De qué tienes miedo, Michelle? _Me preguntó apasionado. _¿De qué te pueda besar en este mismo instante?

Me estremecí al oír mi nombre en sus labios. Sonó tan bonito, tan tentador... que empecé a sentir palpitaciones por todo mi cuerpo.

Apenas podía respirar. La atracción entre ambos se hacía cada vez más intensa y fuerte.

Era imposible controlar el magnetismo de sus ojos azules.

Un cosquilleo me nació en el estómago. La boca se me secó por completo.

El calor me derritió por dentro. Mi piel ardía en deseos.

Era algo superior a mi voluntad. Una pasión incontrolada que me hacía sentir

viva en mucho tiempo. Un sentimiento que renacía de mis propias cenizas.

Vi como Ethan me siguió devorando con la mirada. Intenté controlar mi leve temblor.

Pero cuando estaba cerca de él me era imposible disimular que me gustaba, y mucho.

Aquel gesto, aquel inocente coqueteo me daba morbo, lo admito.

El sentirme deseada, querida, me excitaba sin control.

_Respóndeme. _Me pidió con voz melosa. _¿Tienes miedo a qué te pueda besar?

Sí, tenía miedo. Miedo a que me pudiese gustar. Miedo a enamorarme como una estúpida. Miedo al dolor.

En verdad era una cobarde. Titubeé a punto de echarme a llorar.

_M-e-t-e-e-n-g-o q-u-e-e-ir _Balbuceé a duras penas, y antes de que pudiese añadir ni una palabra más, salí escopetada como un alma atormentada.

Me hice aquella pregunta una y mil veces.

¿A qué tenía realmente miedo? ¿Durante cuánto tiempo podría seguir huyendo de mis sentimientos?

Estaba confusa. Ethan despertaba en mi interior algo nuevo y desconocido, y sí, tenía miedo a descubrir que era.

Yo era mujer, y la carne era débil. Además había que reconocer que estaba muy bueno.

¿Podría no sucumbir a sus encantos?

Durante el resto de la jornada me centré en mi trabajo.

En el área de pediatría había mucho que hacer. Teníamos muchos niños a los que atender.

Vi a Ethan un par de veces. Nos cruzamos en el pasillo y nada más.

A él lo llamaron de quirófano, y no lo volví a ver en casi todo el día.

El ritmo en el hospital fue frenético. A media tarde, y tras acabar nuestro turno, Sarah nos invitó a todos a tomar unas copas en el pub para celebrar su cumpleaños.

Aunque estaba agotada me vi en la obligación de aceptar para no hacerle un feo. Tampoco quería ser la aguafiestas del grupo.

Me lo pasé bien. Me relajé. Bailé. Reí. Y me tomé unas copas de más.

El ambiente del pub poco a poco se fue calentando. No se si sería por el alcohol o por el deseo que recorría mi cuerpo.

Pero me sentí estrepitosamente cachonda.

Noté como Ethan se sentaba en el taburete de al lado, junto a la barra.

Un leve suspiro escapó de mis labios ante su aparente cercanía.

Su olor me impregnó las fosas nasales.

Me sonrojé. Estaba muy achispada.

¿Te lo pasas bien? Me preguntó muy pegado a mi oreja.

Su voz aterciopelada me arrancó un gemido que el sonido de la música amortiguó.

Sí. Logré articular palabra. Bastante bien.

Me alegro. Añadió cadente.

Ethan me miró con libido. Yo le sostuve la mirada con anhelo.

La tensión sexual y la química iba creciendo. Respiré agitadamente.

Ethan rió dulcemente. Sentí como posaba su mano en mi rodilla, y me acariciaba insinuante.

No pude reprimir un ahogo de sorpresa. Fue agradable como sus dedos se deslizaron por mi piel.

Pero no se detuvo allí. Con descaro siguió provocándome sin compasión.

Gemí. El calor inundó mi parte más íntima. Ethan sonrió complacido ante mi gesto.

Con maestría deslizó sus dedos por mi muslo. Ahogué un jadeo.

Me estremecí. Ethan introdujo su mano bajo mi falda. Sus ojos me miraron con suplica y pasión.

Un escalofrío me recorrió la médula. Sentí como metía sus dedos calientes en mi vagina.

No pude contenerme. Era una sensación exquisita. Empezó a moverlos en mi interior, acariciando mi clítoris.

Suspiró. Yo también. El calor era intenso y sofocante. Me contuve para no gritar de placer.

Él notó mi leve estremecimiento. Contraje mi vagina ante su caricia.

Sus dedos se empaparon de mi jugo. Entonces hurgó en profundidad.

Mi vagina estaba caliente, húmeda, preparada para recibir el placer del orgasmo.

Un espasmo me hizo tiritar. Hacía tanto tiempo que no experimentaba ningún orgasmo que incluso me pareció más placentero que mi primera vez.

Estaba a punto de correrme. Era inevitable. El sudor chorreaba por mi frente.

El sonido del ambiente se entremezcló en mi cabeza con aquella mágica sensación.

¡Dios! El calor se esparció como pólvora por todo mi cuerpo.

Cerré los ojos un momento para disfrutar de la calidez, y cuando los abrí me sentí abrumada por los ojos azul cielo de Ethan, que me miraban con ardor.

Mis mejillas se arrebolaron. Él aun mantenía sus dedos introducidos en mi vagina.

Me avergoncé de mi misma. De mi actitud poco profesional. Acababa de tener un orgasmo en la mano de mi jefe.

Sofocada tuve la férrea necesidad de escapar al baño para refugiarme.

Estaba abochornada, acalorada y extrañamente excitada. Entré en el lavabo de señoras.

Agradecí que no hubiese ninguna maruja o cotilla por allí. Abrí el grifo del agua fría, y me mojé la cara.

Necesitaba tranquilizarme antes de volver al local. Observé que la puerta se abría.

Con asombro contuve mi respiración. Ethan me miró como un lobo hambriento. Su mirada era puro fuego.

Mi pulso se aceleró. Me giré para encararlo. Sus manos me agarraron dulcemente por la cintura.

En un principio me resistí.

¿Qué haces aquí? ¿Estás loco? Este es el baño de chicas. Señalé como argumento.

Ethan se encogió de hombros, indiferente.

_¿Y qué?

Su ávida mirada me desarmó por completo. Vi como echaba el cerrojo de la puerta.

De repente el miedo se apoderó de mi cuerpo. Me sentí extrañamente acorralada.

Los recuerdos inundaron mis pupilas. Intenté retroceder, pero Ethan me agarró más fuerte.

Me gustas Michelle, me gustas mucho, ¿por qué huyes de mi?.Pronunció enronquecido de deseo. _Yo se que también te gusto.

_Esto es una locura. _Argumenté temblorosa.

_No si ambos queremos lo mismo. _Rebatió él.

Sus trémulas manos se deslizaron sin control por mis glúteos, y lo apresaron con descaro.

_Yo te deseo a ti... eres preciosa. _Musitó junto a mi oído.

Entonces masajeó mi trasero al tiempo que su boca se posaba sobre la mía, arrancándome un gemido de placer.

Su lengua juguetona y caliente se introdujo en mi boca, con posesión pero

con suavidad.

Mordisqueó mis labios saboreando mi pintalabios rojo pasión.

Me sentí obnubilada, como flotar en una nube de algodón.

Me cogió de los cachetes y me sentó sobre la encimera del lavabo mientras seguía besándome.

_¡Oh hueles tan bien! _Me arrancó un suspiro entrecortado.

Con urgencia deslizó mi tanga hasta las pantorrillas. Se desabrochó la bragueta del pantalón, y liberó su abultado pene.

Me apegó a él, con calor, mientras continuaba besándome la curva de mi cuello.

Inconscientemente temblé. Ethan notó el temblor de mi cuerpo y detuvo sus movimientos.

Apasionado me miró.

_Estás temblando, ¿por qué?

Era difícil de explicar. Hacía tanto que un hombre no me trataba con aquella suavidad, que no me tocaba con aquella magia.

Sus manos, su boca, su piel, eran tan diferentes a todo lo que había conocido...

Me sentí abrumada. No respondí a su pregunta. Tan solo quería que siguiese besándome.

Me colgué a su cuello. Mis pupilas estaban dilatadas por la excitación.

No necesitaba más explicaciones, lo deseaba.

Ethan me observó extasiado.

Me besó nuevamente. Su lengua recorrió mi cuello bajando sutilmente por mis senos.

Me arqueé hacia atrás, ansiosa, excitada por cada una de sus caricias.

El sudor empapaba mi frente. No tenía miedo, ni pudor.

Me sentía protegida en sus brazos, libre por primera vez de mis actos.

No había control. No había dominio ni posesión. Era yo, y era algo maravilloso.

Jadeé incontinentemente, extasiada ante el calor que me producían sus besos.

Ethan me apegó a su abultado pene, caliente y erecto. Un grito de placer escapó de mis labios entreabiertos.

Entonces me elevó con sus manos y me penetró salvajemente.

Su pene se movió en mi vagina, con prontitud. Me sentí arder en deseos.

Jadeante clavé mis uñas en su espalda, y acoplé mis caderas a sus embestidas.

El calor se esparció como pólvora por mi clítoris. Era una sensación embriagante, exquisita.

Con cada movimiento Ethan me hacía tocar el cielo con las manos.

Nunca había experimentado tanto placer junto. Pequeños espasmos recorrían mi médula.

Ethan aceleró su ritmo. Lo oí gruñir conteniendo su esperma. Yo también me moví rápida.

Eché mi espalda hacia atrás para recibir más profunda su embestida.

Eso me produjo una satisfacción máxima. Sonreí. Entonces el me susurró junto al oído.

_Grita, ¡vamos preciosa! _Me instigó suavemente.

Abrí los ojos con mesura ante su petición.

_¡Sí, sí!

_Más fuerte. _Repitió pasivo. _Quiero sentir como te corres en mi interior.

Un gemido brotó de mi garganta.

_¡Sí, oh sí, sí!

_¡No te oigo! _Jadeó apasionado.

Me solté completamente la melena, desinhibida. ¿Qué más da si me oían o no? Estaba follando, y era sin duda un polvo increíblemente bueno.

Grité como una posesa cuando el primer orgasmo renacía en mis labios.

_¡Sí, sí, hmm, hmm! Me gusta, dame más, más profundo, ¡sí, oh, oh sí, dios mío, siiiii! _Le imploré ansiosa.

Mis palabras parecieron surgir efecto en Ethan. Complacido sonrió de oreja a oreja.

Empezó a moverse con mucha más rapidez. Yo grité. Volví a clavar mis uñas en su espalda como una leona.

Me aferré a su cuello mientras mis largas piernas lo envolvían.

Me corrí en su interior. Mi orgasmo se esparció placentero por mi cuerpo.

Me estremecí. Ethan no tardó en correrse. Una última sacudida y vació su semen en mi vagina.

Su jugo blanco chorreó entre mis piernas. Aun me palpitaba todo el cuerpo.

¡Menudo meneo! Me dejé caer sobre su hombro, exhausta, y ahogué un suspiro.

Aquello era una locura, ¡pero qué locura más dulce!

Al llegar a casa me encontré con una extraña nota en la puerta que decía en grandes letras, escalofriantes:

¿TE DIVIERTES, ZORRITA?

Me quedé patidifusa. Aquellas palabras me erizaron la piel.

Si era una broma no tenía ni puta gracia. Al menos yo no me reía.

Miré a ambos lados del rellano, desconcertada y temerosa a la vez.

Arranqué la nota antes de que algún vecino la pudiese ver, y entré corriendo en casa.

Cerré todo con llave, puertas, ventanas. Me aseguré de que no quedase nada abierto.

Preparé la cena de Maddie, y luego la metí en la cama. Se quedó dormida de un tirón.

En cambio yo era incapaz de cerrar los ojos. Me quedé durante horas dando

vueltas en el salón, con todas la luces apagadas.

Una y otra vez resonaban en mi cabeza aquellas malditas palabras;
“Te diviertes, zorrita?”

Tan solo una persona era capaz de llamarme de esa manera, solo una... y no podía ser, no, estaba muerto, ¡muerto!

Desquiciada intenté calmarme. Observé la nota con rabia, mis ojos inyectados en sangre.

La rompí en mil pedazos, al igual que estaba mi corazón. El temblor sacudió mi cuerpo.

Me iba a volver loca de remate de seguir en aquel estado de nervios.

Hice todo lo posible por tranquilizarme. Me tomé una infusión de valeriana y un par de pastillas para dormir.

Quería descansar. Necesitaba cerrar los ojos y olvidar todo el dolor que barría mi alma.

Se que era difícil. Aquella condena me perseguiría el resto de mis días.

Cuando al fin conseguí quedarme dormida las pesadillas asolaron mis sueños.

Quedé con Taylor por Whatsapp a la mañana siguiente.

Hacía días que no nos veíamos, y me apetecía charlar con ella sobre los preparativos de la boda, ir de compras, desconectar unas horas.

Martes.

8.00 A.M

Michelle25.

Hola guapa. (Emoticono sonriente)

8.01 A.M

Taylor _@ Mazqueein.

¡Hola preciosa! ¿Cómo estás? Te iba a llamar ahora.

Michelle25.

Bien, ¿y tú?

Taylor _@ Mazqueein.

Uff súper liada, entre el trabajo, la boda... no paro.

Michelle25.

Me lo imagino.

Taylor _@ Mazqueein.

¡No sabes qué follón! Te necesito cuñi. ¿Te viene bien que nos veamos hoy?

Michelle25.

Yo estaba pensando lo mismo, jaja.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Ves? Estamos conectadas mentalmente.

Michelle25.

Si si, eso va a ser (risa).

Taylor _@ Mazqueein.

¡Salvame cuñi!

Michelle25.

Súper cuñi al rescate.

Taylor _@ Mazqueein.

Va, en serio, necesito tu ayuda.

Michelle25.

Aquí me tienes.

Taylor _@ Mazqueen.

Eres un sol.

Michelle25.

No más que tú.

Taylor _@ Mazqueen.

Anda anda, zalamera.

Michelle.

¿Dónde nos vemos?

Taylor _@ Mazqueen.

¿Te parece bien en la traviatta?

Michelle25.

Perfecto.

Taylor _@ Mazqueen.

¿A eso de las nueve?

Michelle.

Genial.

Taylor _@ Mazqueen.

Entonces te espero allí. Muackkkk (Besos virtuales)

Quedamos en la cafetería del barrio antiguo italiano de la “Traviatta”.

Me encantaba aquel lugar. Era muy tranquilo. Mi turno en el hospital no comenzaba hasta por la tarde, así que no tenía prisa, pensaba disfrutar de mi mañana en compañía de mi cuñada favorita.

_ ¡Michelle! _ Me saludó Taylor efusiva a mi llegada.

Le di dos cálidos besos en la mejilla. Tay era una persona muy cariñosa.

_ Hola Tay. _ Tomé asiento a su lado. _ ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

_ ¡No! _ Soltó risueña. _ Acabo de llegar. ¿Qué quieres tomar? _ Me preguntó mientras agitaba su mano para llamar al camarero.

_ Un capuccino, gracias.

El joven me sonrió con agrado.

_ ¿Algo más?

_ No, de momento. _ Dije.

Entonces se dirigió a Taylor.

_ ¿Y usted?

_ Póngame otro capuccino, y un cruasán con mantequilla, por favor.

_ Enseguida. _ Respondió tomando nota, y alejándose hacia la barra con rapidez.

Taylor se me quedó mirando, intuitiva, y me preguntó.

_ ¿Te ocurre algo? _ Y agregó. _ Te noto preocupada.

Me temblaron las manos.

No había dormido bien, eso era evidente. Grandes ojeras moradas se disimulaban bajo mis párpados con una extensa capa de maquillaje.

Estaba cansada, exhausta, y tampoco quería preocupar a Taylor con mis problemas.

Era algo que yo tenía que resolver conmigo misma, con mi pasado, con mi vida.

Por más que huyese, por más que intentase escapar, el pasado siempre acabaría volviendo.

Ahugué un hondo suspiro, y forcé una sonrisa taciturna.

No, solo estoy algo estresada con la mudanza. Dije.

¡Ay, de estrés ni me hables!. Saltó Taylor sulfurada. _Que menuda rachita llevo.

¿Con la boda?. Repuse.

Sí. Me respondió. _Se celebra en menos de tres meses y aun no tengo ni el vestido._ Expresó con tono caótico.

Tranquila mujer, todo saldrá bien. La animé.

Ella sacudió su bonita melena rubia.

¿Tranquila? Tengo tanto estrés que no hago más que comer dulce. A este paso me pondré tan gorda que tu hermano ni me querrá. Bromeó jocosa.

La miré conteniendo la risa.

¡Pero qué dices!. Dije en su mismo tono de humor. _Estás guapísima.

¿Tú crees?. Preguntó indecisa.

Lo afirmo. Estás espectacular. Te brillan los ojos de amor. Admito que Iván a tenido suerte al conocerte. La alabé con total sinceridad.

Vi como Taylor contenía una lágrima.

La suerte la he tenido yo. No hay hombre mejor que Iván. Sentenció firme.

Nunca había visto a mi hermano tan enamorado de ninguna mujer como lo está de ti. Le confesé sin tapujos. _Gracias por hacerlo tan feliz.

Taylor me cogió con fervor las manos.

Al final me vas hacer llorar. Dijo emocionada. Y añadió. _Mira que estoy de un sensible...

Abrí los ojos expectante.

_¿No estarás embarazada?

_¡No! _Expresó con sorpresa. _Aunque no descarto estarlo pronto.

Ambas reímos con complicidad.

_A Maddie le encantará tener un primito. _Repuse al descuido.

_Es una niña adorable. _La oí añadir.

Me sentí tremendamente orgullosa.

_Lo es.

_¿Cómo es ser madre? _Me preguntó mientras el camarero terminaba de servirnos el café.

Distraía respondí.

_Algo maravilloso, aunque también muy duro.

_Me lo imagino. _Suspiró anhelante.

_¿Y cuándo tienes que ir a la prueba del vestido? _Cambié radicalmente de tema.

_La semana que viene. _Dijo feliz. _¿Vendrás conmigo?

_¡Por supuesto! _Exclamé.

Miré la hora con impaciencia.

_¿Tienes prisa? _Inquirió.

_No, hasta dentro de un par de horas no empieza mi turno. _Contesté saboreando mi capuccino.

_¿Cómo te va con el nuevo trabajo? _Se interesó en saber.

_Muy bien.

_¿Y qué tal con tu jefe?

Di un respingo inesperado. Boté de mi asiento, inquieta.

De repente me subieron los coloretos a la cara.

Intenté disimularlo como pude.

_¿Qué jefe? _Repetí como una tonta.

Taylor soltó una carcajada.

_El doctor Macconner, ¿acaso tienes otro jefe? _Replicó morbosa.

_Ah, bien. _Contesté saliendo del paso.

_Ethan es un buen tío. _Dijo con cariño. _Lo pasó muy mal con su divorcio.

No pude evitar mirarla con cierta sorpresa.

_¿Estuvo casado? _Me interesé con rapidez.

Taylor siguió hablando con naturalidad.

_Sí, con Stelle Buitonne.

_¿La famosa diseñadora?

_Ajá. Ella fue el gran amor de su vida. Estuvo muy enamorado.

Me quedé a cuadros. De siempre había admirado el trabajo de Stelle como

diseñadora. Me parecía muy buena.

Un nudo me ahogó la garganta.

_No tenía ni idea. _Dije.

_Ya. A Ethan no le gusta demasiado airear su vida privada. _Matizó Taylor con recelo.

_¿Y ahora en qué estado se encuentra? _Pregunté con atrevimiento.

Me sonrojé al escuchar mi pregunta. ¿Era yo la que hablaba con tanta desfachatez?

La idea de que Ethan hubiese amado a una mujer como relataba Taylor me puso muy celosa.

Taylor agrandó los ojos como platos, sorprendida.

_¿Te refieres a si está soltero?

_B-u-e-n-o... _Titubeé incómoda.

_¿Te gusta? _Me inquirió con una amplia sonrisa.

_¡No, qué dices! _Mentí con alevosía.

Su mirada se volvió ambigua.

_¿Y qué malo habría en ello? _Agregó después.

Lo cierto era que me gustaba. Más de lo que nunca imaginé.

Y tras mantener sexo con él no podía apartarlo de mi cabeza.

Pero aquello último no lo admitía por pura vergüenza.

¿Qué hubiese pensado Taylor de soltarle que me había follado a mi jefe?

Me avergoncé de mi misma. No es que estuviese arrepentida de lo que había hecho, pero tampoco estaba orgullosa.

_Es mi jefe, nada más. _Me defendí de su mirada acusatoria.

Ella rió sin creerme demasiado.

_Ya.

_Lo digo en serio. _Profundicé mis palabras.

_¿Entonces no te importará ir con Ethan a lo del catering?

Me pillo de improviso su encerrona. Abrí la boca quejosa, pero no rechiste.

¡No le daría el gusto!

_Claro que no me importa. _Fingí soberbia.

_¡Genial! Ya tienes acompañante. El catering será pasado mañana. _Repuso Taylor.

_¿Tan pronto? _Exclamé.

_Cuanto antes mejor. Ya sabes que Iván y yo no podemos elegir el menú, así que lo dejo en tus manos. _Sonrió traviesa.

¿Qué podía decir yo? No podía fallarles, se lo debía por lo bien que se habían portado conmigo y con Maddie.

Guardé mis inquietudes y traté de disfrutar el momento.

Mañana ya vería.

La tarde se presentó tranquila.

Poco lío en el hospital. En la planta de pediatría todo estaba bajo control.

Sarah tenía el día libre así que me tocó trabajar con Dafne.

Ella era preparadora física. Ayudaba a niños con paralices cerebral a realizar sus ejercicios cada día.

Era un trabajo bonito y estimulante. Aprendí muchísimo de Dafne.

Me impresionó su enorme paciencia. Esa tarde conocí a un niño con paralices, de nueve años. Me enamoré al instante de él.

Tenía una personalidad increíble, inteligente, cariñoso, dulce...

Enseguida me encariñé de Rick. Congeniamos muy bien. Era un niño bastante travieso.

Su historia me conmovió al igual que otras muchas. Trabajar con niños era un reto nuevo cada día. Eran impredecibles.

Acabé mi turno a mi hora. Estaba loca por irme a casa, ponerme una peli romántica, y disfrutar de la compañía de mi hija.

Dafne me sonrió al pasar por mi lado.

_¿Cansada? _Me preguntó.

Disimulé un bostezo.

_Sí, un poco. _Contesté distraída.

_Los primeros días suelen ser los más duros. _Añadió Dafne.

_Los niños te adoran. _Le dije.

_Son muchos años trabajando con ellos. _Respondió.

_Ya veo. _Dije.

_A ti también te adoran, has hecho un buen trabajo hoy. _Me felicitó.

_¿En serio? _Me sentí útil por primera vez.

_¡Por supuesto! _Exclamó mientras colgaba su bata en la taquilla. _Eres una buena enfermera.

_Gracias. _Dije.

_Bueno nos vemos mañana. _Dafne se despidió de mi cuando Jenn apareció en la puerta.

_Hasta mañana. _Repliqué sin prestar atención a la entrada inminente de

Jenn.

Vi como Dafne se alejaba deprisa. No le di la mayor importancia. Seguí a lo mío.

Entonces Jenn me detuvo con brusquedad.

_¿A dónde vas, Davis? _Me inquirió con acritud.

_A casa. _Respondí.

_De eso nada, hoy te toca turno doble. _Me soltó sin más.

Abrí los ojos de par en par.

_¿Cómo?

Ella se encogió de hombros.

_Lo que has oído, harás turno de guardia.

La miré a punto de degollarla con mis propias manos.

_Pero eso no puede ser. _Me revelé a aceptarlo. _A mi nadie me ha informado de eso. _Alegué.

Jenn aguantó su risa falsa.

_Te lo estoy diciendo ahora, es lo que hay. _Dijo.

_Hablaré con el doctor Macconner. _Salí sulfurada.

_El doctor ya se fue, y en su ausencia soy yo quien organiza el cuadrante.

_Manifestó contundente.

_Pero...

_No hay peros. _Repuso fría. _Harás lo que se te diga, y punto. _Concluyó dándose media vuelta. _Que te sea leve la noche. _Matizó con evidente malicia.

Aquello era claramente explotación.

La tía borde se ensanchó conmigo. La miré de arriba abajo con desdén.

¡Qué mal me caía! Aguanté mis lágrimas con impotencia.

¡La muy bruja! Que asco me tenía.

Pateé el suelo con rabia. <<¿Por qué a mi? ¿Por qué?>>, gritó mi mente.

No lo entendía. Me quedé parada unos segundos, desconcertada ante la nueva situación.

¿Y ahora qué haría con Maddie? Rápidamente intenté contactar con la canguro, pero me fue imposible dar con ella.

Llamé a Iván. Él era el único que me podía ayudar.

Me temblaron los dedos al marcar su número. Sentí angustia.

Dio tono. Respiré aliviada, aunque un nudo me sofocaba la garganta.

_¿Diga? _Oí con tono cansado al otro lado del teléfono.

Hice un gran esfuerzo por no sollozar.

_Hola Iván.

_Ah, Michelle. _Se notó su entusiasmo.

_Necesito que me hagas un grandísimo favor. _Dije con la boca pequeña.

_Dime, ¿ocurre algo? _Saltó alarmado.

_No, no, no pasa nada. _Traté de restarle importancia. _Necesito que te quedes con Maddie esta noche, solo esta noche, por fa. _Le rogué con fervor.

_¿Por qué? ¿Qué ha pasado? _Preguntó con desconcierto. _¿Estás bien?

_Sí, sí. _Lo calmé con rapidez. _Es que me ha surgido un imprevisto en el hospital, y tengo que quedarme hasta más tarde.

_Vaya. _Resopló Iván. _¿Y es grave?

_No. _Evité contarle la verdad. _Solo un imprevisto, pero ¿podrías hacerte cargo de Maddie? No logro localizar a Eloise.

Iván suspiró hondo.

_Sí, no hay problema, la recogeré y la traeré a casa. _Dijo.

_Gracias. _Musité agradecida.

_No hay de que. _Respondió Iván, para luego añadir. _Te noto algo triste, ¿seguro qué va todo bien? Mira que si no te trata bien Ethan hablaré con él. _Amenazó en tono serio.

Mis mejillas se arrebolaron con color. ¿Tratarme bien?

¡Dios! Recordé con ardor sus besos, sus manos, sus caricias.

Su manera magistral de tocarme hasta alcanzar el orgasmo, sus ojos, su mirada penetradora.

Sí, me trataba muy bien, quizás demasiado bien. Mi cuerpo se estremeció al instante.

—¡No! —.Salió de mi garganta un alarido. —No hace falta, me trata...

—Trastabillé nerviosa. —muy bien.

—¿Seguro? —.Objetó.

—Seguro.

—Vale, como quieras. Me paso a recoger a Maddie.

—Te lo agradezco. —Repuse de nuevo.

—¿Para qué están los hermanos? Adoro a mi sobrina.—Y agregó jocoso.

—Además tengo que ir practicando para cuando tenga a mis propios hijos.

—Tay piensa igual. —Solté sin pelos en la lengua.

—¿Ah si? —.Se sorprendió. —¿Habéis hablado de eso?

—Puede. —Le dejé caer.

Iván rió con mesura.

—Pero mira que sois las mujeres...

—¿Qué somos qué? —.Le insté a que continuase.

Iván carraspeó.

—Únicas. —Dijo.

—¿Eso crees?

—Totalmente. —Manifestó solemne.

—Te tengo que dejar. —Repliqué mirando la hora.

—Como quieras. —Lo oí añadir.

—Mañana hablamos, que descanses. —Y agregué antes de que colgase. —Dale un besote enorme a Maddie de mi parte.

—Se lo daré. —Respondió Iván.

—Hasta mañana. —Dije.

—Hasta mañana, hermanita. —Y colgó.

Me quedé parada unos segundos, con aquel sabor agridulce en la boca.

Guardé mi móvil en la taquilla y subí a la quinta planta.

Iba con la cabeza tan aturullada que ni me percaté de la alta silueta que salió a mi paso.

Casi chocamos de cruces. Pegué un pequeño respingo.

Ethan pareció más sorprendido de verme que yo a él.

Sus bonitos ojos se agrandaron con sorpresa.

—¡Michelle! —.Me nombró pasivo. —¿Qué haces aun aquí?

Su pregunta me pilló de improviso. No supe que responder. Lo miré impaciente.

Ethan me sostuvo sutilmente la mirada. Me estremecí.

Reprimí llorar. Hubiese sido bochornoso.

_Hoy tengo guardia, ¿y tú? _Me limité a decir en voz baja.

Ethan se quedó confuso.

_He venido a dejar unos informes. _Dijo para luego añadir. _¿Guardia hoy?

_Sí. _Arrastré mis palabras.

̄El negó con la cabeza.

_Que raro, juraría que no vi tu nombre en el cuadrante que le pasé a Jenn esta mañana. _Repuso pensativo.

Me contuve para no soltar un grito. Lo que me temí en un principio, esa zorra me la había jugado.

_¿Estás segura? _Insistió.

Me encogí levemente de hombros.

_Eso me ha dicho Jenn. _Contesté sincera.

Ethan se quedó un poco patidifuso.

_¿Jenn te ha dicho qué tienes guardia hoy?

Su tono pareció enfurecido. Vi como la vena de su cuello se le inflamaba.

Me sentí mareada.

_Esto debe de tratarse de un error, tú no puedes hacer turno doble. _Me dijo convencido. _Espérame aquí, voy a ver como lo arreglo.

Y se alejó de mi lado.

_Ethan. _Quise detenerlo, pero este se alejó echando chispas por el pasillo.

Me mordí las uñas con nerviosismo. Tardó un buen rato en regresar.

Yo estaba muerta de sueño. Era tarde.

Su semblante era bastante serio. Nunca lo había visto de esa manera.

Me acerqué rápidamente a él.

_¿Qué ha pasado? _Inquirí preocupada.

Ethan me cogió dulcemente de la mano. Mis piernas temblaron, y mi corazón se aceleró ante su contacto.

_Vamos, te llevaré a casa. _Dijo.

Abrí la boca incrédula.

_¿A casa? _Repetí. _¿Y quien q-u-i-e-n se ocupará de mi turno? _Tartamudeé inquieta.

Su mirada se clavó en mi mirada. Su ternura me desarmó por completo.

Me sorprendió su paciencia. Un día era un hombre apasionado, entregado a la lujuria y el placer, y al otro día era un hombre tierno y comprensivo.

Me derretí por completo. Era perfecto en todos los sentidos.

No opuse resistencia y lo seguí hasta su coche.

Ethan condujo su vehículo hasta mi casa. Durante el trayecto no nos dijimos nada.

Yo me relajé sobre el asiento. Estaba exhausta.

El silencio reinó durante unos minutos. El calor era insostenible.

Me costaba respirar con normalidad teniendo a Ethan tan cerca. Su olor, su perfume, embriagaba con fuerza mis fosas nasales.

Sentí en todo momento su penetrante mirada clavaba en mi escote.

Me contuve para no girarme y besarlo.

Sabía que si lo hacía ya no podría parar hasta sentirlo enteramente mío.

Estaba enganchada a su cuerpo, a su esencia y su piel. Era como una dulce droga que recorría mis venas.

Y era una sensación maravillosa. Giró la última esquina y le indiqué suavemente que parase.

Estacionó su vehículo frente a una hilera de edificios antiguos.

_Aquí es. _Dije percibiendo la brisa fresca de la ventanilla.

_¿Aquí? _Se extrañó.

Me dio un poco vergüenza. Yo no tenía ni joyas ni riquezas.

Vivía en uno de los barrios más humildes de Santa Clara, pero a pesar de ello era feliz con lo poco que la vida me había dado.

_Sí. _Repetí aturullada por la sensualidad de su voz.

Me desabroché el cinturón de seguridad para bajarme.

Un nudo me oprimió la garganta.

_Gracias por acompañarme. _Repuse con ardor.

Me di la vuelta. Entonces Ethan me agarró del brazo y me giró hacia su cara.

_Espera. _Dijo apasionado.

_¿Por qué? _Pregunté confusa.

Él sonrió con alevosía.

_Aun no me has pagado con un beso. _Replicó ferviente.

Y sus cadentes labios se apoderaron de los míos con un calor abrasador.

No pude resistirme a sus encantos.

Me colgué de su cuello, y dejé que su lengua se introduciese dentro de mi boca, produciéndome un maremoto de sensaciones.

Estaba obnubilada. Me separé unos centímetros para observar su rostro.

Sus ojos ardían en deseos al igual que los míos.

_Esto es una locura. _Dije abrumada.

Ethan me acarició dulcemente la mejilla. Me estremecí de pies a cabeza.

_Locura sería no besarte cada día. _Fue su ronca respuesta.

Me desarmó su convicción. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Sabía que cometía una imprudencia, y que debía detener aquello. Pero mi impulso era mucho más fuerte que mi razón.

Quizás me estaba equivocando... Le cogí la mano con fervor.

_Ven. _Repuse acalorada.

_¿A dónde? _Me inquirió.

_A casa. _Dije.

_¿Estás segura?

<<¿Lo estaba?>>, se preguntó mi mente. En realidad no estaba segura de casi nada, pero deseaba a Ethan con todo mi corazón, sí.

Él me miró complacido con mi respuesta.

_Sí.

No hicieron falta más palabras. Mi cuerpo todo lo decía. Ardía en ganas de que me besara, me tocara, me acariciara.

Me moría por perecer bajo sus brazos y gemir hasta el éxtasis.

Quería que me follara, esa era la verdad. Tenía fiebre, sí, pero de sexo. Estaba hambrienta.

Maddie no estaría en casa esa noche, era mi oportunidad.

Era más libre que nunca para hacer lo que me diese la gana.

Y sí, me apetecía mantener sexo salvaje con Ethan, no lo negaría.

Subimos a casa derrochando muestras de cariño. La lujuria invadía cada poro de nuestro cuerpo.

A duras penas abrí la puerta. Busqué el interruptor con impaciencia.

Ethan me siguió muy de cerca. Me fijé en la reacción de sus ojos al ver el

reducido salón.

_¿Quieres tomar algo? _Le ofrecí nerviosa.

Él negó fervientemente con la cabeza. Dio dos grandes zancadas y me apresó con sus fuertes brazos.

_Solo te quiero a ti. _Me musitó enronquecido.

Temblé con un espasmo de puro placer. Sus palabras eran como música para mis oídos.

Ethan me empotró con urgencia contra la pared. De nuevo aparecía el hombre salvaje y pasional que me volvía loca.

Gemí. Sus labios se posaron sobre mis labios devorando mi boca con anhelo.

Me dejé llevar por la pasión. Me alzó los brazos por encima de su cabeza, y me inmovilizó por completo.

Estaba a su merced. Pero no sentí miedo, sino deseo. Estaba caliente, húmeda, para recibirlo dentro de mi.

Me quise arquear ansiosa. Ethan puso un dedo sobre mis labios y me acalló.

_Shh, aun no. _Ronroneó mientras sus manos se deslizaban vertiginosamente por mi cuerpo.

Un jadeo escapó de mis labios, incontinente. Lentamente Ethan se deshizo de mi tanga. Resbaló por mi caliente piel hasta tocar el suelo.

Me estremecí de placer. Sus ojos vidriosos me devoraron sin piedad.

_Te deseo. _Musitó. _Me vuelves loco de remate, ¿qué tienes Michelle? _Preguntó con ardor. _Dímelo. _Me suplicó mientras descendía su cabeza y metía su lengua en mi vagina.

Su calor me abrasó por dentro. Sentí un cosquilleo agradable que me hizo palpar.

Su saliva resbaló por mi piel entremezclandose con mi jugo.

Grité excitada por su caricia. Deseaba más. Necesitaba que me poseyera por completo.

Me removí inquieta. Ethan me sujetó las manos con un brazo. Subió su lengua por mi ombligo, cadente, juguetona.

Me sacó el vestido por la cabeza y lo arrojó a un lado.

Me devoró los pechos. Primero uno, luego el otro. Mordisqueó mi pezón con ansias hasta hacerme gemir.

Estaba muy caliente y ansiosa, preparada para recibirlo en mi interior.

_Eres preciosa. _Jadeó en mi oído.

Solté el aire de mis pulmones a la vez que Ethan posicionaba su mano en la cara de mi contra muslo.

Lo acarició deliberadamente. El calor y el deseo invadían cada poro de mi ser.

No aguantaría mucho más tiempo sin correrme. Ya podía saborear el éxtasis en mis labios.

Ethan presintió mi estado. Entonces me observó satisfecho.

Sus ojos estaban velados por la pasión, incluso el azul de su mirada era mucho más intenso, como el zafiro.

Me quedé colgada de Ethan, esperando el momento en que él me penetrara.

Hubo más que química. Hubo algo más que sexo. Aquello era magia. Jamás me había sentido así por ningún hombre.

Ethan me agarró de las caderas y me elevó unos centímetros. Nuestros cuerpos sudorosos se tocaron con ansias.

Me penetró. Sentí como su pene se introducía en mi vagina con fuerza.

La primera embestida fue dulce, una agonía que me derritió por dentro.

Me acoplé rápidamente a su ritmo frenético. Ethan salió y entró de mi vagina con pura deliberación.

Con cada penetración me hacía lanzar un grito. El calor era extremo.

Estaba a punto de correrme. Agarré mis uñas a la pared.

Él intensificó su ritmo. Podía sentir su respiración pegada a mi oreja.

Jadeé. El orgasmo explotó en mi vagina, caliente. Fue maravilloso.

Ethan también se corrió. Su semen chorreó por mis piernas. Exhausta me dejé caer en su hombro.

Él soltó un hondo suspiro. Apoyó su brazo sobre la pared y descansó su cuerpo.

Al día siguiente me tuve que enfrentar a la ira de Jenn.

Me encaró de una manera borde y superficial. No esperé su ataque.

Vi como furiosa se acercó a mi y casi me escupió a la cara.

_¿Te crees muy lista, verdad? _Me inquirió con aire prepotente.

La miré indiferente.

_¿Yo? _Me hice la sorprendida. _¿Por qué?

Jenn me acribilló con la mirada.

_Lo sabes muy bien. _Masculló entre dientes. _Hoy el doctor Macconner me ha echado una bronca por tu culpa.

Me encogí de hombros como si tal cosa.

_¿Mi culpa? _Repetí con una carcajada. _En todo caso habrá sido tu culpa.

_¿Me vacilas? _Me soltó iracunda.

No me achanté ante su tono dominante. Elevé la barbilla y dije.

_No. Si te ha echado la bronca es porque tú te lo has buscado. _Repliqué tranquila.

Jenn se enervó como una fiera ante mis palabras.

_Oye bonita. _Usó un tono bastante despectivo. _que seas la preferida del doctor no quiere decir que tú sola te lo folles, estás muy equivocada. _Escupió con enojo.

Abrí los ojos con sorpresa.

_¿Perdón?

Ella me miró con aplomo.

_Lo que oyes, tú solo eres una más de su larga lista. _Agregó con alevosía.

_En realidad Ethan aun ama a su ex mujer.

Jenn forzó una sonrisa ante mi cara de estupor. Me dolió como una puñalada sus palabras.

Intenté recomponerme al instante. Entonces la oí decir.

_Aplicate el cuento novata. _Me amenazó hiriente. _Te follará y te utilizará como a cualquier otra.

_No te consiento que me hables de esa manera. _Me defendí de su ataque.

Jenn rió con sorna.

_¿Y qué harás? _Se mofó con malicia. _¿Ir corriendo a contárselo al doctor?

Niñata de mierda. _Siseó con los ojos inyectados en sangre.

A punto estuve de cruzarle la cara de un guantazo. Pero me contuve.

Mi orgullo de mujer estaba herido, pisoteado por el suelo.

No me dolió tanto como me había tratado Jenn, sino el hecho de que pudiese llevar razón respecto a Ethan, y en verdad yo tan solo fuera un juguete más en su vida.

Estaba totalmente confusa. ¿Sería verdad qué aun seguía amando a su ex?

Los celos me corroieron por dentro. No supe que pensar. Me dolió todo, incluso el amor.

Era evidente que Jenn estaba despechada, pero ¿y yo? ¿Era posible qué me estuviese enamorando de Ethan? Mi mente se aturulló.

Por suerte Sarah entró en la salita e interrumpió nuestra acalorada discusión.

De no ser así no se que habría pasado. Jenn se marchó amenazante, pero era lo que menos me importaba.

Tenía que poner en orden mis sentimientos. Quizás me estaba implicando demasiado en aquella relación.

Debía alejarme de Ethan, ¿pero cómo? Durante todo el día no paré de darle vueltas a mi cabeza.

Era incapaz de olvidar las palabras envenenadas de Jenn. Al finalizar mi turno me fui a casa completamente desmoronada.

Me encontré con Hanna en el rellano del edificio. Iba acompañada por un hombre, joven, alto, fuerte.

No me gustó su sonrisa manipuladora ni tampoco su obscena manera de mirarme.

Aquel tipo no era trigo limpio. Hanna me lo presentó como su prometido.

_Él es Bryan. _Me dijo.

_Encantada. _Repuse dándole la mano.

_Hola. _Me insinuó mordaz. _Nunca te había visto por el edificio.

Hanna se adelantó a mi respuesta.

_Michelle es nueva, ahora somos vecinas, ¿verdad? _Rió con soltura.

_Sí. _Respondí con una sonrisa forzada.

Bryan me ponía sumamente nerviosa y exaltada.

_Entonces supongo que nos veremos más veces, ¿no? _Me lanzó una clara indirecta.

Asqueada le devolví la misma mirada.

_Supongo. _Añadí reacia.

_Michelle es enfermera. _Oí decir a Hanna.

_¿Ah si? _Soltó jocoso. _Me encantan las chicas con uniforme. _Y me guiñó un ojo.

Flipé. Era repugnante. ¿Estaba ligando conmigo?

Hanna carcajeó ante su comentario.

_Que tonto. _Golpeó su antebrazo. _Yo no llevo uniforme y te gusto.

Vi como Bryan rodeaba su cintura con posesión y la apegaba a su cuerpo.

_Pues claro muñeca. _Y le plantó un beso en todos los morros.

¿Qué veía Hanna en un hombre como él? Ella era una chica dulce, divertida, guapa, que podía aspirar a mucho más que a un ingrato como ese.

Pulsé el botón del ascensor y esperé su llegada con impaciencia.

_¿Nos vemos luego? _Me preguntó Hanna.

_Claro. _Respondí despidiéndome de ella.

Las puertas automáticas se cerraron para mi tranquilidad.

Era extraño, pero Bryan no me cayó bien desde un principio.

Había algo oscuro en él que no tardaría en descubrir. No era totalmente transparente ni sincero.

Lo sentí por Hanna. Ella merecía algo mejor.

Al llegar a la tercera planta salí del ascensor.

Me acerqué a las escaleras y le di al interruptor de la luz.

Al mirar hacía la puerta descubrí una caja depositada en el felpudo.

Extrañamente me llamó la atención. Caminé hacía ella.

Era de un tamaño mediano, color marrón oscuro.

No tenía ni remitente ni sello postal. La cogí minuciosamente y la observé con curiosidad.

¿Qué habría dentro? Busqué rápidamente las llaves en mi bolso y entré en casa.

El sol de media tarde se reflejó en la ventana. Corrí las cortinas para que no me molestase tanta claridad.

Mis ojos eran sensibles a la luz. Dejé el paquete sobre la mesa y me dirigí hacía la cocina para coger un vaso de agua.

Abrí el grifo y observé caer el chorro de agua fría sobre el fregadero.

Llené el vaso y regresé al salón. Tropecé en el pasillo con un juguete de Maddie.

Casi di de bruces contra el suelo. Por suerte me sostuve en pie.

Maldije furiosa entre dientes. Le tenía dicho a Maddie que guardase siempre sus juguetes en la caja, pero nunca me hacía caso.

Me sentí enfadada. Deposité el peluche en su lugar y me senté en el sillón.

Entonces cogí el misterioso paquete. Me di cuenta de que no pesaba nada.

Lo zanganeé antes de abrirlo. Rasgué la cinta adhesiva con cuidado.

Lo que encontré en su interior me desgarró la garganta. Di un grito despavorido.

Mis ojos se quedaron en blanco. El vaso cayó de mis manos rompiéndose en mil pedazos.

Respiré entrecortadamente, con angustia y desolación.

Observé en shock la cabeza de un conejo degollado. ¡Pobrecito el animal!, me lamenté sin poder hacer nada.

Tiré la caja al suelo con horror. Mis piernas temblaron. Mi semblante empalideció al instante.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Di gracias de que Maddie aun estuviese en

el colegio y que no hubiese sido testigo de aquel horrendo sacrilegio.

Sollocé impotente. ¿Quién era capaz de hacer una barbarie así?

Se me descompuso el cuerpo de solo pensarlo. Apenas podía tragar saliva del nudo que tenía en mi garganta.

Mis dientes castañearon insistentes. Me moví temblorosa incapaz de mirar de nuevo la caja.

Me levanté percatándome de la sangre que brotaba de mis dedos.

El cristal había desgarrado mi carne produciéndome una honda herida.

Me mareé un poco. Me apresuré hasta la cocina para coger un paño y taponar la herida.

Ejercí presión para que dejase de sangrar. Me fui hasta el botiquín del cuarto de baño y cogí agua oxigenada, mercromina, gasas, y tiritas.

Me hice una cura rápida. Por suerte la herida fue más superficial de lo que parecía.

Limpié el salón y tiré la caja a la basura borrando todo rastro.

Pensé en llamar a la policía, pero me arrepentí al momento.

¿Qué les iba a explicar, qué estaba siendo acosada por un sicópata?

Me hubiesen pedido demasiadas explicaciones que yo no podía dar.

Oí como el viento golpeó las persianas con furia. Dejé la habitación completamente a oscuras.

Aquella era la única manera de sentirme segura. Me acurruqué en un rincón con la cabeza entre las piernas.

El frenético ritmo de mi corazón latía en mis sienes. Me quedé en silencio.

Estaba asustada. El pasado volvía de nuevo a mi, y esta vez no podría salir corriendo.

Recé al cielo como una vez me enseñó mi madre, pero ni tan siquiera la fe podría liberarme de aquella pesadilla.

Horas después logré tranquilizarme.

Entonces fui a recoger a Maddie a la salida del colegio.

A mi llegada el director Moller me llamó a su despacho para hablar conmigo.

Me alarmé enseguida. Creí que algo malo le había sucedido a mi hija.

_Siéntese, señora Davis. _Me indicó amablemente.

Billy Moller era un hombre de mediana edad, atento, afable. Llevaba ejerciendo su profesión más de media vida.

Era un hombre muy querido y respetado por sus alumnos.

Todo aquel que lo trataba destacaba de él su buen corazón.

Nunca olvidaré lo bien que se portó con Maddie a su llegada al centro. Le estimaba un gran cariño.

Escuché atentamente sus palabras, un tanto sofocada.

_¿Le ha pasado algo a mi hija? _Me apresuré a preguntar preocupada.

Él me miró con una sonrisa.

_¡Oh no! Maddie está perfectamente.

Solté el aire acumulado en mis pulmones y me relajé sobre el asiento.

_¿Entonces qué ocurre? _Inquirí sin entender nada.

El director Moller carraspeó incómodo.

_Verá, señora Davis, quisiera hablar con usted seriamente. Me preocupa, y bastante, la actitud de su hija. _Replicó fijamente.

Di un repullo.

_¿Actitud? _Repetí.

_Maddie es una niña muy inteligente, no cabe duda, aparte de espabilada.

_Añadió locuaz. _Pero últimamente no presta la suficiente atención en clase, y tampoco se aplica en los estudios. _Reiteró con pesar.

_Bueno, intenta adaptarse. _Dije sin darle la mayor importancia.

Él negó rotundo con la cabeza. Me sentí algo contrariada.

_No me entiende, señora Davis. _Expresó cabizbajo. _Maddie tiene demasiados pájaros en la cabeza.

Abrí los ojos con espasmo.

_¿Cómo dice?

_Se pasa el día distraída. _Agregó serio.

_Tiene cinco años. _Alegué en su defensa.

_Dibujando y fantaseando con que su papá vendrá muy pronto a verla.

_Replicó captando por completo mi atención.

Un escalofrío se instaló en mi nuca. Entonces lo oí añadir;

_Y usted me dijo...

Lo corté en seco sin tan siquiera dejarlo acabar su frase.

Me sentí exaltada.

_Ya sé lo que le dije, director Moller, pero entiéndalo, Maddie es tan solo una niña, necesita tiempo. _Expresé con la voz temblorosa.

_Discúlpeme por meterme donde no me llaman, pero le aseguro que solo quiero el bienestar de mis alumnos. _Dijo solemne.

Y se lo agradezco, pero mi hija está bien, se le pasará. Intenté convencerlo.

_¿Está usted segura?

_Sí. _Manifesté molestia.

_Como quiera. _Ladeó la cabeza reacio. _Pero quiero que sepa que aquí estaremos para ayudarla en lo que le haga falta. _Se ofreció rápidamente.

_Muchas gracias. _Respondí agradecida.

Un nudo me sofocó la garganta. Me levanté.

_Hable con Maddie, señora Davis, es lo mejor. _Me aconsejó desde la puerta.

No dije nada, callé mirando hacia otro lado, ausente. Quizás el director Moller llevase razón, y Maddie debiese conocer la verdad.

Pero yo sentía que no estaba preparada aun para hablarle de aquello.

Quizás no lo estuviese nunca, no lo sé, pero tarde o temprano tendría que afrontar el momento, por muy doloroso que fuera.

Llovía.

Podía oír como la tormenta rugía sobre mi cabeza. Gotas de lluvia golpeaban la cubierta.

Mis ojos observaron el embravecido mar a mis pies. El velero se zanganeaba con furia. ¿O era yo quien me zanganeaba?

La noche había caído oscura. Tenía miedo, mucho miedo. Mi cuerpo estaba entumecido y no dejaba de tiritar.

Tenía frío. Oía voces en la proa. Risas que llegaban confusas a mi mente.

Quería gritar, escapar de allí, pero no podía ni tan siquiera moverme de mi sitio.

Mis músculos estaban engarrotados. Un rayo surcó el cielo. La luz iluminó su rostro.

Una férrea mano se posó sobre mi hombro, tironeando de mi.

_¡Michelle! _Me gritaba. _¡Michelle!

No quería seguirlo. Estaba asustada. Mis ojos lo miraron despavoridos.

Entonces grité.

_¡No! ¡Nooooooooo!

Desperté de nuevo bañada en sudor. Salté de la cama huyendo del sueño, y me incorporé con estupor en medio de la noche.

Otra vez la pesadilla. Jadeé ahogada por mi propia respiración.

Temblé despavorida. Observé la oscuridad. Mi corazón golpeaba mi pecho.

El teléfono sonó de repente. Di un sobresalto. Rápidamente contesté aturdida.

_¿Diga?

No oí nada al otro lado de la línea. Solo un silencio perturbador.

_¿Diga? _. Volví a repetir.

Una respiración profunda, entrecortada, estremecedora.

Mis dedos temblaron sudorosos.

_¿Quién es?

Sentí el jadeo en mi oído.

_¡Déjame en paz! _. Grité desquiciada. _¡Llamaré a la policía! ¿Me oyes?

Pero no obtuve respuesta. Solo aquel silencio que me desbordaba sin control.

Exaltada colgué. Al instante volvió a sonar.

_¡Qué quieres! _. Exclamé turbada. _¿Quién eres? _. Pregunté de nuevo.

Creí oír una risa suave. Desconcertada no supe que hacer.

Mi impulso hizo que voltease el teléfono por el aire hasta estamparlo contra el suelo.

Grité rabiosa. El estruendo despertó a Maddie que dormía en la otra habitación.

La niña corrió hacia mi cama asustada.

_¡Mami, mami! _. Me llamó. _Tengo miedo.

La abracé con ternura tratando de tranquilizarla.

_Ven aquí mi amor, no pasa nada, ¿vale?

Ella asintió con su cabecita.

_¿Puedo dormir contigo? _. Balbuceó.

_Claro que sí. _Dije tapándola con las sábanas.

Besé su frente con amor. Enseguida se quedó dormida.

Sin embargo yo no fui capaz de pegar ojo en toda la noche.

No hablé con nadie de aquel asunto ni tampoco fui a la policía.

Le quise restar importancia. Lo mejor era olvidarlo y continuar con mi vida. Seguramente se trataría de un macarra.

Pasé la mañana en la gestoría arreglando los papeles del contrato con el casero.

El hombre se quedó muy satisfecho cuando vio como le pagaba por adelantado la fianza, más dos meses de alquiler.

Fue muy amable en todo momento, lógico. Luego pasé por el súper.

Había pensado en preparar unos espaguetis a la carbonara. Era el plato favorito de Maddie.

Realicé la compra sin prisa. Me tomé mi tiempo en mirar escaparates, sin llegar a gastar mucho.

Las horas pasaron volando. Cuando me quise dar cuenta era cerca del mediodía.

Salí de los grandes almacenes para dirigirme hacia el aparcamiento.

Crucé la calle abarrotada intentado esquivar con las bolsas a los peatones.

De repente algo me llamó la atención. Observé como un deportivo plateado aparcaba en la acera de enfrente.

Reconocí rápidamente el vehículo de Ethan. Era él, estaba segura.

Me quedé parada tras unos arbustos, agazapada entre la gente mientras escudriñaba con detenimiento cada uno de sus movimientos.

Vi como se bajaba del coche con su porte erguido y elegante. Pensé en llamarlo, pero me dio vergüenza.

El corazón me latió a mil por hora. Estaba guapísimo. Vi como entraba en una lujosa joyería de la esquina.

¿Qué haría allí? Las palabras de Jenn se repitieron incesantes en mi cabeza.

<<Ethan sigue amando a su ex mujer>>. Me sentí furiosa. Unos irrefrenables celos despertaron en mi interior.

Di media vuelta y monté en mi coche. Regresé a casa de mal humor.

No podía dejar de pensar en Ethan y en lo que estaría haciendo en aquella joyería.

Me sentí una completa estúpida. Él jamás se enamoraría de una mujer como

yo.

Nunca se fijaría en mi más allá del sexo. Sin embargo yo empezaba a albergar sentimientos más profundos. Era una autentica locura.

Intenté despejar mi cabeza cocinando. Puse música y meneé mis caderas al ritmo de una bachata.

De repente tocaron a la puerta. El insistente sonido del timbre me sobresaltó.

Apagué la radio y me limpié las manos en el delantal. Abrí sin esperar encontrarme a Bryan en la puerta.

_Hola. _Me insinuó ávido.

Su blanca dentadura me repugnó.

_¿Qué haces aquí? _Dije con desagrado. _Hanna no está aquí. _Le avisé antes de que este se colase en mi salón.

Bryan me miró de arriba abajo, con descaro.

_No he venido a ver a Hanna. _Me confesó sin tapujos.

Le seguí con desdén.

_¿Entonces qué quieres?

Este rió con sorna.

_Ambos lo sabemos, muñeca. _Intentó besarme.

Le hice rápidamente el movimiento de la cobra.

_¡Estás chalado! _Le grité. _Eres el novio de mi amiga.

_¿Amiga? _Se mofó. _Venga ya, la conoces de hace dos días.

De nuevo se acercó a mi, persistente.

_¡Fuera de aquí o chillo! _Le advertí iracunda.

_Solo quiero follar contigo, muñeca, y sé que tu también lo deseas. _Se pavoneó seguro.

_¡Ni muerta! _Siseé con asco.

_Desde esta mañana no paro de pensar en ti. _Arrastró sus palabras con exagerada pronunciación.

_¡Vete! _Le repetí muy nerviosa.

_Quiero que te abras de piernas para mi, venga, pasaremos un rato divertido.

_Me insistió mordaz.

Abrí la boca incrédula. Aquel tipo era asqueroso.

_¿Eso es lo que te importa Hanna? _Le reproché repulsiva.

_Esto no tiene nada que ver con el amor, solo es un polvo muñeca. _Dijo abiertamente.

Me entraron ganas de patearle el trasero.

_Eres un cerdo. _Le escupí.

Él rió sarcástico.

_Un cerdo que te follaría con placer.

_ Se lo contaré a Hanna. Fuera de mi casa. _ Exclamé furiosa.

Bryan pareció de repente enojado.

_ ¿Contarle el qué? _ Preguntó en tono amenazador.

_ Que has intentado propasarte conmigo, que la engañas, y que eres un cretino. _ Dije.

_ ¿Eres tan estúpida para hacerlo? _ Carcajeó. _ ¿Y a quién crees que creerá?

Bryan tenía mucha convicción sobre si mismo.

_ ¡Fuera! _ Lo eché a empujones.

_ Me encantas, Michelle. _ Musitó libidinoso. _ Y tarde o temprano caerás en mi brazos.

_ Antes muerta. _ Le lancé con desafío, y le cerré la puerta en las narices.

Oí como el tipo se marchaba con aquella risa sardónica.

Bufé incontinentemente. Hanna tenía que saber como era en realidad su perfecto prometido.

Hablaría con ella, sí. No sé el como ni el cuando, pero le contaría toda la verdad acerca de Bryan.

Entré en la consulta de Ethan completamente ruborizada.

Este me miró intensamente tras su mesa. Se encontraba con un paciente. Eso no restó para que yo sintiese el fuego de sus ojos clavados en mi piel. Temblé inconscientemente mientras me acercaba.

¿Doctor? Lo llamé. Su informe.

Nuestras manos se rozaron al entregarle el expediente. Un fuerte cosquilleo me invadió la boca del estómago.

Mis mejillas se enrojecieron ante aquel furtivo contacto.

Gracias. Repuso él.

Hice ademán de marcharme, entonces me detuvo.

Quédese, señorita Davis.

Su voz penetró en mis sentidos como una droga dulce. Obedecí de inmediato, sin rechistar.

Tomé asiento a su lado.

¿Entonces no cree que haya que operar, doctor? Preguntó el paciente preocupado.

De momento no. Respondió mirando el informe que yo le había entregado.

Las últimas pruebas son muy favorables. Le informó con detalle. El coágulo ha disminuido hasta un sesenta por ciento con la medicación.

El hombre se mostró asombrado.

¡No lo puedo creer!

Como ve. Prosiguió explicando el resultado. en el último Tac no se aprecia un avance mayor. De seguir con el tratamiento es muy posible que se llegue a disolver al cien por cien.

Muchísimas gracias, doctor Macconner, me ha salvado la vida. Le estrechó la mano con fervor.

Las facciones del hombre se relajaron.

Tan solo hago mi trabajo. Replicó Ethan sin vanidad.

Lo observé por el rabillo del ojo, con orgullo. Un nudo de emoción me oprimió la garganta.

Sin duda era un hombre sumamente maravilloso.

Es usted el mejor neurocirujano que conozco. Reconoció el hombre

agradecido.

Ethan se ruborizó ante su cumplido.

_Exagera, señor Fox. _Le restó importancia. _Nos vemos dentro de un mes para la revisión, y no olvide seguir cuidándose como hasta ahora.

El hombre se levantó de su asiento con una enorme sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

_Lo haré, no se preocupe. Muchas gracias. _Reiteró de nuevo.

_No hay de qué. _Respondió Ethan.

_Que tenga buenas tardes, doctor. _Me miró a mi. _señorita.

Sonreí. El paciente abandonó la consulta muy contento.

Era agradable ver aquella parte positiva en tu trabajo.

Cerró la puerta tras de sí. Quedamos solos. Ethan se acercó a mí con complicidad.

Eché el pestillo a la puerta y repuso ávido.

_Hola preciosa. _Y me rodeó con sus brazos mi cintura.

Lentamente me apegó a su cuerpo. El calor me sofocó por dentro.

_¿N-o h-a-a-y m-a-s-s pacientes? _Tartamudeé derretida por su caricia.

_No, el señor Fox era el último de hoy. _Arrastró con sutileza sus palabras.

Sus ojos me devoraron sin piedad.

_Ahora soy todo tuyo. _Me insinuó ardiente.

_¿Ah sí? _Inquirí atrevida.

_Ajá. _Contestó mientras su lengua recorría el contorno de mi escote.

_Me gusta. _Dije.

_¿El qué? _Repuso Ethan apasionado.

_Que seas mío. _Reí mientras jugueteaba con la solapa de su bata.

El brillo de sus ojos me apabulló por completo al mirarme.

El deseo bullía con fuerza en su iris.

Me estremecí como una colegiala. Acaricié insistentemente su pecho.

Desabroché su bata y la tiré al suelo, con provocación.

Ethan me miró satisfecho.

_Soy tuyo. _Me repitió muy seguro.

Y yo me sentí poderosa. Quise creerlo. Hundí mi lengua dentro de su boca, embriagándome de todos sus sabores.

Aquel gesto lo enloqueció por completo. Pasé mis brazos alrededor de su cuello.

Ethan gruñó mientras me sentaba sobre sus piernas.

Sus manos recorrieron mi espalda, lentamente. Un espasmo me hizo temblar.

Acarició mis ingles por debajo de mi falda. Me arqueé encendida.

Gemí. Su boca descendió por la curva de mi cuello dejando un interminable

camino de calor.

Mordisqueó con gula mi lóbulo.

_Michelle. _Musitó enronquecido.

Lo acallé con un beso. Sus manos me agarraron con posesión los glúteos.

Nuestras miradas se cruzaron libidinosas. Me apartó el tanga.

Ahugué un suspiro. Me elevó sobre sus caderas jadeante, y me penetró.

Lo miré extasiada. Su polla dura se introdujo dentro de mi vagina produciéndome una ola de exquisito placer.

Olía a sexo en toda la habitación. Me moví lentamente, saboreando el éxtasis en mis labios entreabiertos.

El calor abrasaba mi entrepierna. Ethan me miró suplicante. Su mirada estaba velada por la pasión.

Empecé a contonearme sobre su miembro, con suavidad. Le arranqué un gemido placentero.

Yo también gemí con deseo. Ambos nos consumimos por la pasión del momento, casi a punto de alcanzar la cima más dulce del orgasmo.

Su boca se adueñó de mis palabras, de mi aliento, y hasta de mi ser.

Ethan se movió con un ritmo placentero. El calor era cada vez más intenso.

Grité. El clímax explotó como un volcán en erupción en mi bajo vientre.

El orgasmo se esparció como pólvora por todo mi cuerpo.

_Michelle. _Me nombró de nuevo al tiempo que derramaba su semen caliente en mi interior.

Decidí hablar con Hanna esa misma semana.

Pensé que era lo mejor que podía hacer por ella.

No quería permitir que aquel sinvergüenza siguiese engañándola de esa manera.

Me armé de valor y bajé las escaleras del edificio, crucé el rellano, y me planté delante de su puerta.

Toqué repetidas veces el timbre. No obtuve respuesta alguna.

Hanna tardó en abrir. Ya me iba cuando la vi asomar a la puerta.

Su semblante era serio, de disgusto. Me temí lo peor. Quizás Bryan se había ido de la lengua con alguna de sus artimañas.

_Hola Hanna. _La saludé nerviosa. _Tenemos que hablar.

Ella me miró con enfado. Sus bonitos ojos se clavaron en los míos con resquemor.

No entendí a que venía esa actitud hacía mi.

_¿De qué? _Repuso fría.

Insistí en el asunto.

_Déjame pasar. _Dije.

_No. _Negó en rotundo.

_Hanna, tengo que decirte algo muy importante. _Rebatí con fuerza.

Esquiva me habló.

_No te molestes, Bryan me lo ha contado todo.

Vi el dolor en su rostro. Me sofoqué. Abrí la boca con sorpresa.

_¿Todo? _Repetí anonadada. _¿Qué es lo que te ha dicho?

Hanna pareció verdaderamente molesta.

_La verdad. _Replicó con desdén. _que tu has intentado seducirlo para llevártelo a la cama.

_¡Qué! _Chillé incrédula.

_Que lo has acosado insinuándote con descaros como una vulgar pu...

Calló de golpe, quizás avergonzada por sus palabras. Yo quise defenderme de su ataque, contar mi verdad, pero Hanna estaba muy cegada.

_Eso es falso, Bryan te ha mentado. _Me justifiqué con fervor.

_¿Y por qué iba a mentarme? _Preguntó desconfiada.

_Porque es un canalla sinvergüenza. Fue él quien vino a buscarme a mi, quien quiso acosarme, quien me ofreció su polla. Debes creerme. _Argumenté con causa.

Hanna sollozó impotente.

_Me has decepcionado, Michelle.

Me dolieron en el alma sus palabras. La miré con suplica.

_Escucha. _Dije.

_Vete. _Me echó de su casa. _No quiero ser tu amiga nunca más.

¿En serio? Estaba pasmada. Me quedé completamente a cuadros, incrédula de que aquello fuese verdad.

_No hablas con el corazón, Hanna. _Intenté convencerla.

_Marchaté _Fue su respuesta.

Cerró la puerta sin poder hacer nada. Y allí me quedé yo, con cara de gilipollas, sintiéndome culpable de una situación que no había buscado.

Me sentí herida y fuera de lugar. Hanna era mi amiga, aunque ella ahora me odiase.

Era frustrante. Las semanas siguientes ni nos hablamos.

Pasamos a ser dos completas desconocidas.

Si nos encontrábamos en el rellano ella hacía como que no me veía. Fue muy difícil.

Los días se fueron haciendo más largos y calurosos a medida que la primavera se acercaba.

Mi jornada en el hospital pasó a ser más tranquila. Ahora me encargaba de los pacientes de Ethan, y lo ayudaba a atender las urgencias.

A Jenn no le sentó nada bien que yo ocupase su puesto, pero se tuvo que joder.

Me encontraba muy a gusto y relajada con mi trabajo. Me encantaba mi nueva vida.

Era casi perfecta, solo casi. Para ser perfecta necesita que Ethan se enamorase de mi como yo lo estaba de él.

Sí, me había dado cuenta por más que lo hubiese negado, que lo amaba.

Ya no era solo sexo lo que anhelaba de él, sino amor. No me conformaba con tenerlo una noche, lo quería para siempre.

Pero en el fondo sabía que albergaba un imposible. Ethan jamás me amaría, y al final terminaría haciéndome daño.

Vivía en una encrucijada.

Acompañé a Taylor a la boutique para que eligiese de una vez su vestido de novia.

La boda se acercaba próxima. Faltaba ultimar los detalles del banquete y poco más.

Todo estaba listo y organizado para la gran ceremonia.

Yo tenía los nervios a flor de piel, y eso que no era la novia.

Así que imaginaba como debía sentirse Tay en esos momentos.

_Gracias por venir conmigo. _Dijo emocionada.

_No hay de que. ¿Para qué están las amigas sino? _.Respondí aguantando una lagrimilla.

_Es verdad, ¿qué haría sin ti?

Ambas nos abrazamos baja la atenta mirada de los curiosos que pasaban por allí.

Tras enjugarnos las lágrimas entramos en la lujosa boutique de la famosa diseñadora de trajes de novia, Roselyn Mon.

Sus diseños eran conocidos en medio mundo. Aquella mujer tenía fans por doquier, incluso había vestido a algún miembro de la realeza europea.

Era muy buena en su trabajo. Coger una cita en su boutique era casi un milagro, pero el padre de Taylor, el señor Mazqueein era un hombre muy influyente y con grandes contactos en la industria de la moda.

Fue una suerte que nos recibieran. Nunca había estado en un sitio como aquel.

Era lujoso a la par que elegante. Tenía un bonito recibidor, con cómodos sofás de piel para que el cliente se sintiese como en casa.

La tienda en si era súper grande y espaciosa, con múltiples vestidores, y espejos.

Me quedé anonadada. Rápidamente nos atendieron con simpatía.

El encargado, un señor llamado Roowener, trató a Taylor con suma delicadeza.

¡No me extraña con la pasta qué se iba a dejar allí! Aquel insistente peloteo por parte del personal, me recordó a una escena de mi peli preferida “Pretty woman”, cuando Richard Gere el multimillonario saca su fajo de billetes y todos le besan el culo con avalo.

“Si tienes dinero eres bienvenida”. ¡Cuánto cinismo, por dios!

_ ¡Señorita Mazqueen! Que placer tenerla en nuestra boutique. _Reiteró con exagerado dramatismo el empleado.

Otra mujer de más edad, vestida elegantemente también se acercó con una gran sonrisa.

_ ¡Mi querida Taylor! ¿Cómo estás? _Y besó su mejilla con agrado.

Abrí la boca con mesura. ¡No, aquella no podía ser Roselyn Mon en persona!

Madre mía, me temblaron hasta las piernas. Era una mujer sumamente espectacular, guapísima, con estilo, simpatía...

_Hola señora Mon. _La saludó Taylor.

_ ¡Llámame Ros! _La reprendió con familiaridad. _Tu padre me dijo que vendrías, pero no te esperaba hoy. _Hizo un gesto arduo para que una muchacha se acercara con un café.

La mujer centró sus ojos por primera vez en mi. De repente me sentí pequeña.

Taylor me presentó.

_Ella es Michelle, una amiga, y mi futura cuñada. _Me guiñó un ojo con complicidad.

_ ¡Oh encantada Michelle! Sé bienvenida también. _Me dio dos besos.

_Muchísimas gracias, señora Mon, que sepa que soy una fiel admiradora de sus diseños. _Le dije, y era verdad.

Roselyn pareció ruborizada por mi cumplido.

_Y bien querida. _Se dirigió con premura hacia Tay. _¿Tienes claro qué vestido te gustaría?

Taylor se mostró confusa.

_La verdad, no. _Respondió.

_¿Cómo te gustan más, escote barco, corpiño, palabra de honor, tirantes...?

_Me gustan todos. _Reconoció con una sonrisa.

_Perfecto, ¡Roowener! _Lo llamó con voz fina.

Este se presentó al instante, con rapidez.

_Dígame, señora Mon.

_Avisa a Claire para que prepare una muestra de la mejor colección de este año, ¡deprisa! _Lo instó con impaciencia.

_Ahora mismo. _Se retiró con una leve reverencia.

Pasamos una tarde entera mirando vestidos de novia, los más bonitos a mi entender.

Todos tenían personalidad y carisma. Taylor no sabía realmente cual escoger.

Fue una difícil decisión. Finalmente con la ayuda y experiencia de Roowener, se probó uno que le vino como anillo al dedo.

Era de un color blanco puro, de suave corpiño, bordado a mano, muy entallado a la cintura de avispa de Tay, de corte voluminoso y larguísima cola.

Cuando la vi aparecer con aquel vestido las lágrimas inevitablemente se me saltaron.

Era el ideal, el que tanto tiempo había buscado. Era perfecto.

Realmente estaba preciosa, radiante como nunca. Era un diseño único y muy acorde con su estilo moderno. Estaba hecho para ella.

Me levanté emocionada y me acerqué a ella.

_¡Estás preciosa! _Exclamé sin poder contenerme.

Taylor dio un par de vueltas y miró su imagen en el espejo, indecisa.

_¿Tú crees?

_¿Bromeas? _Le dije. _No tienes ni que dudarlo, estás espectacular, es tu vestido. _Afirmé.

Ella asintió con la cabeza.

_Sí, es realmente hermoso, y parece que me sienta bien. _Respondió.

_No lo parece, te sienta bien y punto. _Le solté firme. _Cuando Iván te vea se quedará muerto.

_¡Ay Michelle! _Me abrazó. _Estoy tan nerviosa.

Sentí su sollozó sobre mi hombro. Intenté calmarla.

_Es normal, pero todo saldrá bien, ¿vale?

_Vale.

_Bien. _Y tironeé de su brazo. _Ahora vamos a elegirte los zapatos, el velo, la tiara...

_¡Para, para! _Contuvo mi entusiasmo. _Poco a poco.

Carcajeé divertida.

_Serás la novia más hermosa del mundo. _Dije convencida.

Acabé mi turno un poco más tarde de lo habitual.

Una colisión frontal entre varios vehículos y un camión en la autopista de la costa había colapsado urgencias con varios heridos graves.

Durante horas aquello resultó un caos. Estaba agotada.

Antes de marcharme a casa decidí subir a planta para despedirme del pequeño Rick.

Por un casual de la vida tuve que oír aquella desafortunada conversación entre Ethan y su anestesista, Thompons.

Aquel tipo no se cortaba un pelo. Tenía una lengua demasiado afilada.

_¿Y qué? _Le decía jocosamente. _¿Te has follado ya a la nueva?

Abrí la boca con bochorno. Era evidente que hablaban de mi.

La cara se me encendió como una cerilla. Rápidamente me escondí para que no me vieran.

_Shh, baja la voz. _Lo reprendió Ethan.

_Cuenta, cuenta. _Lo instó este con impaciencia.

_No te diré nada. _Se negó a responder con una carcajada.

Thompons palmeó su espalda.

_¡Eso es qué sí! _Saltó eufórico. _Mira que está buena esa niña. _Se relamió la boca con gesto sádico.

En ese instante le hubiese pateado el estómago hasta hacerlo vomitar sus palabras.

Reprimí un grito frustrado.

_Yo no he dicho que sí. _Se defendió Ethan en tono embaucador.

_¡Lo sabía! _Siguió en su misma línea Thompons. _Eres el puto amo. Está vez gané la apuesta. _Presumió arrogante.

¿Apuesta? De repente me sentí peor que una fulana barata.

¿Era por eso que Ethan me había llevado a la cama? ¡Por una maldita apuesta!

Herví de furia. No solo había sido su juguetito sexual sino que también me había utilizado.

No supe que hacer. No podía controlar mis nervios. Me sentí humillada.

Di un paso al frente, con la barbilla en alto, y salí al pasillo donde ellos

mantenían la conversación.

Me temblaban las piernas. Ethan levantó sus ojos y me miró, pasivo.

Yo intenté contener mis lágrimas. Thompons se despidió de Ethan pasando por mi lado como si tal cosa.

_Hasta luego. _Me soltó de forma insinuante.

Ni lo miré. Seguí pendiente a la reacción de Ethan. Este se acercó hasta mi, e intentó tocarme.

Retrocedí inconscientemente.

_Michelle.

_¿No me toques! _Siseé entre dientes. _Lo he oído todo.

_Te lo puedo explicar. _Repuso él.

_¿Explicar? _Reí con sorna. _¿El qué?

_Este mal entendido, ya conoces lo jocosos que es Thompons. _Trató en vano de reparar su error.

_No necesito ninguna explicación. Ya me ha quedado bastante claro lo que he sido para ti, una apuesta. _Le escupí con dolor.

Ethan pareció afectado por mis palabras. Sus ojos me miraron sinceros.

_Eso no es verdad. _Dijo.

_¿Ah no?

Estuve a punto de echarme a llorar.

_No. _Repitió creíble.

Hablé cegada por el enfado más absoluto.

_¿También te has follado a Jenn?

_Michelle. _Me nombró con dulzura.

_¿Dímelo! _Le exigí cabreada.

Ethan negó en rotundo.

_No, nunca he mantenido sexo con ella, te lo juro.

Lo encaré con abismo.

_¿Y por qué, eh, por qué? ¿Acaso no es lo suficientemente tonta como lo soy yo?

_No digas eso. _Me rogó encarecido.

_¿Aun amas a tu ex mujer? _Inquirí con pesar.

Ethan gachó la cabeza y guardó silencio. Eso me destrozó el corazón.

_¿La amas, verdad? _Sollocé impotente.

_No lo sé. _Me respondió confuso.

El mundo se me cayó encima. Me armé de valor.

_¿Entonces yo qué he sido para ti? _Quise saber.

Ethan trató de acortar distancias, pero yo me mantuve esquivada.

_Eres muy especial. _Sonrió taciturno.

_¿Especial? _Carcajeé irónica sin ver el brillo fugaz de sus ojos.

_Contigo me siento bien, libre. _Siguió matizando profundo. _Nos lo pasamos bien juntos...

_Para. _Le pedí rota. _No quiero seguir con esto. Se acabó. _Sentencié firme.

_Búscate otra putita a la que le guste tu juego.

Sollocé para adentro. Di media vuelta antes de que mi orgullo se cayese al suelo.

_¡Michelle! _Exclamó Ethan. _Escúchame.

Giré sobre mis talones, sin mirar atrás, y salí pitando de allí.

Estaba enfadada con el mundo, con Ethan, pero sobre todo estaba enfadada conmigo misma, por ser tan estúpida.

¿Por qué me había dejado embaucar de nuevo por un hombre?

Un día prometí no volver a amar de esa manera... Y sin embargo había defraudado a mis principios.

Estaba destrozada, desolada por dentro y por fuera. Mi cara era un verdadero poema.

Entré en el edificio sin pensar en nada. Subí las escaleras a prisa.

Encendí la luz y vi a Hanna junto al rellano, sentada en el suelo, con la cabeza entre las piernas.

Me alarmé asustada. Corrí hacia ella sin saber que le pasaba.

No importaba si estaba enfadada o no, tan solo quería ayudarla.

Me acuclillé a su lado y toqué su hombro.

_¿Hanna?

Ella levantó levemente la cabeza y anegada en lágrimas me miró un tanto avergonzada.

Su rostro no era mucho mejor que el mío. Había estado llorando. Tenía ojeras.

Su estado era lamentable.

_¿Qué te ocurre? _Le pregunté. _¿Qué te pasa?

Hanna me abrazó enseguida. Sentí el arrepintiéndome en la fuerza de sus brazos.

Sollozó en mi hombro.

_¿Qué ocurre? _Le volví a preguntar.

Hanna gimoteó como una niña. Balbuceó unas palabras que me sonaron incoherentes.

_¿Es Bryan? _Inquirí nerviosa.

Asiento con la cabeza. Bueno, era un avance. Traté de serenarla.

_¿Qué te ha hecho? _Pregunté preocupada.

_Ese cabrón de mierda. _Siseó furiosa. _me engañaba con otra.

_ ¡Cómo! _Exclamé.

Quise matar a ese cerdo con mis manos, y más con lo furiosa que yo estaba con Ethan.

_ Sí, se lo montaban en mi casa, en mi cama... hoy los he pillado follando como posesos.

Me lamenté con pesar. No era nada agradable oír aquello.

En esos momentos le di todo mi apoyo a Hanna.

_ Lo siento mucho. _Dije.

Ella sorbió fuertemente por la nariz.

_ ¡Mamonazo! Me tenía bien engañada. _Añadió con rencor. _Me hizo creer que tu eres la mala.

_ Ya pasó, cariño.

_ Que estúpida me siento. _Repuso con un sonrojo en sus mejillas.

_ No eres estúpida, ¿me oyes? _Le hice levantar el mentón para que me mirase a la cara.

_ Si que lo soy. No tenía que haberme fiado. _Se culpó.

_ Tranquila. _Le dije.

_ ¿Por qué tengo tan mala suerte en el amor? _Musitó compungida.

Me sentí totalmente identificada con Hanna. Yo también pensaba lo mismo.

El amor no era lo mío.

_ Quizás porque aun no has encontrado a tu media naranja. _La animé con un poco de humor.

_ ¿Eso existe de verdad? _Preguntó escéptica.

_ Supongo. _Me encogí de hombros.

Hanna me miró seria.

_ Perdóname. _Reiteró arrepentida.

_ ¿Por qué?

_ Por no confiar en ti de primera hora. _Lloró sincera.

_ No te preocupes, ¿vale? Por mi está todo olvidado. _Zanjé el tema.

_ Todos los hombres son iguales. _Masculló dolida.

Pensé en Ethan. En la conversación que había oído, y me sentí frustrada.

_ Todos son unos cerdos. _Concordé cegada por mi propia ira.

_ ¡Todos! _Gimió. _ ¿Quién necesita a los hombres?

Su comentario me arrancó una sonrisa. Carcajeé suave.

_ ¿Quién? _Dije.

Vi como Hanna absorbía fuertemente por la nariz. Una lágrima rodó por su compungida mejilla.

Rápidamente se la sequé con mi pulgar.

_ Ey, no llores, ¿vale?

Ella asintió compungida.

_No.

Tu vales mucho más que ese desgraciado. Repliqué con convicción.

_Me alegro de haberte conocido, Michelle.

Y yo a ti, Hanna. Dije con emoción.

¿Amigas forever?.Inquirió.

Forever. Repetí totalmente convencida.

Tocaron a la puerta.

La pizza aun en el horno. Maddie dando guerra, y yo con unas pintas de maruja que no veas.

Abrí con una sonrisa pensando que sería Hanna que había aceptado mi invitación para la cena.

Pero que va, cual fue mi sorpresa al encontrarme a Ethan apoyado en el quicio de la puerta.

Un leve suspiro escapó de sus labios al mirarme. Mi corazón aceleró sus latidos. Me puse a temblar como una idiota.

No podía controlarme, a pesar de mi enfado, de mi dolor.

Inevitablemente lo amaba.

_¿Qué haces aquí? _Lo reprendí con dureza.

_Hola, Michelle. _Arrastró mi nombre con tal dulzura que me estremecí de pies a cabeza. _Necesita verte, hablar contigo.

Ethan dio un paso al frente, decidido. Pensé en Maddie, que estaba dentro.

_Ahora no podemos hablar. _Tartamudeé nerviosa.

_¿Por qué? Necesito que me escuches...

_Vete. _Le dije.

Él negó en rotundo.

_No me iré. _Afirmó serio.

_Por favor, Ethan. _Le rogué con pasión.

En ese preciso instante Maddie asomó a la puerta irrumpiendo con espontaneidad en la escena.

Me quedé algo desconcertada. La niña miró a Ethan extrañada, y luego le sonrió.

_Hola, ¿quién eres? _Preguntó risueña.

_Hola, preciosa. _Se agachó a su altura con sumo cariño.

_¿Eres un amigo de mamá?

Ethan elevó sus ojos hacía los míos. Un nudo me oprimió la garganta.

_Sí, soy un amigo de tu mamá. _Acarició su cabecita.

Maddie pareció contenta.

_¿Y cómo te llamas?

_Ethan, ¿y tú?

_Yo Maddie. _Respondió rauda.

_Entra en casa. _La insté rápido.

_¿Te quedarás a cenar? _Repuso Maddie con cierta osadía. _Mamá a preparado pizza casera.

Nunca la había visto comportarse de ese modo con un extraño.

Ethan le había caído bien. Eso era un punto a su favor.

Pero yo seguía muy enojada.

_¡Maddie! _Exclamé abochornada.

Ethan se incorporó ahogando una risa suave.

_Tan solo si tu mamá quiere que me quede. _Soltó la pelota sobre mi tejado.

_Que se quede, mamá. _Me rogó Maddie, melosa.

No supe que decir.

_Entra en casa. _Le repetí de nuevo.

_Adiós. _Agitó su inocente manita.

_Adiós, pequeña. _Dijo Ethan con ternura.

Una vez se marchó Maddie lo encaré con enfado. Él me miró sorprendido.

_¿Qué haces aquí? No tenemos nada de lo que hablar. _Y añadí orgullosa. _y sí, tengo una hija, si es lo que estás pensando.

No esperé oír su respuesta.

_Te equivocas, Michelle, sí tenemos de que hablar, y no, no me importa que tengas una hija. _Y agregó apasionado. _si piensas que por eso te voy a apartar de mi vida, no me conoces bien.

Contuve un nudo de emoción. Apenas podía tragar saliva.

_¿Qué quieres decir?

Ethan acortó la distancia entre ambos y me rodeó con su brazo la cintura.

Me dejé envolver por la calidez de su piel, de su aliento. Fijamente me miró a los ojos.

Me estremecí.

_Que te necesito a mi lado. Es verdad que no sé lo que siento, pero si se que no quiero perderte ahora.

Casi me besó en los labios. Me sentí abrumada por su confesión.

_Dame una oportunidad, Michelle. _Me rogó con fervor. _solo una oportunidad para enamorarme de ti.

Enmudecí ante sus palabras. ¡Dios! Nunca me habían dicho algo tan bonito.

Su petición me pareció sincera y mi corazón quiso creerlo. Me sentí aturullada, feliz.

Al menos era un comienzo. Me dejé envolver por sus brazos.

Ethan bajó lentamente la cabeza buscando con anhelo mis labios.

Me besó apasionado, sin tregua, intensamente, pero fugaz.

Me supo a poco.

Cuando se separó de mí para observarme con aquellos ojos velados por el deseo me ruboricé intensamente.

_¿Me invitas a cenar pizza? _Inquirió con carita de pena.

¡Qué morro!, pensé divertida.

_¡Qué remedio! _Solté en broma.

Y él me acalló de nuevo con un beso que me hizo tocar el paraíso con mis propias manos.

A Maddie le hizo tremenda ilusión que Ethan se quedase a cenar.

Era evidente que le gustaba, y a mi también, claro. Me sorprendió la conexión tan especial que hubo entre ellos.

Era cierto que Maddie era una niña muy sociable, pero jamás había mostrado aquella complicidad con alguien a quien apenas conocía.

Se la veía muy a gusto. Y yo estaba feliz. A Ethan se le daban muy bien los niños, no me cabía duda.

Por primera vez pensé en la posibilidad de formar de nuevo una familia.

Pensé en como sería Ethan en el papel de padre, de esposo...

Se me erizó la piel. Sería muy bonito, pero un imposible. No podía hacerme tantas ilusiones.

Viviría el presente, y ya está, y en ese presente estaba Ethan. El futuro ya se vería, con calma.

No quise agobiarme. Disfruté de la cena como una autentica enana.

No faltaron las risas, las bromas. Maddie no paró en ningún momento, revoltosa. Saltaba y correteaba sin parar.

Me encantaba verla así. Fue divertido. Tras devorar la pizza casera (que solo quedaron las migajas) jugamos varias partidas de parchís.

Hacía tiempo que la alegría no entraba por la puerta de casa.

Maddie terminó agotada. Cayó rendida en el sofá, y con suma ternura la cogí entre mis brazos, y la llevé hasta su dormitorio.

La arropé y besé dulcemente su frente. Ella ni se despertó ante mi gesto.

Me quedé observándola unos segundos, y cerré suavemente la puerta.

Regresé al salón. Yo también estaba agotada, pero quizás no lo suficiente para ser una niña buena.

Mi cuerpo ardía en deseos, igual que mi mente calenturienta.

Ethan me esperaba en el sofá. Su imagen recostado hacía atrás me alteró la sangre.

¡Qué guapo estaba! Al verme se levantó de golpe, algo apurado.

Es tarde, será mejor que me vaya. Dijo con tono decepcionado.

Yo también me sentí desencantada. Intenté controlar el leve temblor de mis labios, no parecer ansiosa.

No quería que se marchase.

_¿Quieres una última copa? _Le ofrecí con la idea de retenerlo un poco más de tiempo a mi lado.

_¿No te importa? _Elevó la ceja mientras me devoraba con su mirada libidinosa.

_No. _Respondí acercándome hasta el mueble-bar.

Cogí dos copas y una botella de vino, y caminé insinuante, contoneando mi cintura.

Él no me quitó los ojos de encima. Sentí su fuego clavado en mi piel.

El calor subía lentamente por mi abdomen. Un insistente cosquilleo me invadía la parte más íntima.

Estaba sumamente caliente. Me senté a su lado y le entregué la copa.

La tremenda excitación recorría mi cuerpo.

_Ten. _Dije.

_Gracias. _Sorbió ligeramente, con sutileza.

Lo miré coqueta.

_A Maddie le has caído muy bien.

_Es una niña encantadora. _Arrastró sus palabras.

Me estremecí ante su tono morboso.

_¿Ah sí? _Inquirí.

_Me encantan los niños, y Maddie es especial, como su mamá. _Me lanzó apasionado.

_No lo sabía. _Repuse aturdida.

Ethan me acarició la mejilla.

_Hay muchas cosas de mí que no sabes.

_Ethan yo... _Quise sincerarme con él. Quizás no fuese el mejor momento, pero quería abrirme mi corazón, contarle mi verdadera historia.

Su mirada se clavó sobre la mía, impaciente. Entonces no pude hacerlo.

Me sentí morir de amor, de deseo. Era el hombre de mi vida.

_Shh, no digas nada Michelle. _Me rogó encarecido. _Vivamos el momento, ¿sí?

Ethan me apegó a su cuerpo con una urgencia desmedida. Su lengua se hundió con posesión dentro de mi boca.

El dulce sabor del vino embriagó mi paladar. Era exquisito. Su saliva resbaló por la comisura de mis labios.

Mordí su lengua, atrevida. Aquel gesto le arrancó un alarido de placer.

Me gustó el morbo, el juego. Sentí como sus músculos se tensaban.

Desabroché con impaciencia los botones de su camisa.

Su torso quedó desnudo, impoluto.

Lo acaricié incitada por el calor que emanaba de su cuerpo.

Sus manos se deslizaron por mi espalda.

Un escalofrío me recorrió la médula. Ethan me tumbó hacia atrás y ejerció su poder sobre mi cuerpo.

Extasiada lo observé. Él empezó a desnudarme. Aproveché mi momento de explosión para quitarle los pantalones.

De deshice de la prenda con suma prontitud. Ahogué un gemido cuando liberé su poderoso, grande, y erecto pene.

Su glande chorreaba gotitas debido a su exaltada excitación. Me produjo placer.

De repente me sentí atrevida, juguetona. Mis manos agarraron su miembro con suavidad.

Mis dedos se cerraron en torno a su vara. Ethan descendió sus ojos complacido con mi gesto.

Un suspiro escapó de sus labios. Noté como se contenía para no eyacular.

Acaricié lentamente su prepucio mientras que con la otra mano masajeaba sus testículos.

Él ahogó un acelerado jadeo. Yo también jadeé mordiéndome el labio inferior.

Cogí su pene y me lo introduje en la boca. Aquello era nuevo para mí.

Era la primera vez que me bajaba al pión. Con Arthur jamás había practicado sexo oral.

Me gustó sentir su miembro rozando mi lengua. Me excitaba sin control y me ponía muy cachonda.

Sentí como las venas de su pene se endurecían a punto de correrse.

Su calor se fundió con mi húmeda lengua. Succioné su mojado glande.

Lamí su punta, arriba, abajo, como una dulce piruleta.

Ethan gimió de placer. Sus facciones se contrajeron, se volvieron más oscuras y lujuriosa.

El éxtasis brillaba en sus ojos. Su pulso estaba descontrolado.

_Para. _Me musitó ronco. _o me correré ahora.

Lo miré con urgencia.

_¿Y qué si te corres? _Dije un tanto decepcionada.

Ethan abarcó mi rostro entre sus manos, en un gesto tierno.

_No me correré sin ti.

Sus palabras me hipnotizaron por completo. Me quedé abrumada.

Con impaciencia me elevó entre sus brazos, y me llevó hasta la cama.

Me tumbó desnuda sobre el edredón y se recostó a mi lado, observándome intensamente.

Me sentí presa de su fuego, de su magia. Era imposible escapar de él.

Yo quería morir entre sus brazos. Un fuerte escalofrío me erizó la piel.

_Déjame que sea yo ahora quien juegue contigo. _Me suplicó de una manera dócil.

Me mordí los labios, indecisa.

_¿Y qué vas hacer conmigo? _Inquirí derretida.

Una sonrisa sádica asomó a sus labios.

_Tranquila, te haré disfrutar de la experiencia. _Me prometió sin dejarme indiferente.

Ethan me supo llevar a su terreno, me manejó bien, y yo me dejé hacer.

Confiaba ciegamente en él. Lo miré excitada, de arriba abajo, expectante a cada uno de sus movimientos.

No podía apartar mi mirada de su erecto pene, hipnotizada, hambrienta del néctar que chorreaba por su entrepierna.

Me mostré impaciente y sumisa. Ethan me contempló ávido, con deseo, con un brillo incluso sádico en sus ojos.

Me estremecí incontinentemente.

_¿Tienes un pañuelo?

Me quedé extrañada.

_Sí. _Respondí.

_¿Dónde? _Quiso saber ansioso.

_En el primer cajón de la cómoda. _Le indiqué sin perder detalle.

Lo observé un poco confusa. Vi como se levantaba con prontitud, y se acercaba con la prenda entre sus manos.

Me asusté. De repente me sentí indefensa, acorralada, y el pánico se apoderó de mi cuerpo.

Retrocedí reacia a seguir con su juego.

_Ethan. _Musité ahogada. _no me gusta esto.

Él levantó sus ojos hacía los míos.

_¿Por qué? Déjate llevar, será divertido. _Dijo.

Con sumo cuidado me maniató al cabecero de la cama.

No me hizo daño, al contrario. Un extraño morbo me invadió por completo.

_Desátame. _Me resistí de nuevo.

_¿De qué tienes miedo? No te haré daño. _Murmuró complacido. _confía en mi, solo te haré disfrutar del sexo.

Me relajé. Cerré los ojos y me eché sobre la almohada.

Oí la suave respiración de Ethan pegada junto a mi oreja.

Jadeé. Sus manos se deslizaron sedosas por mi abdomen, y mi piel respondió inmediatamente a su estímulo.

Mis pezones se endurecieron bajo su insistente caricia. Su lengua empezó a lamermme poco a poco.

Me apresó una aureola entre sus dientes. Luego lo mordisqueó.

Aquello me produjo un placer extremo. Me arqueé con un leve movimiento de mis caderas.

Él sonrió malicioso.

_Shh, esto solo acaba de comenzar, relájate.

Abrí los ojos para mirarlo. Ethan cogió mi viejo antifaz de la mesilla y lo acercó a mi rostro.

Curvó su sonrisa de una forma que me hizo palpitar.

_¿Qué haces? _Pregunté ansiosa.

Observé como cubría mis ojos con la prenda. La oscuridad me envolvió por completo.

Oí el silencio. Mi propio jadeo resonó en mi confusa cabeza.

Me agobié bastante.

_Ethan. _Lo llamé con temor.

_Estoy aquí, a tu lado. _Musitó levemente. _¿Me sientes? _Añadió enronquecido.

Sí, podía sentirlo, aunque no verlo. Podía olerlo, percibir su calor, su esencia, sus caricias.

Podía oír su respiración junto a la mía, sentir su deseo.

No veía nada, pero sí lo sentía, real, a mi lado, era una sensación extraña, pero a la vez excitante que embriagaba mis sentidos.

Me empecé a relajar, a sentir bien, sin miedo. Ahora el morbo recorría mi cuerpo.

_Tranquila, no te dejaré en ningún momento, ¿me oyes? _Dijo Ethan con voz grave.

Asentí con la cabeza. La punta de su lengua empezó a lamerme el cuello.

Su saliva se fundía con mi sudor. Su boca recorrió centímetro a centímetro mi piel.

Era algo delicioso. Sus labios besaron mis brazos, mis hombros... bajando intensamente hasta mis pechos.

Allí detuvo sus movimientos. Me quedé expectante en la oscuridad.

Me removí inquieta. Su gemido rozó el lóbulo de mi oreja.

_¿Lo sientes, Michelle? _Murmuró extasiado.

El calor nublaba mis sentidos. Me arqueé hacía su voz.

_Sí. _Respondí sudorosa.

Era el deseo latiendo en su cuerpo. Era magnifico la manera de percibirlo.

Ethan suspiró.

_Quiero que goces el momento, disfrútalo. _Arrastró sus palabras.

Sus manos se adueñaron de mis pechos. Primero el izquierdo, luego el

derecho.

Con el pulgar me masturbó el pezón hasta hacerme retorcer de placer.

_ Hmm, así, así me gusta. _ Me instó complacido.

Su húmeda lengua siguió su recorrido. Bajó por mis pechos dejando un camino de fuego perpetuo.

Se detuvo en mi abdomen, en la vertiente de mi ombligo. Con osadía lo lamió.

Los músculos de mi estómago se contrajeron ante su caricia. Él rió suave.

Sabía que yo estaba a su merced. Noté como pequeños espasmos se esparcían por mi vagina mojada, chorreando el éxtasis por mi entrepierna.

Estaba caliente y excitada. Sus labios prosiguieron con mi agonía, aferrándose a mi costado.

La sudoración me hizo gemir y removerme con impaciencia.

Ethan me calmó. Sus manos se deslizaron por mis muslos.

Vibré de placer. Casi podía sentir como el orgasmo explosionaba en mi bajo vientre.

Cada vez estaba más húmeda. Me agité mientras mis pechos subían y bajaban a un ritmo frenético.

Ahugué una exhalación profunda. Sus dedos cadentes me acariciaron el contra muslo.

Primero los besó, dándoles pequeños mordiscos que me enloquecieron.

El calor en aquella zona fue extremo. Me retorcí extasiada.

_ Ábrete de piernas. _ Me ordenó contundente, pero suave.

Obedecí inmediatamente. Abrí mis piernas mientras la boca de Ethan se colaba con urgencia en mi vagina.

Un jadeo incontinente brotó de mis labios. Su lengua rozó mi clítoris.

Un temblor me hizo estremecer de frenesí. Era una sensación exquisita y dulce.

Me arqueé ansiosa mientras él lamió mi jugo. No aguantaría más tiempo sin correrme.

El torrente de éxtasis explosionaba como un volcán en erupción en mi interior.

El orgasmo me hizo sacudirme de placer. Grité mientras seguía prisionera de su deseo.

Me corrí. Un mar de sensaciones se esparció a lo largo de mi cuerpo.

Jamás había experimentado un placer igual. ¡Joder! Y aun no había acabado.

Sentí como Ethan se ponía encima de mi. Iba a penetrarme. Estaba preparada para recibirlo en mi interior.

Lo deseaba, lo anhelaba con mi cuerpo y mi mente. Era una atracción

superior a mis fuerzas.

Su calor se fundió con mi piel. Su olor impregnó mis fosas nasales.

_¿Lista, preciosa? _Me ronroneó junto al oído.

Su penetrante voz me hizo vibrar entera.

_Déjate llevar, Michelle, yo te guiaré en el camino.

Abrí la boca con mesura. Ethan me besó apasionado. Sus músculos se tensaron ante la inminente sacudida de placer.

Arqueé mis caderas hacía arriba para recibir su potente embestida.

Gemí al sentir como su duro pene se colaba en mi vagina tomando el control de mi cuerpo.

Ethan me penetró salvajemente, sin contemplación, y eso me produjo un morbo extra.

Me valí de mi oscuridad para profundizar el deseo carnal, el tacto, el olor... todo era mucho más nítido en mi cabeza.

Ethan se movió con rapidez. Salió y entró de mi vagina con movimientos concisos.

Cada embestida era mejor que la anterior. Me hacía rozar el clímax con mis propias manos.

Su miembro me hacía gemir como una loca, y a él le gustaba eso. Me lo hizo saber en cada momento.

Me acoplé a su frenético ritmo, excitada, jadeante. Y cuando creí que ya no podría experimentar más placer, un nuevo orgasmo se desató en mi interior, más profundo e intenso.

Grité cuando el éxtasis me hizo correrme. Me quedé extasiada, satisfecha, física y mentalmente.

Oí a Ethan gruñir con fiereza. Él tampoco aguantaría por más tiempo el orgasmo.

Una última sacudida, y su semen chorreó por mi entrepierna, dulce, caliente...

Se dejó caer sobre mi cuerpo, exhausto. No tuve palabras para describir el momento.

Mágico, simplemente.

Sudaba.

El miedo chorreaba por todos los poros de mi piel. Grité, despavorida. No podía escapar de aquella pesadilla. Una y otra vez volvía para acosarme. Intenté abrir los ojos, pero una mano fría me aferraba con fuerza por el hombro.

No me soltaba. La lluvia, aquella maldita lluvia no dejaba de caer sobre la cubierta.

Todo a mi alrededor era confuso. El mástil mayor iba cediendo cada vez más por el peso de la tormenta.

La vela de la botavara se había desprendido a gran velocidad.

Íbamos a morir. Aquella férrea mano me sujetaba con posesión.

Era incapaz de moverme de allí. Mis lágrimas rodaban por mis entumecidas mejillas.

Gritaba mi nombre con profundidad, pero yo lo oía en la lejanía.

—¡Michelle, muévete, Michelle!

Estaba bloqueada. En realidad no me importaba morir.

Quería morir allí y acabar con mi calvario.

El ruido a mi alrededor era ensordecedor. Gente corría de un lado a otro. Era un caos.

Un trueno rugió como un león sobre mi cabeza. Me estremecí mientras el agua seguía resbalando por mi pelo y mi ropa.

Ya no sentía el frío. Un nuevo rayo iluminó el cielo. Chillé al tiempo que era arrastrada por sus brazos.

Sentí como me zanganeaba hacía él. Era el fin. Ahogué un gemido al tiempo de despertar. Me incorporé en la cama, tiritando.

Toda la habitación estaba oscura, salvo por una rendija de la ventana, por la cual se filtraba un claro de luna.

Observé la silueta que dormía a mi lado. Escuché la suave respiración de Ethan, y eso me tranquilizó.

Su pecho subía y bajaba a un ritmo acompasado. Nada que ver con la agitación que sufría mi cuerpo.

Mi corazón bombeaba frenéticamente, latiendo fuertemente en mi sien.

Ligeramente me recosté sobre la almohada. Abracé a Ethan.

Ese simple gesto me dio valor, pero no el suficiente para contarle mi verdad.

Mi pasado seguía atormentadome, por más que huyese nunca lograría escapar de mis recuerdos.

Miré su rostro con amor. Lo amaba. Había ocurrido sin esperarlo, pero no lo negaría.

Una pregunta rondó mi cabeza, ¿qué pasaría si algún día Ethan descubriría mi secreto?

Seguramente me repudiaría. Me miraría con otros ojos muy distintos a como lo hacía ahora.

Ya no habría pasión en su mirada, ni tampoco deseo, Ethan tan solo albergaría por mi pena y recelo, y eso sería mucho más terrible que esconder la verdad.

Me sentí impotente y vacía, sola en esta vida. No se que haría.

Estaba agobiada, como si un nudo me sofocase la garganta, y no me dejase respirar.

Era desesperante. Me quedé quieta. Ethan se movió, y yo le rodeé la cintura con mis brazos.

Pero no se despertó. Me acoplé en el calor de su pecho, y todos mis temores desaparecieron.

Acaricié su imponente barbilla, y me estremecí enamorada.

Luego lo contemplé largo rato, callada. Ethan ya era parte de mi vida, inevitablemente.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano.

Era sábado, y durante todo el fin de semana no tendría turno en el hospital.

Maddie tampoco tendría colegio, por lo que pensé en llevarla de compras al centro comercial.

Hacía mucho tiempo que no compartíamos el día juntas, y no quería terminar perdiendo ese vínculo entre madre e hija.

Decidí darme una ducha para relajarme. En silencio me levanté y me fui al baño.

Abrí el grifo del agua caliente y dejé que el chorro cayese sobre la mampara. Rápidamente el vaho cubrió los cristales. Me introduje en la ducha. Dejé que el agua corriese por mi piel. Fue una sensación gratificante. Sentí como los músculos de mi cuerpo se destensaban. Respiré profundo, tranquila.

Entreabrí mis labios para dejar escapar un leve suspiro.

Escuché como la puerta del baño se abría con su típico chirrido.

Pude ver la alta silueta de Ethan. Mi cuerpo notó su presencia, palpité de deseo.

El calor me embriagó por completo. El agua de la alcachofa chorreaba por mi piel.

Aguanté un gemido cuando Ethan se introdujo en la ducha, con sigilo.

_Buenos días, preciosa. _Me dijo enronquecido.

Su cálido aliento me rozó la oreja. Temblé como una hoja.

_Hola. _Musité derretida por su caricia.

Los labios de Ethan recorrieron mi espalda, húmeda. Un espasmo de placer afloró en mi boca.

Gemí ante su gesto, hambrienta de más. Me apoyó contra la mampara, y me aprisionó contra su cuerpo.

Su duro miembro se coló con descaro entre mis piernas, latente y erecto.

El calor me hizo arquearme ansiosa. Sus manos me acariciaron los pechos, el abdomen.

Lentamente, con pausa, besó mi piel, palmo a palmo.

Su lengua seguía quemándome mientras me enloquecía de puro deseo.

El vapor cubrió los cristales por completo. Me sentí aturdida y ardiente.

Sus embriagadores labios me mordisquearon los cachetes, con avidez.

Gemí de nuevo, complacida. Subió por mi espina dorsal hasta llegar a mi cuello.

Su lengua chupó mi piel. Me estremecí.

_Te deseo Michelle, no lo puedo remediar. No me sacio de ti nunca. _Me ronroneó junto a mi oído. _eres tan especial. _Añadió apasionado. _quiero más de ti, necesito más.

Sus palabras me sacudieron con anhelo. Me corrí antes de que él me introdujese su polla.

Jadeé entrecortadamente al sentir como mi vagina explotaba con el orgasmo.

_Dame más, Michelle, lo quiero todo de ti. _Me suplicó con ardor.

Ethan me giró hacía su rostro. Sus ojos azules estaban velados por el deseo.

Nos miramos intensamente consumidos por aquel fuego arrollador.

En ese momento quise decirle que lo amaba, pero Ethan me acalló con un beso dulce e intenso, un beso que me hizo olvidar la realidad.

Me colgué de su cuello mientras su lengua devoraba con urgencia mi boca.

Nuestras lenguas se enredaron salvajes, con anhelo. Me empotró contra la mampara con urgencia, y me penetró.

Mis piernas se aferraron a sus caderas, con fiereza. Hiqué mis uñas en su espalda.

Ethan gruñó ante mi gesto. Gemí con deleite. Él empezó a moverse con suma rapidez.

Salió y entró de mi vagina con sutiles movimientos. Sus embestidas me arrancaron espasmos que recorrieron mi médula.

El éxtasis se esparció por mi cuerpo. Jadeamos al unísono. Una explosión interior se desató en mi clítoris.

Aquel calor abrasador me llevó a la cumbre del clímax. El orgasmo más dulce me estremeció por completo.

Grité su nombre extasiada. Su boca se apoderó de mi boca. Ethan se movió con urgencia buscando su propio desahogo.

Me penetró una vez más con su polla dura, y se corrió al tiempo de arrancarme un nuevo alarido.

El fuego ardió en mi bajo vientre. Me agarré a su espalda mojada, exhausta, pero feliz.

Apoyé mi cabeza sobre su hombro, y dejé que el agua tibia resbalase por mi piel.

Me quedé largo rato en la ducha disfrutando de mi momento de gloria.

Enjaboné y lavé mi cuerpo con mimo mientras aun sentía los labios de Ethan recorrer mi piel.

Me estremecí incapaz de negar mis propios sentimientos.

Dejé que el agua tomase el control de mis sentidos, y me envolví en una nube de calidez que me llevó a un estado de paz interior.

Me sentí bien en mucho tiempo. Era feliz. Me sequé sin prisa en mi viejo pero reconfortable albornoz de algodón, y salí del baño.

Me encontré con la sorpresa de que Ethan me había preparado el desayuno, y había levantado a Maddie de la cama.

No sé que truco usaría. Lo cierto es que mi hija era una niña muy perezosa a la que costaba despertar cada día.

Ethan me sonrió con picardía. Un nudo me sofocó la garganta.

Me sentí acalorada y vulnerable con aquel simple albornoz.

_Hola de nuevo. _Dijo invitándome a tomar asiento en la barra de desayuno.

_Hola. _Respondí observando todo el manjar que él solo había preparado.

No faltó detalle. Había tostadas con mermelada, huevos revueltos y beicon, salchichas, zumo, café, y no podían faltar las típicas tortitas con sirope de arce.

Maddie se giró hacía mi, entusiasta.

_¡Mamá! _Corrió a mi regazo.

_Buenos días, tesoro. _Besé su frente. _¿Cómo has dormido?

_¡Bien! _Respondió enérgica. _Mira mamá. _Señaló hacía la mesa. _Ethan ha cocinado tortitas.

Maddie se soltó de mis brazos y correteó de nuevo para subirse a su taburete.

Me sentí aturullada.

_Gracias. _Repuse agradecida.

_¿Por qué? _Preguntó Ethan con una sencillez que me abrumó.

_Por ser tan especial. _Dije mientras mi mejillas se arrebolaban.

Él me guiñó un ojo con complicidad. Rodeó la encimera y me acercó a sus labios.

Levemente me besó.

_No tienes que agradecerme nada, ¿vale?

Asentí con la cabeza.

_Bien. _Añadió satisfecho. _Y ahora a desayunar.

Me senté junto a Maddie. Ethan me sirvió café. Olía maravillosamente.

_¿Qué os parece si hoy vamos al parque de atracciones? _Dijo sorprendiéndome.

_¡Siiiiiii! _Maddie botó de la alegría.

_¿Al parque de atracciones? _Repetí ensimismada.

_Di que sí, mamá, venga. _Insistió de forma empeñada.

_¿Te parece mal? _Pareció algo desilusionado.

_¡No! _Exclamé de pronto. _es genial.

Una sonrisa iluminó las facciones de Ethan.

_Invito yo. _Dijo con predisposición.

_No hace falta. _Me negué en rotundo.

Ethan me cogió las manos entre las suyas. Fue muy tierno.

Lo miré con amor.

_No es una opción, Michelle. _Repuso pausado. _invito yo. _Agregó firme.

_Está bien. _Acepté sin más remedio.

_¿Sois novios? _Preguntó Maddie de repente.

Ambos nos miramos con sorpresa. Yo me ruboricé ante la pregunta de mi hija.

_¿Te gustaría? _Replicó Ethan.

Maddie se quedó pensativa un momento. Me miró a mi, y luego miró a Ethan antes de responder contundente.

_¡Si!

Una suave carcajada brotó de sus labios. Ethan me contempló fijamente, sin pudor.

Un estremecimiento me recorrió la médula.

_Entonces puede que sí lo seamos. _Matizó profundo.

Casi me atraganté con el pan de la tostada. Tosí repetidas veces, incrédula.

Lo oí reír divertido. A mi me iba a dar un sofoco. No supe donde meterme.

_Mamá, ¿estás bien?

_Si cariño, perfectamente.

En verdad estaba temblando por dentro. Me sentí flotar en una nube de felicidad.

¿Qué más podía pedir? La vida me estaba regalando una segunda oportunidad, y yo quería vivirla de pleno.

Durante toda la semana siguiente no vi a Ethan.

Se marchó a un congreso de medicina que se celebraba en la ciudad de los Ángeles.

¡Claro qué lo eché de menos! Noté su ausencia en todos lados, en el hospital, en mi cama... Pero no me atreví a llamarlo, tan poco quería agobiarlo demasiado.

Los días se me hicieron eternos, monótonos y aburridos. De casa al trabajo, y del trabajo a casa.

Mi rutina era siempre la misma, trabajar, y cuidar de Maddie.

Las cosas en el hospital no es que fuesen precisamente bien.

Jenn la había tomado conmigo, y hacía todo lo posible por joderme la vida.

Me ponía turnos dobles, me hacía trabajar festivos... ¡La muy cabrona!

Era su particular venganza hacía mi por estar con Ethan.

Pensé que la cosa no podría ir peor, pero me equivoqué.

Esa mañana de jueves fui llamada inesperadamente por el departamento general del hospital.

Axel Jones, subdirector del centro, me había citado en su despacho con cierta urgencia.

Desconocía sus razones. Es más, no tenía ni pajolera idea de quien cojones era ese señor Jones.

No conocía su aspecto. Jamás lo había visto en el poco tiempo que llevaba trabajando allí.

En alguna ocasión había escuchado un comentario mordaz acerca de su persona.

Axel Jones era sobrino del mayor accionista del “Madisson Center”, y lo cierto es que no caía nada bien.

Despertaba bastante recelo entre el personal. Especulaban las malas lenguas que su tío lo había puesto en ese cargo de subdirector por compromiso familiar.

Jones tenía fama de ser un hueso duro de roer. Caminé por aquel estrecho pasillo sin saber que me dirigía hacía la boca del lobo.

En la novena planta todas las habitaciones eran despachos cerrados.

Nunca había subido allí. Era mi primera vez. Me sentí fuera de lugar.

Observé minuciosamente las placas colgadas sobre las puertas, y empecé a leer en voz baja.

“Departamento de personal”

“Dirección de marketing”

“Sala de reuniones”

“Departamento general de dirección”

“Subdirector Axel Jones”.

Aquella puerta debía ser su despacho. Me acerqué con reparo, y pegué la oreja para escuchar en el interior.

Nada. No se oía absolutamente nada. Eso me puso extremadamente nerviosa.

Carraspeé para aclararme la voz. Entonces toqué con mis nudillos sobre la rústica madera.

Giré el pomo, y entré en la habitación.

Todo estaba en semi penumbra, y olía ligeramente a tabaco. ¡Odiaba aquel olor! Me parecía muy desagradable.

Escudriñé los ojos a través de la poca luz que se filtraba por la ventana.

Los rayos de sol daban sobre el respaldo de la alta silla de cuero.

Sentí un leve respeto por esa persona desconocida que ocupaba su lugar tras el escritorio.

—¿Se puede? — Pregunté tímidamente cuando ya estaba dentro.

Axel Jones se giró al oír mi voz. Me impactó su porte sombrío y rígido al descubrir su rostro.

Me quedé sorprendida. No había esperado que fuese un hombre tan joven, y atractivo, de unos treinta y tantos años.

Pero reconozco que no me desagradó lo que vi. Era moreno, de silueta alta, tez oscura.

Los espesos ojos negros de Jones me inspeccionaron despacio, como si mentalmente me analizaran.

Me sentí insegura.

— Pase y tome asiento, por favor. — Me dijo de forma comunicativa.

Su voz era suave y pasiva. Mis ojos se pasearon nerviosos por la mesa.

Estaba bastante ordenada. Se le veía muy cuidadoso con su trabajo.

De repente me sobresalté.

— Es usted Michelle Davis, ¿no?

— Si señor. — Respondí intimidada.

— Por lo que veo en los informes del departamento de recursos humanos usted ha sido la última incorporación en la plantilla, ¿me equivoco?

Me descolocó su pregunta.

— Creo que no. — Repuse con incertidumbre.

Mi rostro se ensombreció, y una congoja me ahogó la garganta.

¿Me iban a despedir? ¿A pegarme la patada en el culo, y ya está?

Me parecía inaudito.

— Su contratación fue aprobada por el doctor Macconner. — Replicó ojeando una hoja.

Me enervé.

_¿Qué insinúa? _Dije a la defensiva.

¿Cómo podía resultar que una persona tan atractiva fuese en realidad un ogro disfrazado?

_No insinúo nada. _Contestó con recelo. _Pero no me andaré por las ramas. _Añadió tosco. _el motivo de que usted este sentada en mi “despacho”. _Señaló con retintín. _no es otro que una denuncia recibida anónimamente, donde citan claramente que ha infringido una norma hospitalaria.

Me quedé a cuadros.

_¿Cómo dice? _Trastabillé con la lengua, completamente anonadada. _¿Una denuncia? _Repetí como una lerda.

Él me miró fríamente.

_No se altere, señorita Davis, pero me ha llegado cierta información de que usted mantiene un affair con el doctor Ethan Macconner. _Me soltó de golpe.

Abrí la boca con mesura. ¿Cómo sabía aquello? ¡Jenn! Hija de puta. Me la había jugado.

Maldije en silencio mi suerte mientras mis mejillas iban enrojeciendo de la vergüenza.

Me ruboricé de pies a cabeza. No supe donde esconderme.

Intenté negarlo.

_Eso no es cierto. _Me justifiqué ante su rostro inescrutable. _solo mantenemos una amistad. _Mentí.

Jones sonrió con cinismo puro. Me estremecí.

_No hace falta que me mienta, soy un hombre, señorita Davis, pero no un estúpido. No insulte a mi inteligencia. _Prosiguió con su discurso arduo.

_Pero... _Quise arreglarlo sin saber que decir.

_Usted conoce el reglamento de este hospital. Nada de líos amorosos entre el personal. _Agregó de modo insinuante.

Agaché la cabeza como un avestruz. Era mi culpa. Si ahora decidían abrirme un expediente y expulsarme no podría hacer nada.

Debía ser consecuente con mis actos. Era un riesgo que asumí al enamorarme de Ethan.

_Haga lo que tenga que hacer. _Repuse contundente, sin miedo.

Entonces me sorprendió con su pregunta.

_¿Y qué se supone que debo hacer?

_No lo sé. _Respondí con enfado. _Dígamelo usted, que para eso es el jefe.

Jones soltó una medio carcajada.

_¿Eso cree de mi? Me subestima, señorita Davis.

Me sentí atacada ante su comentario mordaz.

_No soy quien para creer nada. _Dije a la defensiva. _Terminemos con esto

de una vez.

_ Inteligente por su parte. _ Me aplaudió con alevosía.

_ ¿Qué quiere de mí? _ Le inquirí secamente.

_ ¿Qué le supone que quiero algo? _ Contraatacó él.

Su respuesta me sacó de mis casillas.

_ ¿Qué hará? _ Insistí. _ ¿Despedirme?

Él negó con la cabeza. Me sorprendió.

_ Se equivoca conmigo, señorita Davis, no soy como piensa. _ Arrastró sus palabras de una manera melancólica que me tocó el corazón.

Levanté los ojos con valor y lo miré a la cara. El rictus que enmarcaba sus perfectas cejas se suavizó.

De repente ya no me pareció tan ogro. Quizás lo había juzgado precipitadamente.

Lo empecé a ver de otra forma, más humano, con su corazoncito, incluso.

_ ¿Y cómo es? _ Me atreví a preguntarle.

_ No la despediré, si teme por eso. _ Cambió rápidamente de tema.

_ ¡Qué! _ Brotó de mis labios.

_ No hay razón para que se lo repita. Puede marcharse _ Hizo un gesto frío hacia la puerta.

Me quedé patidifusa. No entendía nada.

_ ¿Y ya está? _ Pregunté confusa.

_ ¿Prefiere que le habrá un expediente? _ Insinúo pasivo.

Hablé algo temblorosa.

_ No, no. _ Dije.

Jones arqueó una ceja, como zanjando la conversación.

_ Bien. Vuelva a su trabajo. _ Dio un carpetazo sobre la mesa. _ Ah, y cierre la puerta al salir.

Me levanté de la silla y caminé despacio. De reojo observé su reacción.

<<¡Qué tipo más extraño!>>, pensé al abandonar el despacho mientras sus ojos seguían clavados como un puñal sobre mi espalda.

Era tarde.

Maddie hacía rato que se había quedado dormida. Me moría de ganas de hablar con Ethan, de escuchar su voz, o leer algún mensaje suyo.

Hacía días que no sabía nada de él. Me levanté de la cama y me conecté al chat desde la App de la tablet.

Me decepcioné bastante. Ni una llamada. Ni un Wapss.

Vi que Taylor si estaba en linea en la aplicación.

Con entusiasmo tecleé a prisa.

Viernes.

01.30 A.M

Estado: Disponible.

Michelle25.

Hola, holaaaaaa!!!!

Taylor tardó un rato en contestar. Me fui a por un vaso de leche a la cocina. A mi vuelta leí su mensaje.

01.33 A.M

Estado: Soñando despierta.

Taylor _@ Mazqueein.

¡Hola cuñi! ¿Qué haces aun despierta?

Michelle25.

No tengo sueño, ¿y tú?

Taylor _@ Mazqueein.

Yo estoy de los nervios, ¡llevo un día!

Michelle25.

Pues anda que el mío.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Qué te ha ocurrido?

Michelle25.

Mejor ni te cuento, empieza tú.

Taylor _@ Mazqueein.

(Emoticono furioso) El metre del restaurante donde íbamos a celebrar la despedida de soltera es guilipollas, va y me dice que está todo completo y que es imposible reservar el local para la fecha elegida. Tengo un cabreo, uff, le hubiese pateado el trasero a ese hombre.

Michelle25.

¡Qué!

Taylor _@ Mazqueein.

Y encima el tío borde va y me dice que lo siente, que eso no es problema suyo, y que me busque yo la vida. ¡Cabrón!

Michelle25.

Alucino.

Taylor _@ Mazqueein.

Pues anda que yo. Lo he mandado a freír espárragos, siendo fina. (jaja)

Michelle25.

Bueno tranquila. Ya buscaremos otro local.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Y cual? El scuarate era la mejor opción, además las invitaciones para las chicas salieron la semana pasada. ¿Qué haré ahora? No puedo quedarme sin despedida de soltera, y celebrarlo con Iván no me parece plan. ¡Falta tan poco para la boda!

¿Tu qué opinas? Estoy al borde de la desesperación, tía.

Me distraje un momento de la conversación. Lo cierto era que tenía mi cabeza en otro lugar.

No podía dejar de pensar en Axel Jones.

¿Qué tenía de misterioso aquel hombre para mí? Me hice esa pregunta unas mil veces.

Pero no hallé la respuesta.

Me repetí varias veces la misma pregunta sin atender a lo que Tay me decía.

No es que me gustase físicamente Jones, pero tan poco me disgustaba.

¡Era bastante llamativo!, no lo iba a negar, un hombre que fácilmente podría conquistar a una mujer, aunque para mi gusto era un poco egocéntrico.

Yo creo que le pegaba otro tipo de mujer, con más carácter.

Vi como la pantalla de la tablet parpadeaba insistentente, y volví al mundo de la realidad.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Michelle sigues ahí? ¡Holaaaaa!

Michelle25.

Perdona Tay. No sé. Las invitaciones se pueden cambiar. Llamamos a las chicas una a una y listo.

Taylor _@ Mazqueein.

Ya, yo también lo había pensado, pero ¿qué local escogemos ahora?

Michelle25.

El Rosen está muy bien.

Taylor _@ Mazqueein.

¿El Rosen?

Michell25.

Sí, ese que está entre la esquina de Nhaten y Flevor.

Taylor _@ Mazqueein.

No me suena. ¿Es nuevo?

Michelle25.

Sí, lo abrieron el mes pasado. Según he oído tiene muy buenas críticas, y está bien situado junto a la costa.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Y tienen stripper? Ya sabes que si no las chicas no querrán venir.

Michelle25.

Creo que dan servicio personalizado.

Taylor _@ Mazqueein.

Bien. Pues reserva en el Rosen, no sea que pasa igual que en el scuarte.

Michelle25.

Mañana llamo.

Taylor _@ Mazqueein.

¡Ay Michelle! ¿Qué haría sin ti? Eres mi ángel.

Michelle25.

(Carita de sonrojo)

Taylor _@ Mazqueein.

¿Y a ti qué te ha pasado hoy? Anda, cuéntame.

Bufé incontinentemente al recordarlo.

Michelle25.

La zorra de Jenn ha intentado joderme.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Jenn? ¿La misma Jenn de siempre?

En alguna ocasión le había contado a Taylor mi situación con Jenn.
Así que sabía de quien se trataba.

Creo que esa tipa no caía bien a nadie. Taylor me dijo una vez que se la había cruzado en un pasillo, y que había sido bastante desagradable con ella.

No era de extrañar.

Michelle25.

Sí, esa misma.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Pero qué te ha hecho esta vez esa mal nacida?

Michelle25.

Pues le ha ido con el cuento al subdirector de que Ethan y yo nos acostamos.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Cómo? No, no te creo.

Michelle25.

No te miento.

Taylor _@ Mazqueein.

¡Madre mía! Que fuerte. ¿Y es cierto?

Mis mejillas se colorearon intensamente ante su pregunta.

Michelle25.

¿Cierto el qué? (Carita de interrogante)

Taylor _@ Mazqueein.

No te hagas la sorprendida, quiero saberlo. ¿Es verdad qué folláis?

Directa. Así era Taylor. Trastabillé mis dedos, nerviosa.

Michelle25.

Puede.

Taylor _@ Mazqueein.

¡Venga ya! ¿Si o no?

Michelle25.

Sí. Es verdad.

Taylor _@ Mazqueein.

¡Ostias! Lo veía venir (jaja)

Michelle25.

¡Serás bruja!

Taylor _@ Mazqueein.

¿Estás enamorada de Ethan o solo es sexo?

Callé. No me atreví a confesarle la verdad.

Michelle25.

Nos estamos conociendo.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Conociendo? No me hagas reír, Michelle. En estos tiempos no me lo creo.

Michelle25.

Vale. Puede que sí, que me esté enamorando.

Taylor _@ Mazqueein.

¡Ay Michelle!

Michelle25

Nunca imaginé que esto me pasaría.

Taylor _@ Mazqueein.

¿El qué?

Michelle25

Que terminaría pillándome de él.

Taylor _@ Mazqueein.

Ethan es un buen hombre.

Michelle25.

Lo se, lo echo de menos.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Aun no ha vuelto del congreso?

Michelle25.

No, ¿por qué?

Taylor _@ Mazqueein.

Por nada. Tenía entendido que terminaba ayer. Seguramente su vuelo se habrá retrasado.

Aquello último me puso la mosca detrás de la oreja. No quise pensar cosas
rara.

No le di importancia.

Se me empezaron a cerrar los párpados.
Bostecé repetidas veces. La pantalla me pareció borrosa.
Tecleé algo más despacio.

Michelle25.

Seguramente será eso.

Taylor _@ Mazqueein.

Y volviendo al tema, ¿qué ha pasado con el subdirector?

Michelle25.

¿Lo conoces?

Taylor _@ Mazqueein.

No, solo de oídas. Creo que es el sobrino de Markus Jones.

Michelle25.

Sí, es su sobrino.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Y qué tal?

Michelle25.

Uff, menudo cretino.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Te ha tratado mal?

Michelle25.

¡Qué va! Solo que es... un poco raro.

Taylor _@ Mazqueein.

Define raro.

Michelle25.

Jaja, pues no sé.

Taylor _@ Mazqueein.

¿Está buenorro?

Michelle25.

¡Tay! Que te vas a casar con mi hermano.

Taylor _@ Mazqueein.

Y bien casada, pero no significa que vaya a estar ciega (Carita sonriente) ah, por cierto, mañana hemos quedado a cenar con Iván.

Michelle25.

¿Mañana?

Taylor _@ Mazqueein.

Sí. En el Housen Mom.

Michelle25.

Es que no sé si podré ir.

Taylor _@ Mazqueein.

¡Oh, si qué irás! Me lo debes por lo del catering.

Michelle25.

Vale, pesada, iré.

Taylor _@ Mazqueein.

No te lo tomes así, será divertido. Te recojo mañana a eso de las nueve, ¿sí?

Michelle25.

Que remedio. Buenas noches.

Taylor _@ Mazqueein.

Hasta mañana. Que descanses.

¡Qué sueño tenía de repente! ¿Cuánto habíamos estado chateando?

Miré el reloj que colgaba de la pared del salón. Era un viejo reloj de cuco, recuerdo familiar que había pertenecido a mi tatarabuelo.

¡Qué tarde era! Pasaban de las 02.30 de la madrugada.

Apagué la tableb y me metí en la cama. Me dormí enseguida.

Al día siguiente fui a trabajar con normalidad. Agradecí que la zorra de Jenn tuviese el día libre. Por la tarde recogí a Maddie del cole y la llevé a casa de una amiguita, en el barrio de “Hipp Sylver”.

A las niñas les hacía tremenda ilusión compartir una noche de pijamas. Así que Harley Ross no puso ninguna pega.

Era una buena mujer. Con ella Maddie estaba segura. Era madre de otros dos niños un poco más mayores. Tenía experiencia.

Aquello me dio libertad para cenar con Taylor e Iván, sin preocupaciones.

Tay me recogió a la hora citada. Fue puntual. Aparcó su coche frente al edificio, y me llamó con el claxon.

Me asomé por la ventana para saludarla, y bajé a prisa. No me encontré a nadie en las escaleras.

Al salir un gélido aire me acarició la cara, removiendo a la vez mi pelo suelto.

Crucé la acera mirando en ambas direcciones. Taylor me abrió la puerta de su mustang descapotable rojo.

Me sonrió.

_Hola guapa, ¿subes?

_Hola. _Respondí tomando asiento como copiloto. Me abroché el cinturón de seguridad.

_Estás estupenda. _Repuso mirando con aprobación mi conjunto de suéter y pantalón.

_Gracias. _Dije. _Tú también lo estás.

_¡Se nota qué he ido hoy a la peluquería! _Soltó jocosa.

Ambas reímos al unísono.

Extrañamente no hubo demasiado tráfico, y llegamos a la hora exacta al restaurante, donde Iván ya nos esperaba como todo un caballero.

El “Housen Mom” era el restaurante de moda de la ciudad. Estaba bastante cotizado.

Casi nunca solía tener mesas libres, pero aquella era una ocasión especial.

Situado junto a la bonita bahía de San Francisco, el “Housen Mom” no solo gozaba de una comida exquisita, sino de unas vistas espectaculares.

Iván me recibió con un efusivo abrazo.

_¡Michelle, qué alegría verte!

_¿Cómo estás? _Pregunté.

_Bien _Y rápidamente desvió toda su atención y tiempo hacia su prometida.

Lógico. Era de esperar. Se pasaron toda la noche haciéndose mimos y arrumacos.

Eran la pareja ideal. No me sentí para nada incómoda, todo lo contrario, me encantaba verlos en esa situación tan amorosa.

Durante la cena nos sirvieron un exquisito vino tinto con denominación de origen español.

El redondo de ternera asado en su jugo, con verduritas en témpura estaba muy rico.

Todo iba bien, la comida, la conversación, el ambiente, todo era fluido... hasta que me percaté que a pocas mesas de donde me encontraba yo, Ethan disfrutaba de una velada romántica junto a una despampanante mujer morena.

Escudriñé mis ojos para observarlo mejor. ¿Era él? Casi me atraganté con un trozo de carne. La sangre me hirvió por dentro.

Unos irrefrenables celos se apoderaron de mi. Me fijé detenidamente en ella.

Era una mujer, esbelta, de larga cabellera, y vestía elegantemente.

Estaba segura de que era Stelle, su ex mujer. ¿Pero qué hacía Ethan con ella?

Mi rostro empalideció notablemente. A punto estuve de echarme a llorar.

Me sentí una verdadera estúpida. ¿No se suponía qué estaba en un congreso en los Ángeles?

<<¡Cabrón!>>, siseé entre dientes.

_¿Qué te ocurre? _Me preguntó rápidamente Taylor.

Ella siguió mi mirada. Entonces no hizo falta que yo le contestase.

_¿No es aquel Ethan? _Inquirió por lo bajo.

Iván miró hacia la misma dirección sin entender nada.

_Sí, es Ethan, y la que está con él es Stelle, ¿por qué?

La furia me embargó por dentro. No me pude contener.

Arrojé la servilleta a un lado, y con energía me levanté.

_¿A dónde vas? _Dijo Taylor.

Pero no la escuché. Estaba cegada, herida, y humillada. No pensé en mis actos.

Me daba igual que la gente del restaurante me mirase como a una loca.

Caminé erguida, guardando la poca dignidad que me quedaba.

Entonces me planté delante de su mesa, y lo miré con desafío.

Todo el cuerpo me temblaba. Sentí como las lágrimas quemaban mis ojos.

Ethan levantó sus ojos del plato, petrificado.

_¡Michelle! ¿Qué haces aquí?

_¡Eres un cerdo! _Le escupí con dolor.

Y sin pensarlo le crucé la cara de lado a lado.

Todos en el restaurante ahogaron una exclamación.

Ethan me miró con desconcierto.

Me di media vuelta, abochornada, y salí corriendo del local. Él me llamó.

¡Menudo espectáculo! Pensé en Taylor e Iván. Me quise morar de la vergüenza.

Alcancé la calle con un llanto amargo. Mis lágrimas inundaban mis mejillas.

Sofocada me detuve para respirar. Me comporté como una niña con una rabieta.

No quería escuchar a nadie, y mucho menos a Ethan.

En ese momento lo veía como el mayor cabrón de la tierra. Ethan trató de agarrarme del brazo.

Con furia me solté. Entonces lo encaré con ira.

_No me toques. _Dije.

_Michelle. _Me nombró en tono de enfado. _¿Se puede saber qué te ocurre?

¿A qué viene todo esto?

Enjugué mis lágrimas con orgullo.

_Dígame usted, doctor Macconner. _Usé claramente la ironía.

Él me miró asombrado. Yo seguí con mi pose herida.

_No entiendo nada.

_Yo tampoco. _Respondí sarcástica. _Creía que estabas en los Ángeles, en un congreso.

_Y lo estaba. _Se justificó con descaro. _He llegado esta mañana.

_¿Ah sí? _Me mofé.

_¿No me crees? _Pareció decepcionado. _Puedes preguntarle a Lucy.

Lucy era la coordinadora de eventos del “Madisson Center”.

Ella era la encargada de organizar cada año el congreso de medicina.

Si había una persona de la que me podía fiar, esa era Lucy.

Será porque tenía casi sesenta años, y pocos celos podía despertar en mi.

Seguí sin bajarme del burro, testaruda como yo sola.

_Me has mentido Ethan. _Sollocé impotente.

_No te he mentido. _Trató un nuevo acercamiento.

_No te acerques. _Lo amenacé.

_Escucha...

_¿Y entonces qué haces con tu ex en el restaurante? _Le pregunté directa.

_Stelle quiere que le firme unos papeles, eso es todo. _Repuso sincero.

_¿Unos papeles? _Repetí incrédula.

Eso me sonó muy falso.

_Sí, necesita mi firma para la venta de una propiedad que tenemos en común.

_Me explicó contundente.

_¿Y quieres qué te crea? _Inquirí reacia con su versión.

_Es la verdad. _Respondió.

_No puedo confiar en ti. _Dije.

_¿Por qué? _Me imploró apasionado.

Me giré sobre mis talones sin contestar.

_¿A dónde vas Michelle? _Me preguntó exasperado. _¡Vuelve! _Me gritó.

Corrí calle abajo, con miles de pensamientos agolpando mi confusa cabeza.

Solo quería olvidar, olvidar por unas horas que lo amaba.

Me sentía mal, dolida.

Quería creerlo, pero la rabia me cegaba. Corrí sin parar hasta asegurarme de que no me seguía.

Me metí por una calle estrecha y oscura. Observé la zona. No me sonaba de haber estado por allí nunca.

Caminé unos metros más en aquella dirección. Entonces vi un letrero luminoso.

No me detuve a leerlo. Parecía un bar normal y corriente, justo lo que necesitaba para ahogar mis penas.

Mis ojos ya no tenían lágrimas sino determinación. Absorbí fuertemente por la nariz, y me limpié el rostro con la mano.

Entré con fuerza en el local. Me sorprendió la cantidad de hombres y mujeres que allí había.

Me dirigí sin mirar hacia la barra y me senté en un taburete.

La camarera, muy despampanante y ligera de ropa, me atendió.

_¿Qué vas a tomar? _Me preguntó revisándome de arriba abajo.

_Un tequila.

_¿Un tequila? _Soltó una tremenda carcajada.

Me sentí insultada.

_¿Algún problema? _Insinúe molesta.

Ella se encogió de hombros, como si tal cosa.

_No, ninguno. _Torció su sonrisa.

No estaba acostumbrada a beber, era más que evidente. Nunca solía emborracharme.

Por eso al segundo tequila ya empecé a estar bastante achispada y mareada.
Se me subió rápido a la cabeza. El vino y el tequila hicieron una mezcla explosiva en mi cuerpo.

Todo me daba vuelta. Me estaba cogiendo una buena cogorza.

—¡Otro! —.Le grité a la camarera, que por cierto se había puesto en pose coqueto con un cliente.

—¿Molesto? —.Oí la voz de hombre a mi lado.

—¡No! —.Grité por encima del ruido. —Siéntese si quiere. —Señalé hacia el único taburete que quedaba libre.

Me bebí el tequila de un golpe y golpeé la barra con el vaso.

—¡Otroooooo! —.Pedí con exigencia.

El hombre se sentó a mi lado.

—¿No cree qué ya ha bebido suficiente? —.Me dijo.

Me enervaron sus palabras. Levanté mis ojos hacia su cara.

—¡Y a usted qué leches...! —.Abruptamente callé de golpe.

Me quedé pálida. De repente mi lengua se la había comido un gato.

¿Era yo qué veía alucinaciones por la bebida, o Axel Jones me miraba con eje divertido?

Agrandé los ojos como platos. Le toqué el antebrazo para saber si era real.

Sí, sí que lo era.

—¡Señor Jones! —.Lo saludé alegre.

Él se dirigió con familiaridad a la camarera.

—Kim, una copa de lo que ya sabes. —Y con suma desfachatez le guiñó un ojo.

—Enseguida Axel.

¿Axel? Jolines, pues sí que era conocido allí.

—¿Qué haces en un sitio cómo este? —.Me inquirió curioso.

—Beber. —Respondí sin tapujos. —¿Y usted?

Sus espesos ojos negros recayeron sobre mi persona como dos dagas.

—Fuera del hospital me puedes tutear, nadie se enterará. —Replicó con un tono de voz dulce.

—¡Ah, mira tú! —.Solté mordaz.

Jones me miró fijamente.

—Creo que no me has entendido, ¿qué haces en un sitio como este? —.Me volvió a repetir.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Me sentí un tanto confusa.

—¿A qué se refiere? —.Observé el local con bastante buen ambiente.

Jones rió divertido.

—Esto es un local de “BDSM”.

_¿De qué? _Dije.

Él se acercó a mi oreja. Su perfume penetró en mis fosas nasales.

_Bodage, sado, ya me entiendes...

_¡No joda! _Me agarré a la silla para no caerme al suelo.

_Jaja, de eso trata el tema. _Me dejó entrever abiertamente.

_¿Este es un local de esos?

_Ajá. _Afirmó con una mirada diferente.

_¿Desde cuándo? _Inquirí.

_El “Pink Star” de siempre, preciosa. Pero ya veo que no estás puesta en ese tema.

_Pues no mucho. _Reconocí como una estúpida.

Pedí un nuevo tequila.

_Deja que ha este te invito yo. _Se ofreció como un caballero.

_¡Vaya! _Solté jocosa. _Es mi noche de suerte.

_Puede. _Sonrió inusual.

Me percaté de que tenía una bonita sonrisa.

_Así que este es tu secreto, ¿no? _Pregunté traviesa.

Jones se acercó unos centímetros más a mi cuerpo.

_¿Y el tuyo cuál es? Digo para estar empatados. _Agregó mordaz.

Omití responder a su pregunta, incómoda, y seguí con otro tema.

La verdad es que cada vez me encontraba más pedo. Eso me hizo soltar la lengua con total descaro.

Estaba bastante achispada. No pude contener mi risa floja. De repente parecí una loca.

Jones me miró con cierta extrañeza, pero divertido.

_¿Qué te hace tanta gracia? Cuéntame. _Me incitó meloso.

En otras circunstancias me hubiese callado, pero no lo hice.

_Estaba pensando en la política del hospital, y en lo estrictos que sois con vuestras normas.

Él negó con la cabeza.

_No te equivoques. _Me corrigió. _La política del hospital no es cosa mía.

_¿Ah no?

_No, es de mi tío. Yo solo me limito a cumplir órdenes.

_¿Tú, órdenes? Jaja.

_Es la verdad. _Se sintió ofendido.

_Vale, vale, si tu lo dices Jones. Pero no estaría mal que le dijese a tu tío que cambie de una vez esa política tan retrograda y anticuada. _Le dije muy cerca de sus labios.

De repente me apetecía besarlo. Pero reprimí mis ganas.

Él rió ante mi disparate.

_ Con gusto se lo diré de tu parte.

Y levantó su copa para chocarla contra la mía en un brindis amistoso.

_ ¡Qué gran honor! _ .Ironicé.

_ Y ahora respóndeme, ¿qué haces en un sitio cómo este? _ .Apoyó su codo sobre la barra de forma insinuante.

Elevé mis ojos hacía rostro. Me costó tragar saliva. Me sentí sofocada.

_ Un error, un maldito error como todos en mi vida. _ Arrastré con pena.

_ ¿Qué ha pasado? _ .Se interesó en saber, atento.

_ Que soy una gilipollas. _ Reí con dolor.

_ No creo que seas gilipollas. _ Me respondió sorprendiéndome.

Jones acarició dulcemente mi mejilla. Su comportamiento totalmente distinto a cuando lo conocí el primer día me desconcertó.

No parecía el mismo hombre sin aquel disfraz de ogro que enmascaraba su personalidad penetrante.

Estuve a punto de lanzarme a su cuello. Pero la presencia de una mujer en la escena interrumpió mi momento.

Ella se paseó contoneado sus caderas frente a la mirada de Jones.

Era muy atractiva, y joven. Su sonrisa era bella. Con descaro se echó sobre él, soltando una risa suave.

_¡Doctor Jones!

_Hola Belinda. _Profundizó ronco. Y le dio un apasionado beso en toda la boca.

Me quedé pasmada. ¿Doctor? Creo que no oí bien. Aquella mujer parecía conocerlo con bastante familiaridad.

_Que grato es verlo por aquí. _Se mostró sumamente descarada enseñándole su exagerado escote.

Tenía una buena delantera, ¡vamos!, que estaba bien dotada de tetas.

Lo más seguro que operadas.

_¿Ya ha elegido compañía? _Preguntó con recelo, mientras sus ojos se desviaban incontinentemente hacía mi.

Me reí por lo bajo al ver la cara de enojo de la mujer. Jones me guiñó un ojo.

_Creo que por esta noche, sí. _Sentenció dejándose claro.

Ella se levantó de su regazo, con decepción.

_Nos veremos otro día. _Le lanzó picosa. _Que lo pasen bien.

_Gracias. _Me obligué a responder.

Tras la marcha de Belinda, Jones se volvió a centrar en mi.

_¿Por dónde íbamos? _Inquirió.

_Así que doctor Jones, ¿no? _Dije con sorpresa.

_¿Tan raro te resulta?

_No, solo curioso. _Objeté. _¿Qué especialidad tienes?

_¿Importa? _Matizó con cierto recelo.

_A mi sí.

_Ginecología. _Repuso.

Me asombré. Abrí la boca con medida.

_¿Y cómo siendo médico estás de subdirector en un aburrido despacho?

Vi como sus facciones relajadas se tensaban. Un rictus amargo le hizo arquear una ceja.

_Es una larga historia.

_Tengo tiempo de escucharla. _Insistí.

Jones opuso resistencia.

_En otra ocasión mejor, ¿no crees?

Me sentí mareada por la bebida. Mi cabeza no paraba de dar vueltas.

Iba a pedir otra copa cuando él me lo impidió suavemente.

_Ya has bebido suficiente. _Me regañó como un padre.

_¿Quién lo dice, tú? _Lo encaré con enfado.

_Sí. _Atajó firme.

Reí muy borracha. Él tuvo que sostenerme del brazo para no caer del asiento.

Me aferré a su pecho.

_Está bien. _Le di la razón. _¿Y cómo llevas ser el sobrino de Markus Jones?

_Lo llevo bien. _Respondió metódicamente. _Mi tío Markus es como un padre para mi. Él fue quien me ha criado.

Me impactaron sus palabras.

_¿En serio?

_Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía ocho años, así que Markus se hizo cargo de mi.

_No lo sabía, lo siento. _Me disculpé torpemente.

Lo miré fijamente. Tenía una barbilla muy providente y marcada.

Mis labios estaban muy cerca de sus labios. Podía sentir su cálido aliento sobre mi cara.

Irrefrenablemente sentí el impulso de besarlo, pero Jones me detuvo.

Sus ojos brillaron de un modo especial.

_No lo hagas, Michelle.

_Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Puso un dedo sobre mis labios, y me alejó de su boca.

Me sentí decepcionada.

_¿Por qué? _Inquirí.

_Estás borracha, y seguramente mañana te arrepentirás de hacerlo.

Era cierto. Estaba borracha, y seguramente me arrepentiría.

Yo amaba a Ethan. No podía echarlo todo por la borda por un estúpido calentón.

_Solo estás despechada. _Agregó con cariño.

Arrugué el entrecejo, refunfuñada.

_Puede. _Repuse.

_Te llevaré a casa. _Dijo ayudándome a caminar.

_¿De verdad? _Inquirí con sorpresa.

_Anda, sube a mi coche. _Replicó con una sonrisa torcida.

Subí sin rechistar. Podía haber pasado algo entre nosotros.

Pero no pasó nada, afortunadamente para mi. Jones me acompañó hasta la puerta de casa. Luego se marchó.

Podía haberse aprovechado de mi estado de embriaguez, pero se comportó como un caballero.

En el fondo le agradecí que hubiese frenado mi locura.

Esa noche descubrí a un hombre maravilloso, pero Axel Jones no era para mi.

Estábamos predestinados a ser grandes amigos.

A la mañana siguiente me desperté con una tremenda resaca.

Y lo peor era que tenía que ir a trabajar. ¡Malditas las ganas! Me tomé un analgésico para el dolor.

Me iban a estallar las sienes. ¡Puto tequila! ¿Cómo había bebido tanto?

Tenía el cuerpo destrozado. Vagamente recordaba algo.

Me morí de la vergüenza. Me había comportado como una borraba y buscona delante de Jones.

Intenté levantarme de la cama. Todo me daba vueltas. Me volví a tumbar, remolona.

Tapé mi cabeza con la almohada, pero no surgió efecto. ¡Nunca más bebería!

Me di una ducha de agua fría. Tuve ganas de vomitar. Tenía el estómago revuelto.

No desayuné. Me puse mi uniforme y me fui directa al hospital.

Lo peor del día fue tener que enfrentarme cara a cara con Ethan.

No estuve preparada para ese momento. Lo saludé de una manera fría y distante, a pesar de que él trató un nuevo acercamiento.

Me limite a hacer mi trabajo, que no era otro más que atender a los pacientes.

Apenas le dirigí la palabra. Todo fue muy violento para mí. A media mañana me empecé a sentir mal.

Creí que se me pasaría, pero por la tarde me sentí mucho peor.

Apenas había almorzado, y entre las horas de trabajo, y el malestar, parecía que me desplomaría al suelo.

Aproveché un descanso y me escabullí para tomarme un café.

La cafeína me vendría bien para despejarme. Me senté agotada.

Sarah entró en ese momento y me observó preocupada.

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara.

—Es que anoche bebí un poco de más. —Dije.

—Uff, la bebida mala consejera. —Replicó echando una moneda en la maquina.

—Ya te digo. —Contesté cabizbaja.

—¿Mal de amores? —Me inquirió.

—Puede ser.

_Un café te vendrá bien para ese malestar. _Y me ofreció con amabilidad el suyo.

_Gracias. _Sonreí.

_Bébetelo antes de que se enfríe.

Soplé para no quemarme. Ethan llegó en ese momento. Sarah nos miró a ambos por igual.

Y como el que no quiere la cosa nos dejó a solas. Yo seguí en mis trece, sin querer hablarle.

Ethan se acercó pasivo hasta la mesa.

_Tenemos que hablar. _Sonó contundente.

_No hay nada de lo que hablar. _Me empeciné tozuda.

Ethan bufó incontinentemente reprimiendo un grito frustrado.

Observé por el rabillo del ojo como se daba la vuelta.

Entonces cerró la puerta de un portazo, y luego le echó el pestillo.

Di un respingo desconcertada.

_¿Qué haces? _Le pregunté.

Él se giró hacia mí, con decisión.

_Sino quieres hablar por las buenas, hablaremos por las malas. _Dio dos zancadas, y plantó las palmas de sus manos sobre la mesa.

Me estremecí. Ethan estaba sumamente guapo cuando se enfadaba.

Traté de ser coherente.

_Ya te he dicho que no pienso hablar contigo de nada. _Objeté de nuevo.

Él sonrió de forma persuasiva.

_Vale, está bien, entonces hablaré yo.

Retiró una silla y se sentó con el respaldo hacia mi rostro.

Quería hablar, que hablase. Yo no se lo iba a impedir. Ethan me miró intensamente, con aquella pasión reflejada en sus bonitos ojos.

Me puso la piel de gallina. Inconscientemente temblé de emoción.

_Michelle, nunca te he engañado desde que te conocí. _Se afanó férreamente en sus palabras.

_¿Y por qué debo creerte? _Respondí dura.

Ethan ahogó un suspiro impaciente.

_¿Acaso no te has dado cuenta ya? _Me preguntó ronco.

_¿De qué? _Dije confusa.

Ethan sonrió taciturno.

_De que estoy loco por ti, Michelle. _Me confesó abiertamente.

Me estremecí completamente. No podía creer lo que acababa de oír.

Tragué saliva con cierta dificultad. Mi corazón empezó a latir a cien kilómetros por hora.

Sentía como golpeaba frenéticamente mi pecho, a punto de desbocarse.

Me sentí aturullada. Un nudo de congoja me sofocó la garganta.

Recordé el incidente del restaurante. Entonces resurgieron mis dudas.

_¿Y Stelle? _Inquirí desconfiada.

_Stelle ya no significa nada en mi vida. _Matizó profundo. _es mi pasado. Tú has borrado su amor, tan solo quiero estar contigo, ¿no lo entiendes?

Asentí con la cabeza. Ethan me agarró las manos con dulzura.

Una corriente eléctrica me erizó la piel. Contuve mi euforia.

_Necesito que me creas. _Me suplicó con ardor.

Lo miré fijamente, enamorada. Aguanté una lágrima.

_Te creo. _Repuse emocionada.

_¡Oh, Michelle! _Explotó Ethan con un alarido apasionado.

Sus labios buscaron mis labios con una necesidad imperiosa.

Su lengua se enredó en mi campanilla produciéndome una oleada de exquisito placer.

Me lancé a su cuello ansiosa, sin importarme el lugar ni el momento.

¡A la porra las estúpidas normas del hospital! Era feliz, y nadie me arrebataría aquel momento.

Ethan me recibió con agrado. Sus manos recorrieron impacientes mi cuerpo, hambriento de mi, tanto como yo de él.

Aquellos días sin sus caricias habían sido una autentica tortura.

Estaba ansiosa por sentirlo dentro de mi ser. Con urgencia lo despojé de su bata.

Una sonrisa traviesa bailoteó en la comisura de su boca. Acaricié su pecho.

El calor subía por mi bajo vientre. Ethan buscó mis pechos y hundió su cabeza entre ellos.

Ahugué un jadeo entrecortado. Me senté a horcajadas sobre su regazo.

Él me despojó del tanga. Yo le desabroché los pantalones. Su erecto y jugoso miembro se coló entre mis piernas.

Ethan me penetró con pasión férrea. Empezó a moverse en mi interior lentamente.

El éxtasis chorreaba por mi piel. Espasmos de placer se esparcieron por mi médula.

Una oleada extrema me sacudió por completo. Me arqueé hacia atrás para recibir su pene más adentro.

La sensación era exquisita. Entreabrí los labios para dejar escapar un gemido profundo.

El sudor empapaba mi frente. Jadeé extasiada. Podía sentir como el jugo masculino se escurría por mi muslo.

Aun no era su semen, pero faltaba poco. Me acoplé a su cadera.

Ethan aceleró sus movimientos. Me aferré como una fiera a su cuello mientras me movía a su ritmo.

El orgasmo estaba próximo. El calor se intensificó en mi clítoris.

Gemí incontroladamente, llevada por la pasión. Ethan gruñó, complacido.

Sentí como una explosión caliente emulsionaba en mi interior.

Me corrí con un grito dejando que todo mi cuerpo se relajara con el clímax.

El semen de Ethan se esparció por mi vagina con una última embestida.

Saboreé el orgasmo en mi boca.

Fui a recoger a Maddie a la salida del colegio, como cada tarde.

Me apresuré en aparcar a escasos metros de la entrada. Llegaba con cinco minutos de retraso.

Me bajé apurada del vehículo, y caminé con paso firme hacia la escalinata.

De repente miré al frente, y me detuve paralizada. Mi cuerpo se quedó petrificado.

Agrandé los ojos sin poder creer lo que veía. Mis piernas temblaron.

Estaba viendo a un viejo fantasma del pasado. ¿Era posible que los muertos regresasen del más allá? Me sentí ofuscada.

Avancé muy despacio, con temor. Mis dientes castañearon insistentemente.

Me quedé helada, en shock. Caminé unos pasos más, hasta estar más cerca.

Maddie me sonrió como siempre, y el hombre que sostenía su mano también.

Se me congelaron las facciones. Un miedo irracional se apoderó de mi mente.

Fui incapaz de articular palabra. Mis ojos se empañaron de lágrimas.

_Hola Michelle. _Me saludó Arthur como si tal cosa.

_T-u-u... _Tartamudeé incrédula. _t-u estabas...

_¿Muerto? _Terminó de decir por mi. Y luego repuso mordaz. _ya ves que no, mi amor.

_Pero yo te vi caer por la borda esa noche. _Repuse confusa.

_Sí, la tormenta me alejó de la embarcación y me arrastró a una playa.

_Replicó Arthur. _pero sobreviví, y he venido a buscarte Michelle.

Sus palabras me hicieron reaccionar, alerta. Miré a Maddie con temor.

_Vete al coche. _La obligué ruda.

_¡No! _Se reveló. _Quiero quedarme con papá.

_¡Vete al coche ahora! _Le chillé enojada.

Maddie sollozó.

_Adiós papá. _Se agarró de su regazo.

Arthur besó su frente.

_Nos veremos pronto, princesa.

Miré a Arthur con rencor.

_¿Qué haces aquí? _Le inquirí reacia.

Él rió con sarcasmo.

_Ya te lo he dicho, he venido a buscarte. Ya es hora de que regreses a casa, mi amor.

_¡No me llames mi amor! _Exclamé herida.

_¿Por qué? Sigues siendo mi amor. _Pareció decepcionado.

Arthur intentó tocarme. Instintivamente retrocedí, atemorizada.

_No me toques. _Le advertí furiosa.

_Eres mi mujer. _Añadió él en tono posesivo. _y regresarás conmigo a casa.

Negué rotunda.

_¡No! No iré contigo a ninguna parte. _Sentencié firme.

Arthur se mostró arrepentido.

_Ya te dije que me perdonases, que nunca más te haría daño. _Reiteró con pesar.

No creí ni una de sus palabras. Siempre era lo mismo, y luego lo olvidaba todo demasiado pronto.

Ya no creía en él. Hacía mucho tiempo que había abierto mis ojos a la realidad.

Retrocedí un paso más hacia el coche. Arthur me siguió.

_Te quiero. _Me imploró pasivo.

Reí con sorna.

_¿Qué me quieres? _Inquirí. _No me hagas reír, eso no es amor.

_Te quiero. _Volvió a repetir con más insistencia.

Arthur empezaba a ponerse demasiado violento.

_Tú nunca me has querido. _Le escupí con desdén.

_Te he buscado durante meses, y ahora que te he encontrado no te dejaré escapar. _Replicó con tono arrogante.

_No me toques. _Exclamé con rencor.

_Tengo derecho a tocarte, ¿no crees? _Se pavoneó con soberbia.

_¿Derecho? _Inquirí indignada.

_Soy tu marido, no podrás negar eso. _Intentó acercarse peligrosamente.

Arthur no había cambiado, seguía siendo el mismo hombre que un año atrás.

Era imposible darle una oportunidad, aunque fuese el padre de mi hija.

_¡Estás enfermo!

_Ven a mi lado, mi amor. _Me instigó furioso.

_Si me tocas, gritaré. _Le advertí asustada.

_Michelle. _Me llamó.

_¡Aléjate de mí! _Siseé con dolor. _¡Nunca volveré contigo!

Corrí hacia el vehículo cerrando todas las puertas. No estaba a salvo.

Vi como Arthur se acercaba. Metí la llave en el contacto, pero el motor no

arrancaba.

_No te abandonaré, Michelle. Esta vez no podrás huir de mi, eres mi mujer.

_Me amenazó violento.

Arthur empezó a zanganear el coche. Grité despavorida.

Maddie empezó a llorar.

_¡Mamá, mamá tengo miedo!

_Tranquila, tesoro, no tengas miedo, mamá está contigo. _Dije aguantando la templanza.

<<¡Maldita sea!>>, mascullé entre dientes. Volví a introducir la llave en el contacto.

El motor rugió con fuerza. Metí la marcha atrás y salí del aparcamiento.

No miré hacia atrás. Pisé a fondo el acelerador, y me marché cagando leches de allí.

Todo mi cuerpo temblaba. Un nudo de angustia oprimía la boca de mi estómago.

Mis ojos se empañaron de desesperación. Intenté centrarme en la carretera.

Maddie al fin dejó de llorar. Eso me ayudó a calmarme.

Conduje hasta casa.

No sé ni como pude llegar en aquel estrepitoso estado de nervios.

No supe a quien acudir ni con quien hablar. Estaba perdida y muy asustada.

Bajé a Maddie del coche, y me encaminé con cierto temor hacia el edificio.

Me encontré a Hanna sentada en las escaleras. Su rostro estaba pálido.

Al verme se apresuró hacia mi, totalmente desencajada.

—¿Qué está pasando, Michelle? —Me abordó preocupada. —ha venido un hombre preguntando por ti. Parecía muy violento y desquiciado. Me ha dado mucho miedo. —Agregó con un leve temblor.

La abracé enseguida. Tuve la imperiosa necesidad de sincerarme con Hanna.

Necesitaba sacarme de adentro aquello que durante tanto tiempo me había torturado.

Ella era una mujer, me entendería, además Hanna era una buena amiga.

—Entra en casa, Maddie. —Señalé a mi hija de una forma suave.

—Vale. —Respondió obediente.

Vi con tranquilidad como subía los peldaños y entraba en el edificio.

Entonces me derrumbé abatida.

—¿Qué ocurre, Michelle?

Me senté en el primer tramo de las escaleras, completamente desmoralizada.

Estaba desorientada. Hanna se sentó a mi lado. Sollocé impotente.

¿Por dónde empezaba a contarle mi historia? Lo más lógico era remontarme al principio de mi relación.

No era fácil. Sentí que el aire me sofocaba.

—Ese hombre es mi marido, Arthur. —Dije.

Hanna pareció sorprendida.

—¿Tu marido? —Repitió. —creí que eras madre soltera o separada.

Negué aturdida por las circunstancias.

—No. —Respondí sin fuerzas. —conocí a Arthur muy joven, cuando aun

íbamos al instituto. Era un chico muy popular y guapo, atento, cariñoso...

Un rictus amargo hizo curvar la comisura de mi boca.

_Sigue. _ Me incitó Hanna con paciencia.

_Éramos felices, todo iba bien. Nos enamoramos, y pronto me pidió matrimonio, pero fue un error. _Contuve la cascada de lágrimas sobre mis ojos.

_No llores. _ Me pidió afligida.

Era un momento muy duro para mi.

_Casarnos fue un error. _ Continué relatándole mi historia. _ poco después de la boda todo empezó a cambiar. Arthur se comportaba de manera rara y machista.

_¡Qué cerdo! _ La oí musitar por lo bajo.

_ Cada vez las discusiones eran más continuas, hasta que una noche... _ Mi voz de repente se quebró.

Hundí mi cara entre mis manos, abrumada.

_¿Qué pasó? _ Preguntó Hanna.

_ Una noche me pegó, muy violento. Se volvió celoso y agresivo. Me juró que eso acabaría y que estaba arrepentido, que me quería.

_¡Hijo de puta! _ Exclamó ella.

_ Entonces me quedé embarazada de Maddie. Durante un tiempo la cosa se suavizó. Arthur parecía haber cambiado, era el hombre de quien me enamoré, generoso, amable...

_¿Y no fue así, verdad? _ Me inquirió Hanna apesadumbrada por mis palabras.

Absorbí fuertemente por la nariz y enjuagué mis lágrimas.

_ No, me volví a equivocar con él. Volvieron las discusiones, las peleas a diario, e inclusive las palizas.

Hanna saltó de las escaleras escandalizada.

_¡Menudo cabrón!

_ Era frío, calculador, posesivo. _ Proseguí rota de dolor. _ tomó celos de mi trabajo, de mis amigos.

No pude aguantar mi pena y gimoteé herida. Hanna me abrazó contra su pecho.

_ Cálmate. _ Me pidió afligida. _¿Y nunca lo denunciaste?

_ No. _ Reconocí con temor. _ tuve miedo.

_¿Por qué?

_ Si mi hermano Iván se hubiese enterado de la verdad, habría matado sin ningún miramiento a Arthur. Luego pensé en Maddie, ella necesitaba a un padre. Y dejé pasar el tiempo.

Hanna me miró compasiva.

_¿Y cómo lograste escapar de él?

En ese momento me ofreció un pañuelo donde consolarme.

Se lo agradecí.

_Hubo un día en el que ya no aguanté más. Arthur me culpaba a mi de todo, e incluso me amenazó con quitarme la custodia de mi hija.

_¿En serio? _Expresó incrédula. _¡Qué fuerte!

_Sí. _Dije. _Él tenía unos amigos a los que les encantaba navegar, Fhil y Mery eran buenas personas, creo que desconocen el lado oscuro de Arthur.

_¿Y qué pasó?

_Tenían un velero. Fhil era capitán de barco. Una tarde salimos de travesía por la bahía de Manhattan... _Me detuve horrorizada.

Por un momento me vi incapaz de continuar con aquello.

Pero Hanna me dio fuerzas.

_Continúa. Te juro que nunca se lo contaré a nadie. _Me aseguró solemne.

_Salimos a navegar. Yo me negué en un principio, pero siempre tenía que hacer lo que Arthur decía. La tarde apacible se convirtió en una noche cerrada, oscura y tormentosa. Una gran borrasca nos emergió en una tempestad. La lluvia barría la cubierta, estaba asustada, desorientada. Fhil trataba de mantener a flote la embarcación entre olas gigantescas. _Respiré profundo, hice una parada, y proseguí. _pero era imposible que sobreviviéramos a la tormenta, creí que moriríamos.

Sollocé impotente ante los recuerdos.

Cada noche revivía una y otra vez la misma pesadilla. Me sentí destrozada.

Hanna trató de reconfortarme con sus palabras.

_No sigas si no quieres. _Dijo apurada.

Pero yo necesitaba soltar aquel lastre que me pesaba. Quizás de esa manera desaparecieran mis fantasmas.

_Los truenos rugieron sobre mi cabeza. La cubierta era barrida por las olas, pero yo era incapaz de moverme. El agua empapaba mi ropa, y sin embargo no me importaba morir. Arthur se acercó hasta mi, me gritó que me moviese. Me agarró por el brazo y me zanganeó cerca de la proa. ¡Suéltame! Le grité, pero él seguía aferrado a mi. Lo miré a los ojos con determinación, entonces lo empujé por la borda. Cayó al mar embravecido y las olas alejaron su cuerpo de la embarcación. Todos creyeron que resbaló, pero yo lo empujé precipitándolo al abismo.

Hanna contuvo un grito entre sus manos, impactada. Entonces continúe.

_Me quedé de pie sobre la cubierta, inerte, mirando la inmensa oscuridad del océano. Mi mente solo podía pensar “todo acabó, Michelle”. Afortunadamente salimos vivos de la tormenta, pero el cuerpo de Arthur no apareció, y lo dieron por muerto... hasta ahora.

_¡Virgen santa! _Exclamó completamente paralizada. _No me imagino lo que tuviste que pasar, pero ese cabrón merecía morir. No hiciste nada malo.

Lloré abatida.

_Cuando lo dieron por muerto, huí de casa, cogí mis cosas y a Maddie y me marché lejos. Pero Arthur sobrevivió, la marea y la tormenta lo llevaron a una playa desierta. _No pude contener mi congoja. _y ahora dice que ha vuelto a por mi.

Hanna me levantó el mentón y me miró seria.

_Michelle, tienes que denunciarlo, ese hombre es un peligro, no parará hasta salirse con la suya. _Replicó preocupada.

_Lo sé. _Contesté ensimismada.

_Pues denúncialo. _Me aconsejó cauta.

_¿Y qué pasará con Maddie, con mi vida, con todo?

_No estarás sola. _Me sonrió. _te apoyaremos.

_Tengo miedo. _Repuse.

_Tener miedo es lógico, pero no puedes estar huyendo toda tu vida.

Medité sobre las palabras de Hanna. Era cierto. No podía huir siempre. Debía acabar con esa pesadilla de una vez.

La abracé con fuerza. Esa noche Maddie y yo dormimos en casa de Hanna.

Allí me sentí protegida, pero ¿por cuánto tiempo? Mi futuro era incierto en ese momento.

Toda mi felicidad se vio truncada con la aparición de Arthur, todos mis planes con Ethan, mis ilusiones... al traste.

Tenía que tomar una decisión, hablar con Ethan cuanto antes, y contarle toda la verdad.

Si me amaba lo entendería. Tenía que ser sincera, no podía seguir ocultándole ni un día más mi pasado.

Además pensaba divorciarme de Arthur. Pasé la noche con mucho malestar general.

Me dolía la cabeza, tenía vómitos, mareos. Lo achaqué al estrés, aunque empezaba a no estar tan segura de eso.

No comenté con nadie mis pensamientos. Era mejor asegurarme antes de lanzar las campanas al vuelo.

A la mañana siguiente me levanté con una clara resolución.

Dejé a Maddie con Hanna y me fui al hospital para hablar con Ethan.

No lo localicé ni en la consulta ni en urgencias. Me dijeron que estaba en quirófano.

No tuve más remedio que esperar. Aproveché para subir a planta a ver a Rick. El pequeño se puso muy contento.

Pasé largo rato en la habitación jugando con él. Luego me pasé por el laboratorio para recoger los resultados de mi analítica.

La becaria Samy me sonrió al verme. Estaba sola en la sala.

_Hola Michelle .

_Hola. _Respondí impaciente. _¿Tienes mis resultados ya?

_Ajá. _Afirmó con la cabeza y se dirigió hacia un archivador al otro lado del laboratorio.

Me mordí el labio con nerviosismo.

_Ten. _Me extendió el amplio sobre. Y añadió. _Enhorabuena.

Mis ojos se empañaron de la emoción. Una mezcla de sentimientos embargó mi alma.

Rasgué el sobre enseguida y extraje el resultado. Un nudo me sofocó la garganta.

“Positivo”

Tuve ganas de llorar, de reír, de gritar. Mi felicidad se entremezcló con el miedo y la incertidumbre.

¿Y ahora, qué?

Las dudas me asaltaron. Quizás no era el mejor momento para estar embarazada, pero si había sucedido era por algo.

Tenía que asumir los hechos. ¡Maddie iba a tener un hermanito!

Contuve mi emoción y guardé los resultados en mi taquilla. Me encaminé con paso seguro hacia la quinta planta.

Esperaría a Ethan en su consulta y le contaría todo, incluido que esperaba un hijo suyo.

Me moría por ver la cara que pondría. ¿Y si no aceptaba? Una congoja me oprimió el corazón.

No, Ethan no era de ese tipo de hombres. El ascensor se detuvo en la quinta planta. Bajé con una sonrisa y caminé por el angosto pasillo.

De repente sentí como una mano férrea y fría se posaba sobre mi hombro.

Me paralicé por completo. Su ácido aliento me rozó la oreja.

Escuché su respiración pegada a mi cogote.

—Hola mi amor, ¿no te alegras de verme? —Me susurró Arthur con su típico cinismo.

Me giré lentamente hacia su cara. La angustia se apoderó de mi cuerpo.

La sangre se me heló. Apenas pude ni articular palabra.

Se me desencajaron los facciones.

—Arthur —.Trastabillé con la lengua. —¿Qué haces aquí?

—Buscarte mi a mor, ¿no lo ves? —.Arrastró tintineante sus palabras.

Me estremecí hasta la médula. Me temblaron las piernas.

—No montes ningún escándalo aquí, te lo suplico. —Le imploré mirando a ambos lados del pasillo.

Arthur me miró desquiciado. Agarró mi cuello con su mano, y me estampó contra la pared.

Sentí como me cortaba la respiración. Estaba acorralada.

—¡No me vuelvas a decir qué tengo que hacer! —.Me gritó con enfado.

Sus dedos apretaron mi garganta. Me sofoqué.

—Suéltame, me haces daño. —Le dije.

Él negó rotundo.

—No te soltaré hasta que me pidas perdón, mi amor.

—¿Perdón? —.Repetí.

_No, no, Michelle, así no, con pasión. _Sus labios intentaron apoderarse de mi boca.

Sentí náuseas. Arthur me besó violento. Mordió mi labio haciéndome incluso sangre.

Oí un incómodo carraspeo. Giré mi cabeza al tiempo que vi como Ethan se acercaba enfurecido.

Oprimí un sollozo avergonzada. Miré hacía el suelo incapaz de ver el reflejo en sus ojos.

_¿Qué está pasando aquí? _Inquirió raudo.

Ethan aun llevaba la indumentaria de quirófano. Un nudo me sofocó la garganta.

_Buenos días, doctor. _Lo saludó Arthur con una fingida sonrisa.

_Me pareció que estaba increpando a la señorita Davis. _Reposo de forma hostil.

_¿Increpando dice? _Casi carcajeó con sorna. _¡No, para nada! Ella es mi mujer.

_¿Su mujer? _Repitió, y rápidamente sus ojos volaron hacía los míos con total desconfianza.

_¿Es eso cierto, Michelle? _Preguntó incrédulo.

_¿Acaso le iba a mentir? _Saltó Arthur fanfarrón.

_Cállese, no le he preguntado a usted. _Lo cortó en seco. _Respóndeme.

_Añadió con una nota dolida.

Sentí como todo mi mundo se desmoronaba a mis pies, siendo prisionera de un hombre al que no amaba.

Le hubiese gritado RESCATAME, pero Arthur hizo presión sobre mi hombro para que callase, y me miró amenazante.

Vencida bajé la cabeza.

_Es cierto, es mi marido. _Admití al fin.

Las facciones de Ethan se enfurecieron. Me partió el alma en dos ver aquel recelo en su mirada.

Ethan se mostró frío. Un rictus amargo ensombreció la línea de su mandíbula.

_Bien. _Dijo manteniendo la compostura. _aquí no puede estar, es zona para el personal autorizado.

_No se preocupe, doctor Macconner, yo ya me iba, nos vemos ahora mi amor. _Esquivé con asco sus labios.

Me sentí repulsiva. Arthur me soltó para alejarse canturreante por el pasillo.

Ethan se dio media vuelta. Me destrozó su gesto despectivo.

Sus ojos estaban marcados por el resquemor.

_ ¡Ethan! _ .Lo llamé desesperada.

Él se detuvo y me increpó con dolor.

_ ¿Qué quiere, señorita Davis?

_ No me hables así, por favor. _ Le rogué rota.

Sus ojos estaban tristes.

_ ¿Y cómo quieres que te llame? Me has mentido y engañado, Michelle. _ Me reprochó frío. _ y tú que me tachabas a mi de mentiroso. _ Meneó la cabeza con disgusto.

_ No es como tu lo crees. _ Dije férrea.

_ ¿Ah no? _ .Inquirió. _ ¿Y cómo es según tú?

Sus palabras fueron como dagas para mi corazón. Tartajeé nerviosa.

_ Y-o-o- _ Me vi incapaz de continuar.

_ Estabas casada y has jugado conmigo, te has burlado de mi, de mis sentimientos. ¡Qué estúpido he sido! _ .Se lamentó con pesar.

_ Ethan. _ Susurré llorosa.

_ ¿Hay algo más que deba saber? Dímelo ahora.

<<Sí, que espero un hijo tuyo>>, pero callé acobardada.

Ethan se dio media vuelta, impotente. Mi corazón se resquebrajó por completo.

Sentí que estaba perdiendo al único hombre al que amaba.

Una mezcla de rabia, tristeza y vacío, me embargó. Quise llorar de desconsuelo.

Me sentí derrotada y vencida. Había jugado con fuego, y me había quemado el alma.

Perdida, destronada de un trono que en realidad nunca fue mío, así me sentí en ese momento.

Observé como Ethan se marchaba, impotente por no detenerlo.

¿Miedo, cobardía? Me quedé allí de pie, inmóvil, llorosa y desolada.

No supe que hacer. El busca sonó de repente en mi bolsillo. Lo cogí con las manos temblorosas.

Era el número de Hanna. Un mal presagio me invadió, un presentimiento que me encogió el corazón en un puño.

Enseguida marqué el número, temblorosa.

_¿Qué ocurre? _Pregunté alarmada. _¿Maddie está bien?

Al otro lado del teléfono Hanna gimoteó.

_Michelle. _Me dijo en tono caótico.

_¿Qué pasa Hanna? _Le insistí con una angustia desbordante.

_Maddie ha desaparecido.

_¿Qué ha desaparecido? _Me exasperé. _¿Qué quieres decir?

Hanna respiró profundamente. Apenas se le entendía nada.

_S-i, e-s-t-a-b-á-mos e-n e-l- p-a-r-q-u-e. _Tartamudeó nerviosa. _y d-e re-p-ente l-a perdí de vista.

_¡Qué! _Grité desquiciada.

_Solo fue un momento Michelle, pero Maddie ya no estaba. _Repuso la joven controlando la voz.

_Eso no puede ser, ¿has mirado bien en todos los sitios?

_Me he recorrido el parque de arriba abajo, pero Maddie... _No terminó su frase.

_Tiene que estar ahí. _Repliqué desconcertada.

_La he buscado. _Repitió Hanna afligida. _debemos llamar a la policía, Michelle.

En ese momento recordé las palabras que Arthur le dijo a Maddie al despedirse de ella.

<<Nos veremos pronto, princesa>>. ¡Maldito cabrón! Había sido él quien se la había llevado.

Mascullé entre dientes. Ese desgraciado me la había jugado.

La desesperación creció en mi interior con furia.

_Ha sido él. _Dije convencida.

_¿Tu marido?

_Sí, me quiere a mi y juega con Maddie. Sabe que si la tiene a ella, yo iré a buscarla.

_¡Santo cielo! _Exclamó alarmada. _Ten mucho cuidado Michelle. _Me procuró preocupada.

Colgué y rápidamente llamé al móvil de Arthur. Al tercer pitido descolgó.

_Hola zorrita, estaba esperando impaciente tu llamada.

_¿Dónde está Maddie! _Siseé enervada.

_Ey, calma. _Se rió en mis narices.

_¿Pedazo mamón! _Le escupí con odio. _Dime ahora mismo donde está mi hija.

_Nuestra hija. _Me rectificó él. _que no se te olvide.

_¿Dónde la tienes! _Chille histérica.

La carcajada de Arthur me erizó la piel.

_Tranquila, Maddie está a salvo. _Contestó pasivo.

_Como le toques un pelo te juro que te mataré. _Repliqué furiosa.

_¿De nuevo? _Me inquirió mordaz.

_Déjate de juegos. _Le supliqué. _y dime donde está Maddie.

Hubo un corto momento de silencio. Oí su entrecortada respiración.

Me exasperé.

_¿Quieres saberlo?

_¡Sí!

_Reúnete conmigo en tu piso, dentro de una hora, si no vienes no volverás a ver a la niña. Y no se lo digas a nadie _Me amenazó serio.

Hice caso de su advertencia y no hablé con nadie, ni tan siquiera con Sarah, con la cual me tropecé de bruces a mi salida.

Cogí el coche del parking y conduje hasta casa. Un solo pensamiento inundaba mi cabeza, Maddie.

Si algo malo le llegaba a suceder a mi hija no se que haría. Estaba muy asustada.

No imaginé que Ethan había escuchado toda la conversación, y me seguía de cerca. Bajé del vehículo a prisa y subí las escaleras.

Metí la llave en la cerradura y entré. Me encontré a Arthur en el salón, sentado cómodamente en mi mecedora favorita, como si tal cosa.

Mis nervios se desbordaron. ¿Cómo demonios había conseguido colarse dentro?

Me lancé a su cuello, furiosa.

_¡Hijo de puta! ¿Dónde la tienes? ¡Eh, dime!

Arthur me agarró del cuello con una fuerza sobrehumana y me inmovilizó por completo.

Pateé sin lograr soltarme de sus garras.

_Calma, mi amor. _Me replicó con templanza. _así no conseguirás nada.

_¡Estás enfermo! _Le grité. _¡Enfermo!

Él pareció decepcionado.

_¿Eso crees?

_Sí, lo creo. No sé que vi un día en ti para enamorarme. _Le dije con resquemor.

Arthur me abofeteó la cara sin contemplaciones. Entonces me tiró al suelo.

_¿Dónde está Maddie? _Le volví a preguntar con desesperación.

_Con mi madre, zorrita. Está a salvo. _Me contestó despectivo.

Me levantó a volandas y me miró fijamente.

_Y harás todo lo que te diga si quieres recuperarla, ¿verdad?

Asentí atemorizada. Arthur sonrió cínico.

_Bien, así me gusta.

Tocaron a la puerta. Di un respingo incontinido. Arthur me acribilló con su mirada.

_Te dije que no se lo contases a nadie, ¿qué parte no has entendido? _Se encaminó hacia mi furioso.

Traté de defenderme.

_Te juro que no he hablado con nadie. _Castañeeé los dientes.

_Mira por la mirilla. _Me ordenó cauto.

El miedo me paralizaba por completo. Apenas podía ni pestañear.

_Sí. _Dije, y me acerqué con sigilo.

Mi corazón se detuvo cuando vi a Ethan en el umbral de la puerta.

No podía creerlo. Temblé.

¿Quién es?. Preguntó Arthur con exigencia.

Enmudecí.

_E-s- e-s...

¿Quién?. Repitió sin paciencia.

_Ethan. _Contesté al fin.

Una carcajada amarga brotó de sus labios.

_Vaya, vaya, la cosa se pone interesante. Así que el doctor Macconner al que te follas cada día ha venido a verte. ¡Qué sorpresa. _Ironizó con malicia.

_Déjalo. _Le rogué con miedo. _él no tiene nada que ver en todo esto.

Arthur apretó mi brazo hasta hacerme daño. Gemí de dolor al ver como se me amorataba la zona.

_Habértelo pensado antes de follártelo, zorra. _Siseó hincando sus uñas en mi carne.

Reprimí un alarido. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

_Te juro que él no sabe nada. _Lo defendí ciegamente.

Arthur levantó la mano para golpearme de nuevo, pero se contuvo.

_Vas a seguir todas mis indicaciones, ¿verdad?

_Sí. _Asentí.

_Vas a abrir esa puerta, y le vas a decir al doctorcito que se vaya, que no quieres nada con él.

_Sí. _Repetí temblorosa.

¡Una sola palabra más y te mató!. Trinó como un loco.

Sentí como el frío acero de un cuchillo se instalaba entre mis costillas.

Apenas podía tragar saliva. Me costaba respirar. Acongojada abrí la puerta, consciente de que Arthur estaba expectante detrás de mi.

¿Qué quieres? Me obligué a decir en tono áspero.

Ethan me miró interrogante.

Hola Michelle, tenemos que hablar Matizó férreo.

No me atreví a mirarlo a los ojos. Temía que mis lágrimas me delatasen.

¿Hablar?. Repetí. _creo que todo ha quedado dicho, ¿no?

_Me he comportado como un estúpido, lo sé. _Se culpó haciéndome más difícil la situación. _pero quiero que hablemos.

Me partió el alma en dos tener que fingir que no me importaban sus palabras. Un nudo me oprimió la garganta. Levemente gimoteé.

Arthur vio que flojeaba en ese momento. La hoja del cuchillo presionó aun más mis carnes.

Era una clara advertencia.

_No hay nada más que hablar Ethan, te mentí. Lo único que buscaba era sexo fácil. _Y agregué con vergüenza. _y contigo lo tuve.

_No puedo creerte Michelle, ¿y todos esos besos, esas caricias, y palabras? _Me inquirió incrédulo.

_Todo era mentira. _Dije.

_No. _Negó rotundo. _hay algo más en esta historia que no me cuadra.

_Repuso cauto _he escuchado tu conversación y...

Corté sus palabras en seco.

_No me lo pongas más difícil. _Arrastré con dolor mi suplica.

_Déjame pasar. _Me pidió pasivo.

_No puedes entrar. _Respondí.

_¿Por qué? _Preguntó mosqueado. _¿Y Maddie? _Miró por encima de mi hombro hacía el salón.

_En casa de su abuela. _Contesté con un nudo de angustia. _Vete. _Le supliqué con la mirada rota.

_No me iré, Michelle. _Discrepó contundente. _no hasta que me mires a los ojos y me digas que no me amas, entonces me iré.

Me ahogó mi propio desconsuelo. Sollocé. Con un esfuerzo sobrehumano aspiré profundo, y dije.

_No te amo, Ethan, jamás he sentido nada por ti, estoy enamorada de mi marido. _Mentí. Y añadí. _asúmelo, lo nuestro ha sido un rollo, una aventura pasajera.

El dolor marcó con desgarró sus facciones. Ethan me observó impotente.

_Eso no es verdad, Michelle, y lo sabes. _Intentó tocarme.

Di un respingo hacía atrás, abrumada.

_Vete ahora, por favor, y no hagas más preguntas. _Le rogué con amor.

_Michelle. _Murmuró enronquecido.

_¡Vete! _Le grité. _No quiero verte más.

Y de un portazo cerré ante su desconcertada mirada. Mis lágrimas se desbordaron sin control por mis mejillas.

Sollocé rota de dolor. Arthur se acercó a mi lado, y guardó el cuchillo bajo el cinturón de su pantalón.

_Muy bien, mi amor, has hecho lo correcto. _Se sintió satisfecho.
_Elevé mi mirado con odio.

_¡Me das asco! _Siseé.

_Ahora todo irá mejor, empezaremos una nueva vida. _Me acarició la mejilla.

_¿Una nueva vida? _Inquirí apabullada.

Observé como Arthur se dirigía a mi dormitorio con impaciencia.

_Haz tu maletas. _Me ordenó contundente. _salimos de viaje, zorrita.

_No. _Me negué.

̄El se giró en redondo, con los ojos inyectados en sangre.

_¿Quieres volver a ver a nuestra hija? _Preguntó. _¡Pues obedece y haz tu equipaje! _Gritó violento.

Corrí apresurada hacía el dormitorio. Todo mi ser temblaba.

Lloré de rabia mientras guardaba mi ropa en la maleta.

No sabía los planes de Arthur, ni hacía donde me llevaba.

Mi único objetivo en aquel momento era recuperar a Maddie.

Arthur condujo por una carretera comarcal durante al menos dos horas.

Fue un interminable camino que me puso los nervios de punta.

No sé hacía donde nos dirigíamos, solo que nos alejábamos de San Francisco.

La desesperación crecía en mi interior. Me vi impotente.

Al fin detuvo el coche cerca de Metson Lake.

Aquel lugar me era familiar. Recordé que de novios Arthur me había llevado en varias ocasiones.

Cerca de aquel camino había una preciosa cabaña que había pertenecido a los abuelos de Arthur.

Estaba situada a orillas del lago. Era un lugar precioso. Me moría de ganas por abrazar a mi hija.

Bajé del vehículo y corrí hacia la cabaña con aquel anhelo latiendo en mi sien.

Abrí la puerta de un empujón y entré en la polvorienta estancia.

Todo estaba cerrado y oscuro. Olía a humedad, y había bastante desorden por el suelo.

—¡Maddie!—. Grité para que me oyese.

Me acerqué al recodo de las escaleras y volví a gritar más fuerte.

—¡Maddie!

Pero no respondió. Mis ojos se empañaron de lágrimas cuando comprendí que allí no estaba mi hija.

Arthur me había engañado con una de sus artimañas. Me enfurecí.

Me tiré hacia él cuando entró en la cabaña.

—¿Dónde está Maddie, cabrón!

Arthur se mostró pasivo.

—Ey, zorrita, Maddie está bien, ya te lo he dicho.— Repitió mordaz.

—¿Dónde la tienes?—. Me exasperé.

—¿Otra vez?—. Pareció enfadado. —en casa de mi madre.

Arthur dejó las maletas a un lado, y se acercó hasta mi cariñoso.

—¿Por qué no te olvidas de Maddie un rato y te centras en mí?—. Me lanzó amoroso. —hace mucho que no estamos juntos.

Me sentí asqueada de solo pensar que pudiese tocarme.

Arthur se mostró paciente, y eso me desconcertó. Me besó levemente la curva del cuello.

Fue repulsivo. Me controlé las arcadas. Arthur me miró apasionado.

¿Ves, mi amor? Así me gusta, que te muestres receptiva. Sonrió satisfecho.

Me mostré cauta. Debía aprovechar su momento de relajación para tomar el control de la situación.

Le seguí el juego fingiendo interés.

¿Por qué no me ayudas a preparar la cena? Y luego podríamos relajarnos con un baño de espuma. Le propuse para ganar tiempo. _¿Qué me dices?

Arthur curvó su boca pensativo. Me rodeó con sus brazos mi cintura, y me musitó.

_Me parece perfecto.

Medité mi siguiente paso. Tenía que salir de allí como fuese.

Recordé que detrás de la cabaña había un pequeño cobertizo.

El abuelo de Arthur siempre había sido un aficionado a la caza.

Quizás aun guardase su escopeta en algún lugar de allí.

Tenía que darme prisa. El anochecer ya cubría el horizonte.

Dejé a Arthur en la cocina y me escabullí hacia la parte trasera, buscando el cobertizo.

A pocos metros de una arboleda lo encontré. Recé para que la puerta estuviese abierta.

Entré muy despacio. Todo estaba oscuro. Busqué el interruptor de la luz.

Una minúscula bombilla se encendió en el techo. Fue suficiente para rebuscar entre la basura allí acumulada.

Con desesperación revolví las estanterías. Miré en varias cajas apiladas, incluso en un arpón.

Al fin la vi colgada en la pared junto a varios trofeos de caza.

Corrí hacia ella antes de que Arthur me descubriera, agarré con fuerza la escopeta.

Tarde. Él ya había adivinado cuales eran mis intenciones.

Con voz bravía me gritó iracundo.

_¿Qué intentabas hacer, zorrilla! ¿Querías huir de mi?

Mis ojos se desorbitaron del miedo. Encañoné la escopeta hacia su pecho.

Jamás había usado un arma. Estaba muy asustada. Las manos me temblaron.

Mi lengua se trastabilló.

_D-é-j-a-a-m-m-e i-r-m-e . _Le supliqué con congoja.

_¿Irte? _Se mofó con sorna. _¿Y dónde quieres ir? _Me gritó con rabia.

_No quiero hacerte daño, de verdad. _Sollocé atemorizada.

_¿Tú a mi? _.Carcajeó. Y de dos zancadas se echó sobre mi de una forma violenta arrebatándome la escopeta.

Forcejeé inútilmente. Arthur tenía mucha más fuerza que yo.

Me lanzó en volandas, estampando mi cuerpo sobre la pared.

Grité al sentir como el dolor me atravesaba como un cuchillo el abdomen.

Me quedé aturdida, tumbada sobre el suelo. Arthur fue a por mi. Me levantó de golpe y me abofeteó la cara.

Arañé su brazo para defenderme. Él se reveló furioso.

_¡Estate quieta, maldita zorra!

_¡Suéltame! _.Chillé despavorida.

_¡Jamás te dejaré ir! _.Sentenció firme.

Desesperada golpeé su entrepierna con furia. Arthur cayó al suelo retorciéndose de dolor.

Aproveché ese momento para salir corriendo del cobertizo.

Estaba desorientada. No sabía hacia donde tirar.

Me sentí perdida en la noche. De repente tropecé con una roca y caí de bruces.

Me torcí el tobillo. Intenté levantarme, pero no podía caminar.

—¿Dónde estás, zorrita?—. Oí como Arthur me llamaba.

El miedo se apoderó de mi cuerpo. Mi corazón latía desbordado.

El miedo golpeaba frenéticamente mi sien. Pensé que era mi final.

Me arrastré por el suelo como pude, pero Arthur caminaba muy cerca de mi.

Exhausta me detuve. No podía más. Estaba reventada. Escuché su risa profunda junto a mi oído.

Sus férreas manos me agarraron por el cuello dejándome sin aire.

Pataleé para soltarme. Arthur me lanzó furioso por el aire. Entonces me encañonó con la escopeta.

Cerré los ojos con un llanto amargo. Entonces alguien se abalanzó sobre la figura de Arthur.

Ambos rodaron por el suelo bajo mi desconcertada mirada.

Estaba muy oscuro, apenas podía distinguir sus facciones.

Pero reconocí su voz.

—¡Maldito bastardo!—. Masculló Ethan mientras golpeaba la cara de Arthur.

Me sentí descolocada.

—¡Te voy a matar, cabrón!—. Contraatacó Arthur furioso.

—Déjala en paz. Me defendió Ethan.

—Es mi mujer. Soltó vanidoso.

Atolondrada me levanté. Vi a ambos hombres enzarzados en una pelea, cuerpo contra cuerpo.

—¡Ella ya no es tu mujer!—. Le escupió Ethan con desprecio.

Arthur carcajeó pasivo.

—Siempre lo será. Tronó al tiempo que sacaba una navaja de su bolsillo.

Vi como el filo brillaba en la oscura noche. ¡Iba a matarlo!

Reaccioné deprisa, y corrí tambaleante hacia la escopeta.

Me dispuse a disparar. Enfoqué mi objetivo, y apreté el gatillo sin

contemplación.

Arthur chilló desgarrado al recibir el tiro en la pierna.

_¡Maldita perra!

Ethan corrió hacia mí. Mi cuerpo estaba exhausto y mi mente confusa.

_Michelle. _Me musitó. _¿Estás bien?

Arthur se levantó del suelo y se apresuró con la navaja hacia Ethan.

Chillé horrorizada. De nuevo apreté el gatillo, pero esta vez apunté a su pecho.

No disparé una ni dos veces, vacié el cargador entero sobre su cuerpo, mientras mis lágrimas resbalaban sin control por mis mejillas.

No sentí compasión ni pena. Arthur cayó desplomado al suelo, sin vida.

Lo miré sin arrepentimiento. Todo el dolor, toda esa rabia acumulada, todo mi sufrimiento, todas mis lágrimas derramadas... todo desapareció.

El vacío inundó mi mente, y la paz mi corazón. Todo había acabado.

Solté la escopeta dejándola caer al suelo, y abatida me derrumbé sobre el cuerpo de Ethan.

Él me agarró entre sus brazos, preocupado. Un fuerte dolor en el abdomen me dobló por la mitad.

Grité al sentir como me desgarraba por dentro. Algo no iba bien. Empecé a sangrar, seguramente por una hemorragia interna.

Mis manos se tiñeron de rojo. Me mareé aturdida. Sentí como Ethan me levantaba entre sus brazos.

_¡Michelle! ¿Qué te ocurre?

No fui capaz de responder. Caí inconsciente en una espesa oscuridad que no me dejaba abrir los ojos.

Desperté algo desorientada en la habitación del hospital.

Estaba en un estado de shock pos traumático. Mi mente estaba confusa y aturdida. Intenté incorporarme, pero me fallaron las fuerzas.

Me encontraba muy débil. Miré la blanca pared. Mi brazo estaba conectado a la vía intravenosa.

Observé el gotero. Nítidamente empecé a recordar lo sucedido.

Las imágenes acudieron borrosas a mi retina. Me tapé el rostro con las manos, horrorizada ante el recuerdo, y sollocé impotente.

Arthur estaba muerto. Yo lo había matado en defensa propia. Me toqué instintivamente el vientre.

Un pensamiento angustioso me asoló. ¿Y mi hijo? Necesitaba saber la verdad.

Hice un nuevo intento por levantarme de la cama. En ese momento la puerta de la habitación se abrió.

Abrumada observé entrar a Ethan con su bata blanca.

—¿Dónde vas, Michelle? —Me reprendió como médico. —aun no puedes levantarte.

Me tumbó suavemente sobre la almohada.

—Ethan. —Sollocé acongojada.

—Cálmate. —Me pidió con dulzura.

—M-i-i-b-e-bé. —Tartamudeé confusa.

Él me miró apenado. Dejó el informe sobre la cama y se sentó a mi lado.

—Has perdido al bebé. Sufriste una hemorragia que te provocó un aborto.

—Me explicó afligido.

—¡Nooo! —Grité destrozada.

Ethan me abrazó con toda la fuerza del mundo. Sentí su dolor junto a mi dolor.

—Lo siento mucho. —Dijo sin soltarme.

Me aferré a su consuelo. Levanté mis ojos hacía sus ojos.

Ethan estaba compungido.

Creo que ya lo sabía, pero yo necesitaba decírselo.

—Era tu hijo. —Le confesé.

_Lo sé. _Musitó apesadumbrado. _¿Por qué no me dijiste qué estabas embarazada?

Absorbí fuertemente por la nariz.

_Quise hacerlo esa mañana, pero Arthur apareció...

No pude terminar mis palabras sin derrumbarme.

_Shh. _Ethan me besó la frente con amor.

Su gesto me encogió el alma. Lloré.

_Lo siento, perdóname.

_No tengo nada que perdonarte, cariño. _Me miró apasionado. _tendremos muchos más hijos, te lo prometo.

Sus labios rozaron mis labios con un beso dulce. Me sentí llena de amor.

Esa idea me reconfortó, me hizo sentir bien, incluso sonreí.

Me abracé fuertemente a su pecho y aspiré su aroma.

_Gracias. _Musité contra su cuello.

Ethan arqueó una ceja dubitativo.

_¿Por qué?

Mis mejillas se arrebolaron.

_Por no abandonarme cuando te eché de mi vida. _Dije medio avergonzada.

Los ojos de Ethan brillaron de un modo especial. Me estremecí.

Él cogió mis manos entre las suyas en un gesto de complicidad.

_Nunca me echaste, Michelle. _Y repuso serio. _y yo tampoco te habría dejado escapar de mi lado.

_¿Cómo supiste dónde buscarme?

_Seguí el coche de Arthur hasta la cabaña. _Y añadió con una medio sonrisa.

_¿Pensabas qué te dejaría marchar sin más?

Me aturullaron sus palabras. Me emocioné. Miles de mariposas revolotearon sobre mi estómago.

Ethan me miró desbordante.

_Te amo Michelle. _Me confesó enronquecido. _eres la única mujer que me ha robado el corazón. _Y agregó férreo. _ahora te pertenezco para siempre.

Mis ojos se empañaron de felicidad. Era todo cuanto deseaba oír.

Sus palabras me derritieron de amor. Busqué su boca con anhelo.

Ya nada nos separaría. Estaríamos juntos para siempre.

Un nuevo camino se abría expectante ante nosotros. Una nueva oportunidad para ser felices.

Ethan era mi destino.

Un mes y medio más tarde.

— ¡Estoy estoy embarazada! — Exclamó Taylor frente al tocador de su dormitorio.

Abrí los ojos con sorpresa y corrí hacia ella. Era el día más feliz de su vida.

En unas horas iba a contraer matrimonio con mi hermano.

Iván era el hombre más afortunado de la tierra. Ambos se merecían ser felices.

La miré incrédula, con una mezcla de emoción y tristeza.

Aun era demasiado reciente la pérdida de mi bebé. En el fondo me alegré por ella.

Taylor estaba como loca por ser mamá, y yo sabía el gran privilegio que aquello significaba para una mujer.

— ¿En serio? — Dije.

— ¡Siiii! — Chilló entusiasta. — esta mañana me hice la prueba y dio positivo.

No pude evitar llorar. Tay me abrazó compungida.

— He metido la pata, ¿verdad? — Se culpó de mi estado. — aun es muy reciente tu aborto.

— No te preocupes, estoy bien. — Me recompuse con facilidad.

— Estoy segura de que muy pronto volverás a quedarte embarazada, ya lo verás. — Se le iluminaron los ojos. Y agregó pícara. — Ethan y tú tendréis un montón de hijos.

Abrí la boca con mesura.

— Con un par me conformo.

Ambas reímos como hermanas.

— Me alegro mucho por vosotros. — Repuse feliz.

Mientras hablábamos le colocaron el velo de tul sobre el bonito tocado.

Taylor estaba espectacular, radiante como nunca. Tenía una luz propia que nunca se apagaría.

Le quedaba muy bien el vestido que habíamos elegido de la boutique de Roselyn Mon.

Era la novia más bonita que había visto hasta ahora.

_ Gracias. _ Me respondió Tay.

_ ¿Iván lo sabe?

A mi hermano le iba a dar un alegrón tremendo el ser padre.

Él estaba como loco por tener un hijo con Taylor. Ella negó con la cabeza.

_ Aun no le dicho nada. Estoy de los nervios. _ Me confesó algo asustada.

Traté de tranquilizarla. Me senté a su lado junto al tocador, e hice que me mirase a los ojos.

_ ¿Por qué no se lo has dicho? _ .Le inquirí.

_ No sé, tengo miedo de que no lo acepte. _ Taylor pareció una niña en ese momento.

Sonreí para animarla.

_ ¡Qué dices! Si se va a casar contigo es porque está seguro de que te ama, y ser padre le haré muy feliz. _ Dije convencida.

_ ¿De verdad?

_ Claro. _ Respondí emocionada. _ será el regalo más bonito que pueda recibir.

Taylor me abrazó fuerte, a pesar de que arrugaría su caro vestido.

Pero eso no le importó. El estilista me miró degollado. Reímos.

Un equipo de profesionales, entre maquilladores, modistas, peluqueros, terminó de dar los últimos retoques a Taylor.

Quedó maravillosa. No tuve ninguna duda de que Iván cuando la viese entrar en la iglesia moriría de amor por ella.

Toda estaba listo para la gran ceremonia, invitados, catering, la prensa, la música, las damas de honor, y por supuesto los novios.

Taylor montó en la limusina familiar junto a su padre, el feliz padrino.

Y yo me dirigí hacia la iglesia de la mano de Ethan. El también estaba muy guapo vestido de etiqueta.

Por unas horas había dejado colgada su bata de médico.

Ethan me miró ansioso, apasionado.

Le sentada bien el pelo engominado y echado hacía atrás.

No sé, tenía un toque de más canalla, y eso me gustaba.

Me ruboricé ante su intensa mirada.

_ ¡Estás guapísima! _ Me piropeó fogoso.

_ Gracias. _ Respondí complacida. _ tú tampoco estás mal.

_ ¿En serio? _ .Repuso escéptico.

Reí ante su comentario mordaz, y besé levemente sus labios.

_ Sí.

_ Te amo, Michelle. _ Me murmuró ronco.

_ Y yo a ti. _ Respondí apasionada.

_ Necesito preguntarte algo. _ Dijo Ethan nervioso.

Lo miré un tanto desconcertada. De repente Ethan se puso de rodillas y me sacó un anillo del bolsillo de su chaqueta.

Mis ojos se anegaron en lágrimas.

_ Michelle, ¿te quieres casar conmigo?

Enmudecí de la emoción. No supe que decir. Ethan me cogió dulcemente las manos.

_ Quiero que seas mi mujer. Quiero pasar el resto de mis días contigo. Quiero que tengamos hijos... sin ti mi vida no tiene ningún sentido.

Creí que me desvanecería ante sus palabras. Morí de amor.

_ ¡Oh Ethan! Te amo.

_ ¿Te casarás conmigo? _ Repuso con pasión.

_ ¡Sí! _ Chillé como una loca. _ Me casaré contigo.

Él me besó con arrebatado deseo.

La boda se celebró en un entorno privilegiado. El lugar fue un antiguo y bonito monasterio que databa del siglo XIII.

Aguanté las lágrimas mientras los novios pronunciaban sus votos matrimoniales.

Fue un momento sumamente emocionante. Observé el brillo de amor en los ojos de Iván.

De repente, en un acto reflejo, le acarició la barriga a Taylor.

Lo sabía. Iván ya sabía que iba hacer padre. Expectante lo oí decir.

_Yo Iván, te tomo a ti como mi esposa, para amarte y respetarte, el resto de mi vida. Taylor, llegaste y me robaste el corazón con tu sonrisa. Eres dulce, generosa, y hermosa, y a tu lado quiero pasar cada segundo, cada minuto, y cada hora de mi vida. No solo eres la mujer a la que amo, también eres mi amiga.

Taylor se puso colorada. Estaba emocionada, y no era para menos con la declaración tan bonita de Iván.

Vi como cogía sus manos entre las suyas.

_Yo Taylor, te tomo a ti como mi esposo, para amarte y respetarte, el resto de mi vida. Iván, te amé desde el primer instante que te vi. Eres un hombre leal y sincero, mi mejor amigo, y el futuro padre de nuestros hijos. Eres el compañero perfecto que toda mujer desearía tener. No me imagino ni un solo día sin vivirlo junto a ti, tu eres el velero que cada noche me lleva a puerto, te amo.

Vítores y aplausos sonaron por encima de sus cabezas.

El reverendo los declaró marido y mujer, y ambos se besaron apasionadamente.

El banquete fue espectacular. Invité a Hanna a la boda.

Me pareció que podría venirle bien salir tras su dolorosa ruptura con Bryan.

Al principio se mostró reacia a aceptar mi invitación, pero terminé convenciéndola.

Hanna estaba guapísima con aquel vestido de gasa color turquesa.

Y quien sabe, quizás allí estaba el hombre de su vida. No sé si fue un error presentarle a Axel Jones. Eso de hacer de celestina no se me daba muy bien.

_Hanna. _Le dije tironeando de su antebrazo. _quiero que conozcas a alguien.

Ella abrió los ojos con sorpresa.

_¿A quién? _ .Inquirió.

_ Este es el doctor Jones. _ La puse delante de sus ojos.

Jones la observó atento. Sus espesos ojos negros se clavaron sobre ella, con recelo, pero también con pasión.

Hanna aguantó la respiración.

_ Hola, encantada.

_ Igualmente. _ Repuso Jones, cortés.

Se sostuvieron la mirada sin más.

_ Así que doctor, ¿no?

_ Sí, ¿y tu?

_ Soy camarera.

Jones se elevó de hombros con gesto indiferente. Era más que evidente que chocarían.

Pero en el fondo nadie dudaba que harían buena pareja.

Sonreí al lado de Ethan, pícara.

_ ¿Tú crees qué congeniarán? _ .Dije.

Él me miró divertido.

_ ¿Hanna y Jones?

_ Ajá. _ Asentí sin quitarles el ojo de encima.

_ ¿Ahora vas de celestina? _ .Arrastró sus palabras con morbo.

Su mirada me erizó la piel. Me estremecí por completo.

_ Ya me conoces, quiero que todo el mundo sea feliz.

_ ¿Cómo lo eres tú? _ .Me besó la curva del cuello.

_ Sí.

Ethan pasó su brazo por mi cintura y me apegó peligrosamente a su cuerpo.

_ Puede que congenien, aunque no creo que sea fácil. _ Omitió su veredicto.

_ ¿Por qué?

_ Ya conoces a Axel, es un poco excéntrico. _ Repuso irónico.

_ Y Hanna también. _ La defendí.

Ethan centró sus libidinosos ojos sobre mi.

_ Déjalos que se apañen entre ellos, ¿no te parece?

_ Sí. _ Respondí con un fuerte estremecimiento. _ Lo que usted diga, doctor.

Ethan me besó lentamente.

_ ¿Te he dicho qué me vuelves loco? _ .Arrastró ronco sus palabras.

Me hice la interesante, aunque por dentro me moría de deseo.

_ Hoy no. _ Musité junto a su oído.

_ ¿Seguro que no? _ .Se mostró ardiente.

_ Seguro. _ Reí divertida, perdiéndome en su mirada.

_Me vuelves loco, Michelle. _Murmuró besando mis labios. _completamente loco. _Repitió con fervor. _te amo.

Abarqué su rostro entre mis manos, ferviente. Ethan era el hombre perfecto, el hombre de mis sueños, y era únicamente para mí.

Sonreí.

_Te amo doctor Macconner, siempre te he amado. _Musité feliz.

Y nuestras bocas se unieron en un beso que duraría hasta la eternidad.

Proximamente:

Continúa la serie con:

Hanna y Axel

Próximamente a la venta... Lee un pequeño adelanto ahora.

Egocéntrico, déspota, engreído, un niño rico de papá...

Esas palabras describían a la perfección la primera impresión que me dio Axel Jones.

Su porte erguido, incluso arrogante, daban un toque oscuro y misterioso a su persona.

Era cierto que no estaba ni mucho menos preparada para conocerlo, pero nuestro encuentro resultó realmente desastroso.

Ese hombre me crispaba. Me ponía de los nervios. Había algo en él que me desconcertaba por completo a la vez que me excitaba por dentro.

No se si eran esos espesos ojos negros, o el fuerte magnetismo que desprendía.

Reconozco que tenía su atractivo. Era un hombre sumamente guapo, apuesto diría, un gigolo incapaz de pasar inadvertido para una mujer ansiosa de lujuria.

Pero ese no era mi caso. Tras mi estrepitosa ruptura con Bryan, mi novio de toda la vida, (menudo mamonazo), pocas ganas y expectativas me quedaban para enamorarme de nuevo.

Me encontraba tan desengañada que eso me había vuelto recelosa y desconfiada.

Saber que Bryan me había puesto los cuernos con ciento y su madre me dejó echa polvo.

Lo peor fue pillarlo in fraganti con mis propios ojos. Tenía que haberlo visto

venir.

Bryan era un cretino de mucho cuidado, pero yo había estado tan cegada por su encanto que no quise verlo.

Hasta que lo descubrí, y nuestra relación fue al traste. No fue plato de un buen gusto encontrarlo follándose a ese desmelenada rubia del ático B.

¿En qué había estado pensando Bryan? Seguramente en todo lo que piensa un hombre, echar un buen polvo, y luego presumir de ello con sus amigos...
Continuará

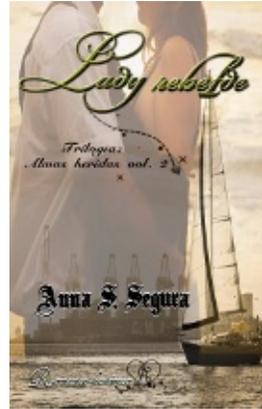
Otros títulos de la autora:

Vendetta de Amor



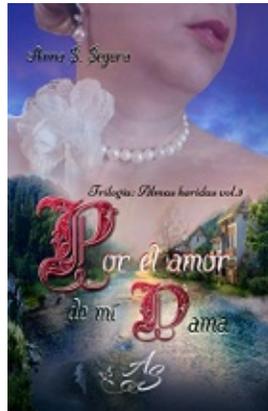
La venganza era lo único que lo mantenía en pie. Román Siguenza estaba lleno de odio y de ira hacia su mayor enemigo. Un odio que durante diez años lo había consumido. Siendo apenas un adolescente de quince años vio como aquel lord inglés acababa con la vida de su hermano mayor. Desde ese día buscó venganza. Su mejor arma para destruir al hombre que arruinó su vida sería ella, Rebecca Baker, una mujer explosiva e irresistiblemente bella que le hará perder la cabeza. Juego, amor, venganza, y traiciones. ¿Será capaz Román de olvidar el odio en brazos de la hermosa Rebecca?

Lady Rebelde



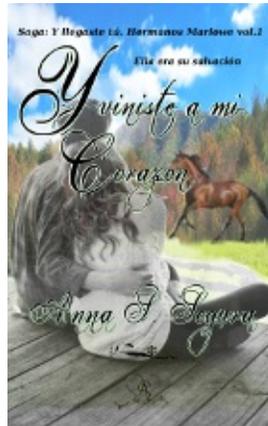
Evelyn Baker era un corazón indomable, un corazón incapaz de doblegarse ante ningún hombre, hasta que él se cruzó en su camino. Obsesionada con perseguir su sueño la joven consigue escapar de casa y meterse de polizón en un barco sin medir las graves consecuencias que eso podría acarrearle a su reputación. Pero erróneamente tropieza de nuevo con el capitán equivocado. Cristian Moriel, capitán de "La Estrella" y barón de Espinosa, no está dispuesto a ponerle las cosas tan fáciles a la joven lady. Cristian, un hombre de carácter templado y voluntad de hierro hará temblar los cimientos de Evelyn. Un odio-amor que hará renacer el corazón de una mujer rebelde y apasionada, en una aventura que cambiará el rumbo de sus destinos. ¿Será capaz lady rebelde de amar al único hombre que se ha enfrentado a ella? ¿Se dejará Cristian Moriel enamorar por la joven? Celos, envidias, y traiciones, acompañarán a los protagonistas de "La Estrella" hasta tierras españolas.

Por el amor de mi Dama



Amy Baker estaba predestinada a heredar el linaje de su familia. Ella tenía corazón de dama, pero sin embargo no podía dejar de amar al único hombre que desde niña le había robado el corazón. Él era Nathan Sigüenza, el sobrino del famoso marqués de Vinalopot, un imperioso hombre con orgullo de hierro. Nathan siempre estuvo enamorado de la pequeña Amy, pero un buen día se alistó en el ejercito, y desapareció de su vida. Ahora seis años después ha regresado para recuperar lo que era suyo, el amor de su dama. Pero ya era tarde. Amy estaba prometida a otro hombre, el mezquino duque George. El apasionado corazón de Nathan no se rendirá ante tales acontecimientos, y luchará por reconquistarla. Pero un secreto se cierne sobre ellos, ¿cómo podrá Amy decirle la verdad? ¿Será suficiente el amor que tuvieron en el pasado? ranchero?

Y viniste a mi corazón



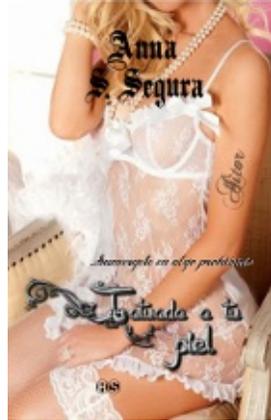
Trevor Malowe estaba cansado de los continuos chantajes emocionales de su madre, empeñada en querer casarlo con una niña egocéntrica y malcriada, hija de un terrateniente de la zona. Pero él no estaba dispuesto a renunciar a su libertad tan fácilmente. El rancho Malowe pendía de un hilo, y Trevor se encontraba entre la espada y la pared. Salvarlo dependía de aquella boda forzada. Sin embargo la llegada de aquella forastera al pueblo cambiaría el destino de Trevor. Debby huía de un oscuro y tormentoso pasado que había marcado su joven vida. Ahora ya no confiaba en ningún hombre, ¿sería Debby capaz de hallar la paz y la felicidad anhelada en brazos del ranchero?

El Viaje



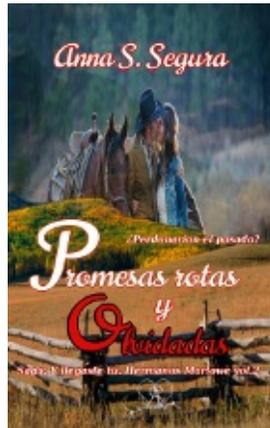
Ruth es una chica adolescente, de tan solo diecisiete años, que verá como su vida se derrumba con el porcio de sus padres. Pero un inesperado viaje cambiará su destino, y hará que su inmadurez y rebeldía pasen a un segundo plano. Ruth aprenderá de sus experiencias, y crecerá emocionalmente a medida que el viaje vaya avanzando. La vida no es tal cual la joven había imaginado, y a través de su vivencia emprenderá un camino repleto de aventuras y obstáculos hacia la madurez. Una tierna historia de amistad, aventura, y romance. ¿Hasta dónde será capaz de llegar Ruth?

Tatuada a tu piel



Para Desirée Chamberly toda aquella historia tan solo había empezado siendo un inocente tonto sexual entre ella y su desconocido amigo del chat. Pero pronto descubrió que Aitor Giordano era mucho más profundo y enigmático de lo que nunca imaginó. Y eso hizo que deseara ahondar en un pasado que él evitaba con recelo. Cuando Desirée le propuso que fingiese por unos días ser su pareja, él aceptó entrar a formar parte de aquel peligroso juego, pero con una condición que le saldría muy cara. Ella sería solo suya. Lo que ambos desconocen es que acabarán rendidos en una hoguera de lujuria y pasión que los llevará a un límite desconocido.

Promesas rotas y olvidadas



A sus diecisiete años, Samantha Cooper ya sabía lo que era tener el corazón roto de desamor. Joe Marlowe, el hombre de su vida, su gran y único amor platónico, se marchaba a estudiar a Europa, abandonándola sin más. Ella no comprendía su decisión. Pero Joe no tuvo otro remedio que acatar las ordenes de su estricta madre y marcharse lejos de Samy. Ni el tiempo ni los años hacen que los jóvenes olviden el intenso amor que mantuvieron. Aunque Samantha a rehecho su vida, nunca ha logrado olvidar a Joe. En el fondo lo seguía amando como el primer día, pero nunca podrían estar juntos. Un secreto que esconde los puede separar o unir para siempre. ¿Pero hasta dónde serán capaces de llegar? ¿Podrán perdonar el pasado y sanar sus heridas?